consonni

Akwaeke Emezi

La muerte de Vivek Oji

TRADUCCIÓN
Arrate Hidalgo

LA MUERTE DE VIVEK OJI

AKWAEKE EMEZI

Traducción de Arrate Hidalgo

«[Una] historia deslumbrante y devastadora […]. Un rompecabezas envuelto en bellísimo lenguaje que formula preguntas acerca de la identidad y la lealtad tan importantes como imposibles de responder». ***—The New York Times Book Review***

«Electrizante». ***—O: The Oprah Magazine***

«De una solidez y gracilidad excepcionales […]. De nuevo Emezi nos insta a reconocer y atesorar un espectro más amplio de experiencias humanas». ***—The Washington Post***

«Una de las novelas más aclamadas de 2020».***—Newsweek***

«Uno de los mejores libros de 2020 […]. Una experiencia que impulsa y revitaliza […] acerca de la libertad y nuestra capacidad para imaginar cómo es ser otras personas, o quizá, más bien, cómo es experimentarlas tal y como son». —**Goop**

«Testimonio de la inmensa destreza literaria de Emezi». ***—Elle***

«Hay libros que nos dejan poso mucho después de terminarlos, pero *La muerte de Vivek Oji* es tan permanente como un tatuaje». ***—Paper Mag***

«Emezi tiene un don para la prosa que a menudo es tan visceral, tierna y desgarradora como lo que describe. […] Si bien la novela se embarca en la resolución del misterio de la muerte de Oji, lo que le otorga su poder es su modo de ir desvelando la historia de una persona protegida por la autoaceptación contra el dolor del mundo. He aquí una demostración del efecto que tiene la mejor ficción: es un antídoto contra la invisibilidad». ***—The Guardian***

«A partes iguales reconfortante y emocionalmente demoledora, la historia de la vida y la muerte de Vivek Oji es verdaderamente inolvidable». ***—Teen Vogue***

«Emezi es un ejemplo de genialidad literaria […]. En las hábiles manos de Emezi, el mosaico de amor, dolor, comunidad, familia, trauma y belleza forma una corona sobre la que Vivek se alza como

una joya ensangrentada. Un verdadero arte que da forma a una historia inolvidable y profundamente conmovedora». —**Lambda Literary**

«Un recio triunfo literario […]. Un retrato finamente delineado, tan bello que duele, de las fronteras de la identidad personal, social y de género». ***—Chicago Review of Books***

«Un viaje tan brillante como demoledor que nos lleva a descubrir las partes ocultas de la vida de Vivek y el misterio que rodea su muerte». ***—Marie Claire***

«Vuelve Akwaeke Emezi, que se cuenta entre nuestros más grandes autores […]. Una historia de familia elegida, descubrimiento, amor, dolor, duelo… y sobre el modo en que el colonialismo infecta a personas y países». —**Shondaland**

«Una lectura que propele y reverbera […]. Emezi es un deslumbrante talento literario cuya obra llega hasta la médula del ser espiritual». ***—Esquire***

«Un libro asombroso […]. Emezi explora, con todo detalle y una gran calidez, la compleja fricción que surge del choque cultural y la pérdida de la inocencia de la juventud». ***—Stylist***

Fotografía: Omofolarin Omolayole

Akwaeke Emezi (elle) es autore de *La muerte de Vivek Oji*, superventas de *The New York Times* y finalista del Dylan Thomas Prize, Los Angeles Times Book Prize, PEN/Jein Stein Award y DUBLIN Literary Award. *Mascota* fue finalista del National Book Award en la categoría de literatura para gente joven y recibió una mención de honor a los premios Stonewall y Walter. *Agua dulce* fue nombrado libro notable por *The New York Times* y finalista de los premios PEN/ Hemingway, NYPL Young Lions de ficción, Edmund White de ficción debut y Lambda. Sus obras más recientes son su primera colección de poemas, *Content Warning: Everything*; su segunda novela juvenil, *Bitter*, y su debut en la novela romántica, *You Made a Fool of Death with Your Beauty*. Seleccionade entre los «5 menores de 35» de la National Book Foundation, apareció en portada de la revista *TIME* como uno de los líderes de la próxima generación. Reside en espacios liminales.

Autoría **Akwaeke Emezi**
Traducción **Arrate Hidalgo**
Corrección **Diego Galar Irurre** y **Sonia Berger**
Diseño de colección y maquetación **Rosa Llop**
Imagen de cubierta **Ana Galvañ**
Producción ePub **Bookwire**

Edición **consonni**
C/ Conde Mirasol 13-LJ1D
48003 Bilbao
www.consonni.org

Primera edición en español:
octubre de 2022, Bilbao

ISBN: 978-84-19490-04-9

Edición original: *The Death of Vivek Oji*, Riverhead Books, 2020
© 2020 by Akwaeke Emezi. Todos los derechos reservados
© de la traducción, Arrate Hidalgo, 2022
© de la imagen de cubierta, Ana Galvañ, 2022
© de esta edición, consonni ediciones, 2022

Esta obra ha recibido una ayuda a la producción editorial literaria del Departamento de Cultura y Política Lingüística del Gobierno Vasco; y este ebook es un proyecto financiado por Dirección General del Libro y Fomento de la Lectura, Ministerio de Cultura y Deporte.

consonni es una editorial con un espacio cultural independiente en el barrio bilbaíno de San Francisco. Desde 1996 producimos cultura crítica y en la actualidad apostamos por la palabra escrita y también susurrada, oída, silenciada, declamada; la palabra hecha acción, hecha cuerpo. Desde el campo expandido del arte, la literatura, la radio y la educación, ambicionamos afectar el mundo que habitamos y afectarnos por él.

A Franca, mi primera (y mejor) amiga narradora.
Nunca olvides el apellido de Kurt.
Te quiero un montón.
Vive libre

UNO

El día que murió Vivek Oji prendieron fuego al mercado.

DOS

Si esta historia fuera un montón de fotografías —de las antiguas, esas de esquinas redondeadas que se meten en álbumes y se guardan bajo el cristal y los tapetes de encaje de las mesas bajas de los salones de todo el país—, empezaría por el padre de Vivek: Chika. En la primera foto saldría él en un autobús de camino al pueblo a visitar a su madre; se lo vería sacando un brazo por la ventanilla, sintiendo la presión del aire en la cara y la brisa que se le cuela por la boca sonriente.

Chika tenía veinte años y era tan alto como su madre, más de metro ochenta de piel roja y pelo del color de la arcilla tocada por el sol; dientes como huesos pulidos. Las mujeres del autobús lo miraban sin disimulo, miraban la camisa blanca que se henchía como una nube a la altura de su nuca, y se sonreían y cuchicheaban porque era una belleza de hombre. Tenía una cara que debería haber vivido para siempre, facciones que dejó a Vivek en herencia —los dientes, los ojos almendrados, la piel sedosa—, facciones que murieron con Vivek.

La siguiente foto del montón sería de la madre de Chika, Ahunna, sentada en el porche al llegar su hijo, junto a un cuenco de udara. Ahunna tenía el wrapper atado alrededor de la cintura, lo que dejaba los pechos al descubierto, y su piel era más roja que la de Chika, más oscura y más vieja, como una olla a la que se le hubiera escurrido el vidriado al cocerla. Tenía los ojos bordeados de finas arrugas, el pelo trenzado en cornrows prietas y una venda en el pie izquierdo, que sostenía en alto sobre un taburete.

—Mama! Gịnị mere?! —gritó Chika al verla, subiendo a toda prisa las escaleras del porche—. ¿Estás bien? ¿Por qué no me mandaste llamar?

—No había por qué molestarte —replicó Ahunna, abriendo una udara en dos y chupándole la pulpa. El gran recinto de su casa de pueblo se extendía en torno a ellos: añeja propiedad de la familia, todo un legado de tierra a la que Ahunna se había aferrado tras la muerte del padre de Chika varios años atrás—. Estaba trabajando en el cultivo y pisé un palo —explicó a su hijo mientras este se sentaba junto a ella—. Mary me llevó al hospital. No ha pasado nada.

Escupió semillas de udara que salieron despedidas de su boca como

perdigones negros.

Mary era la esposa de su hermano, Ekene. Una chica de cuerpo blando y pleno con unas mejillas como dos pequeñas nubes. Se habían casado hacía unos meses, y aquel día Chika vio a Mary flotar hasta el altar con el cuerpo circundado de encaje blanco y un velo que le ocultaba aquella boca tan bonita. Ekene la esperaba en el altar con la espalda recta y orgullosa, la piel reluciente, del color de la tierra fértil y húmeda, en contraste con el negro alquitranado del traje. Chika nunca había visto a su hermano desprender semejante ternura; aquel modo en que le temblaban los dedos largos, el amor y el orgullo hirviendo en su mirada. Mary tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para mirarlo durante la pronunciación de los votos —todos los hombres de la familia de Ekene eran altos— y Chika contempló la curva de su garganta, la luz que irradiaba su cara cuando su hermano levantó el tul y la besó. Tras la boda, Ekene decidió dejar el pueblo y trasladarse a la ciudad, al trajín y el estrépito de Owerri, así que Mary se quedó viviendo con Ahunna mientras él se marchaba a prepararlo todo para su nueva vida juntos. Desde el porche, Chika lanzó una mirada furtiva a Mary, que estaba regando el jardín de hibiscos. Se había recogido el pelo en un nudo flojo y llevaba un amplio vestido de algodón estampado de flores desvaídas. Era la viva imagen del hogar, de algo en lo que Chika podría dejarse caer, arremolinado en sus caderas, sus muslos, sus pechos.

Su madre lo miró con desaprobación.

—Ojo con lo que haces —advirtió, como si pudiera leerle la mente —, que es la mujer de tu hermano.

A Chika le ardió la cara.

—No sé de qué me hablas, mama.

Ahunna no se inmutó.

—Anda y búscate una para ti, y ni se te ocurra empezar wahala con esa chica en esta casa. Tu hermano no va a tardar en venir a recogerla.

Chika alargó el brazo y tomó la mano de su madre.

—No voy a empezar nada, mama.

Ella se carcajeó, pero no retiró la mano. Se quedaron ahí sentados, otra fotografía, mientras la tarde se deslizaba por el porche y el cielo, y algo bullía lento en el interior de Chika, algo que le tamborileaba en la garganta. Todo esto era antes de Vivek, antes del incendio, antes de que Chika descubriera la dificultad exacta de cavar su propia tumba con los huesos de su hijo.

La herida de Ahunna, al sanar, le dejó una cicatriz en el empeine; una mancha marrón oscuro con la forma de una estrella de mar

flácida. Su hijo Ekene llegó y se llevó a su esposa a Owerri y a su nueva casa: un bungalow blanco con una cancela junto a la que crecían flamboyanes y una valla flanqueada por guayabos. Chika solía ir de visita. Estas serían las fotos alegres: Mary sonriendo en la cocina; Mary trenzándose el cabello con extensiones y cantando a voz en cuello en el coro de su iglesia; Mary y Chika contándose chismes mientras ella cocinaba. Como Ekene no aguantaba a las mujeres habladoras ni tampoco era de los que se ponen celosos, no le molestaba que su hermano pequeño y su mujer se llevaran tan bien.

En cuanto a Chika, aquello que le bullía por dentro empezó a calentarse aún más cada vez que veía a Mary. Cantaba y borboteaba y lo escaldaba en lugares que nadie veía. A sus parientes les decía, bromeando, que prefería estar en una casa donde había una mujer antes que en su desangelado piso de soltero, y Mary le creyó, hasta una tarde, cuando Chika se le acercó por detrás mientras ella cocinaba y le apretó la boca contra la nuca. Ella se dio la vuelta de golpe y empezó a golpearlo con la larga cuchara de madera con la que estaba preparando garri.

—¿Estás loco? —gritó. El garri ardiendo salía despedido de la cuchara y quemaba a Chika en los antebrazos, que este había levantado en un intento por bloquear los golpes—. ¿Pero qué te crees que haces?

—¡Perdón, perdón! —Chika se hincó de rodillas y agachó la cabeza con los brazos aún en alto—. Biko, Mary, ¡para! No lo volveré a hacer, ¡te lo juro!

Mary se detuvo, resollando, con el semblante herido y consternado.

—¿A ti qué te pasa, ehn? ¿Por qué tienes que intentar arruinarlo todo? Ekene y yo somos felices, ¿me oyes? Muy felices.

—Ya lo sé, ya lo sé —Chika se levantó despacio, flexionando una rodilla y luego la otra, sin bajar las manos, mirándola a los ojos—. Ya lo sé. No quiero arruinar nada. Perdóname, por favor.

Mary negó con la cabeza.

—Tienes que dejar de venir si era para eso.

Chika quería alargar los brazos y tocarla, pero los nudillos de Mary seguían apretados alrededor de la cuchara.

—Ya lo sé —respondió con voz suave.

—Te lo digo de verdad —insistió Mary—. No vuelvas a venir con estas tonterías.

Chika, al ver la humedad de las lágrimas suspendidas en los ojos de Mary, bajó las manos.

—Lo he entendido. A partir de ahora serás mi hermana y nada más. Te lo juro —Chika sintió los ojos de Mary sobre él mientras llevaba la mano a las llaves del coche—. Ya me voy. Nos vemos la

semana que viene. Por favor, vamos a olvidar lo que ha pasado hoy, ¿okey?

Mary no dijo nada. Se limitó a mirarlo marchar y no relajó los dedos aferrados al mango curvo de madera hasta que la puerta se cerró tras él.

Los meses siguientes Chika no se acercó a Owerri. Consiguió trabajo de contable en una vidriería de Ngwa, la ciudad de mercado a la que se había mudado tras marcharse del pueblo. El médico de la empresa era el Doctor Khatri, un hombre indio de tez pálida y sienes canosas. A veces llevaba a la consulta a Kavita, su sobrina, para que lo ayudara con las tareas administrativas. Chika la vio por primera vez un día que visitó al doctor a cuenta de una tos. Kavita estaba sentada a la mesa de recepción rodeada de pilas de historiales, hojeándolos con el ceño fruncido. Era una mujer menuda de piel marrón oscuro con una gruesa trenza de pelo negro que le llegaba por debajo de la cintura. Aquella mañana llevaba un vestido de algodón color naranja; era como un atardecer en llamas, y Chika supo de inmediato que su historia terminaría ahí mismo, con ella, que se ahogaría en aquellos inmensos ojos líquidos y sería la forma perfecta de dejar este mundo. No sintió nada bulléndole por dentro, nada salvo una exhalación alta y clara, una grávida paz que le envolvía el corazón. Kavita alzó la vista y le sonrió, y Chika logró armarse de valor para invitarla a comer. Ambos se sorprendieron cuando Kavita accedió. También cuando vieron el cariño que se fue desplegando entre ellos a lo largo de las semanas siguientes.

Cuando se hizo evidente que el cortejo iba en serio, el médico invitó a Chika a su casa, donde Kavita les sirvió té y pequeños cuencos de murukku. Tenía muñecas delicadas, y el cabello oscuro le llovía sobre los hombros. El Doctor Khatri le contó a Chika que, al morir sus padres, Kavita había pasado a estar bajo su tutela. Un día, la muchacha emprendió el largo viaje desde la India para vivir con él en Nigeria.

—Tuvimos ciertos… problemas familiares en Delhi —explicó—. Por la casta de su padre. Un nuevo comienzo era lo mejor.

Chika asintió. Era la misma razón por la que él había decidido no vivir en la misma ciudad que nadie de su familia. Los nuevos comienzos eran buena idea; era en esa separación donde cualquiera podía sentirse uno mismo y descubrir quién era al distinguirse de todos los demás.

Foto: la joven pareja en el jardín trasero después de la cena, paseando a lo largo de una hilera de rosales desnudos, Kavita recorriendo las ramas suavemente con los dedos.

—Qué ganas tengo de que florezcan —dijo—. Cuando vivíamos en

Delhi odiaba el olor a rosas, pero a mi tío le encantan, y ahora… Es raro, pero simplemente me recuerdan a mi casa.

Foto: la mano de Chika cubriendo la de ella, las palmas de sus manos aplastando hojas serradas, un beso silencioso en el que se enredan sus alientos.

Después, Chika fue al pueblo y habló de Kavita a su madre.

—Quiero que la conozcas —dijo, rehuyendo su mirada. Ahunna lo observó: los hombros caídos, la forma en que sacaba constantemente las manos de los bolsillos y las volvía a meter. Está claro que los hijos no cambian nunca, pensó, por muy mayores que se hagan.

—Trae a la chica —dijo Ahunna—. Nsogbu adịghị.

Después siguió pelando ñame. Sentada en un taburete bajo, frente a la palangana que contenía los tubérculos, lanzaba las mondas al jardín trasero para sus cabras. Una sonrisa aturdida iluminó el semblante de Chika, que seguía en pie frente a ella.

—Sí, ma —dijo al fin—. Daalu.

Solo entonces se sintió por fin preparado para volver a Owerri de visita y comunicarles la noticia a Mary y Ekene, ahora que podía entrar en su casa con la conciencia limpia. Nunca habló con Mary de lo ocurrido, de aquel momento de deseo descarriado en el calor sofocante de una cocina.

Tres meses después, Chika propuso matrimonio a Kavita en la rosaleda de la casa de su tío. Para entonces, los tallos estaban llenos de flores rosas y rojas, el aire denso con su perfume. Kavita sonrió, reprimió las lágrimas, arrojó los brazos alrededor del cuello de arcilla de Chika y le dio el sí con un beso. A los pocos días, las familias se enzarzaron en una discusión a cuenta de la dote. Chika intentó explicarle al Doctor Khatri que era la familia del marido quien pagaba a la de la novia, pero el viejo médico montaba en cólera solo de pensarlo.

—¡Nos trajimos la dote de Kavita desde la India hasta aquí! Es su herencia. No puedo dejarla ir sin ella, ¡como si para nosotros Kavita no tuviera ningún valor!

—¡Y yo no puedo aceptar un excrex del padre de mi esposa!

Al oír la palabra «padre», al Doctor Khatri se le llenaron los ojos de lágrimas y se hizo un paréntesis en la disputa.

—Verdaderamente la siento como hija mía —dijo con voz atragantada.

Ahunna alzó los ojos al cielo e intervino.

—A los hombres os gusta demasiado gritar. Que una dote contrarreste a la otra, así nadie paga nada y ya está —el Doctor Khatri cogió aire para protestar, pero Ahunna alzó una mano—. Guarda la

dote de Kavita para sus hijos. No quiero volver a oír pim sobre este asunto.

Y se acabó. La dote de Kavita consistía en una pequeña colección de joyería de oro macizo que su madre había aportado a su propio matrimonio, heredada de las generaciones de mujeres que la precedieron.

Foto: Chika con Kavita en su dormitorio, recién casados, el peso de los collares y brazaletes desparramándose sobre las manos de él.

—No sé ni qué decir. Es como un tesoro de los que hablan en los libros.

Kavita tomó las joyas de sus manos y las puso de nuevo en el joyero.

—Para nuestros hijos —le recordó, sin saber que solo tendrían uno —. Hagamos como si no estuvieran.

La mayor parte de las joyas no se movieron de aquel estuche en dos décadas, descansando sobre el terciopelo carmesí, gemas y eslabones de oro relucientes en la oscuridad. Hubo alguna ocasión, cuando pasaban por estrecheces, en la que Chika y Kavita vendieron alguna que otra pieza de menor tamaño, pero las conservaron casi todas. Su intención era usarlas para enviar a su hijo, Vivek, a Estados Unidos. Sin embargo, fueron las manos de Vivek las que finalmente sacaron las joyas del estuche.

Foto: el niño, descamisado, colocándose collares contra el pecho, cubriendo con ellos su cadena de plata, enganchándose pendientes de oro en las orejas, el pelo cayéndole por los hombros. Parece una novia, semidesnuda, parcialmente desvestida.

Ahora sale otro chico en esta foto. Se llama Osita. Es tan alto como Vivek, pero de hombros más anchos y piel oscura como la tierra fértil. Es el hijo de Ekene, nacido de Mary, y tiene los ojos rasgados, labios de una plenitud inconcebible. En esta foto, la preocupación talla y oscurece el semblante de Osita. Está inmóvil, cruzado de brazos, la mandíbula tensa frente a algo que no puede predecir.

Vivek, con gotas de oro que le caen sobre las cejas, sonríe a su primo.

—Bhai —dice con una voz de campanilla—. ¿Qué tal estoy?

Osita, mucho después, lamentó no decirle la verdad en aquel momento: que era tan bello que nublaba el aire a su alrededor, que hacía que a Osita se le pusiera dura de deseo. Pero lo único que dijo fue:

—Quítatelas —tenía la voz ronca—. Vuelve a ponerlas en su sitio antes de que nos pillen.

Vivek, sin hacerle caso, dio vueltas sobre sí mismo. Había tanta luz atrapada en su cara que a Osita le hacía daño en los ojos.

—Haría lo que fuera —dijo, tras el entierro de Vivek—, daría lo que fuera por volver a verlo así aunque fuera solo una última vez. Vivo y cubierto de opulencia.

El mercado que incendiaron estaba justo al pasar la segunda rotonda en coche por Chief Michael Road, dejando atrás los edificios abandonados de oficinas y la intersección del vulcanizador, aquel hombre bajito con una cicatriz que le dividía la mejilla derecha. Se llamaba Ebenezer y llevaba trabajando en aquel cruce más tiempo del que nadie podía recordar. Allí llevaba Kavita el coche familiar cuando había que repararle los neumáticos. Era un Peugeot 504 gris plateado, que Chika había comprado tras años de trabajo en la vidriería como reemplazo del anterior, que estaba viejo y destartalado. De niño, Vivek apretaba la palma de su manita contra el metal caliente del vehículo, en equilibrio sobre un pie y luego el otro, mientras miraba trabajar a Ebenezer. La cicatriz le formaba una línea gruesa en la piel, de un rojo lustroso y coagulado que resaltaba sobre el marrón de la cara. Cuando sonreía a Vivek, la cicatriz se resistía contra el pliegue de la piel y la boca solo se levantaba del todo por un lado.

—Pequeño oga —solía llamar a Vivek, bromeando, al tiempo que con las manos movía llaves fijas y tubos y aire a presión. Vivek soltaba una risita y ocultaba la cara en la falda de Kavita. Por entonces era un niño pequeño, con vida. Si Kavita bajaba la mano, caía sobre la curva de su cráneo infantil, sobre el pelo suave y la piel tibia de debajo, el hueso formado dándole forma a él. Años después, cuando Kavita halló su cuerpo tendido cuan largo era sobre su porche delantero, cubierto por tres metros y medio de tela akwete en un patrón rojo y negro que, según dijo, jamás olvidaría, la parte posterior de aquel cráneo estaba rota y empapaba el felpudo de su casa. Kavita le levantó el cuello de todas formas, para apretar su mejilla contra la de él y chillar. El pelo de su hijo le cayó sobre los brazos, húmedo, largo y espeso, y ella soltó un alarido.

—*Beta*! —chilló con una voz que agujereó el aire—. ¡Despiértate, beta!

Uno de los pies de Vivek estaba torcido en medio de un montón de tierra, desparramada al volcarse el tiesto de flores junto a él. Todo le olía a humo. Sus pies descalzos revelaban la cicatriz del empeine izquierdo: una estrella de mar sin vida, de color marrón oscuro.

El día que nació Vivek, Chika sostuvo al bebé en brazos y miró aquella cicatriz fijamente. Ya la había visto antes: Kavita siempre comentaba su forma cuando le frotaba los pies a Ahunna. Aquella había pasado tanto tiempo sin madre que su amor por Ahunna era táctil y estaba colmado de afecto infantil, cien mil excusas para tocarla. Se sentaban juntas, leían juntas, paseaban juntas por los

cultivos, y Ahunna daba gracias por haber alumbrado a dos hijos y haber recibido el don de dos hijas. Cuando Ekene y Mary tuvieron a su hijo, Osita, Ahunna lloró sobre su carita, cantándole en igbo en voz baja. Se moría de ganas de que llegase el bebé de Chika y Kavita.

Transcurrió un año y Chika notaba algo que se iba acumulando lentamente en su interior al sostener a su hijo recién nacido en brazos —como pliegues de hormigón que al verterse se solidifican en un miedo enfermizo—, pero no le prestó atención. No fue hasta el día siguiente cuando llegó a Ngwa un mensajero del pueblo a comunicarle a Chika que Ahunna había muerto la víspera; su corazón se había detenido en el umbral de su casa, su cuerpo desplomado en su recinto, la tierra recibiendo su semblante inerte.

Debería haberlo sabido, se dijo Chika mientras Kavita aullaba de pena con Vivek aferrado contra el pecho. En cierto modo, lo había sabido. ¿De qué otro modo habría entrado esa cicatriz en el mundo en forma de piel sino abandonándolo antes? Nada puede estar en dos sitios a la vez. Con todo, Chika negó esta realidad durante muchos años, tantos como pudo. Son supersticiones, se decía. Era una coincidencia, esas marcas de sus pies, y de todos modos Vivek era niño, no niña. ¡Cómo! Aun así. Su madre estaba muerta; su familia, desamparada, y en el centro de todo había un recién nacido.

Así fue el nacimiento de Vivek, en la estela de la muerte y de lleno en el dolor. Lo marcó, en cierto modo: lo taló como a un árbol. Lo llevaron a una casa anegada de una aflicción embrutecedora; su vida entera fue duelo. Kavita no tuvo más hijos.

—Con él basta —decía—. Con esto bastó.

Foto: una casa ahogada en llanto el día que Vivek la dejó, devuelta al estado en que se encontraba cuando llegó a ella.

Foto: su cuerpo, envuelto.

Foto: su padre hecho trizas, su madre enloquecida. Un pie muerto con una estrella de mar desinflada cubriéndole el empeine, el principio y el fin de todo.

TRES

OSITA

Cuando yo tenía once años, Vivek me partió un diente. Ahora, cuando me miro en un espejo y abro la boca, pienso en él y noto como la tristeza me recorre otra vez. Pero cuando Vivek aún vivía, cuando hacía poco que había pasado, la ira me bombeaba por todo el cuerpo al verlo. Me sentí igual cuando murió, esa ira caliente, como pimienta que se te va por el otro lado.

Cuando éramos pequeños siempre nos estábamos peleando. Casi siempre eran riñas sin importancia. Pero una vez, estando en el jardín trasero de su casa, empezamos a darnos empujones; los pies nos patinaban sobre la arena, bajo la plumeria, ambos enfadados por algo. Vivek me empujó y yo caí contra un pozo de drenaje de hormigón que había fuera, se me abrió el labio y fue entonces cuando se me partió el diente. Lloré, después me avergoncé de haber llorado y pasé unos días sin dirigirle la palabra. Vivek estaba a punto de marcharse a un internado del norte, una academia militar o algo así a la que De Chika se había empeñado en mandarlo, aunque aunty Kavita pasó meses suplicándole que no lo hiciera. Pero mi tío quería que su hijo se curtiera, que dejase de ser tan blandengue. Yo quería que se quedara, pero estaba demasiado enfadado como para decírselo. Con lo cual Vivek se marchó y yo ahí me quedé, a solas con un orgullo herido que me hacía querer pegarme con el primero que mencionase mi diente y la esquina que le faltaba. Tuve muchas peleas en el colegio aquel trimestre.

Para fin de año ya lo echaba muchísimo de menos. Empecé a esperar con ilusión que volviera a Ngwa a pasar las vacaciones de la estación de lluvias. Fue durante uno de aquellos largos descansos cuando la madre de Vivek convenció a la mía para apuntarnos a ambos a clases de preparación para el SAT.

—Así prepararán a los chicos para ir a la universidad en Estados Unidos —dijo aunty Kavita—. Pueden conseguir becas y un visado F1. Piensa que es la forma más directa.

Aunty Kavita y De Chika daban por hecho que Vivek iría estudiar

la carrera al extranjero con una convicción que él heredó: la certeza de que su estancia aquí, en casa, era temporal y que había una puerta esperándole en cuanto hubiese terminado con sus exámenes finales en Nigeria. Más adelante me di cuenta de que lo que cimentaba esta convicción era el caudal de oro de la dote, pero en aquel momento yo creía que simplemente estaban siendo optimistas, cosa que me sorprendía, porque ni siquiera mi propia madre, que creía en rezar mucho, había dicho nunca nada de mandarme al extranjero. El oro era una puerta secreta, una cuenta de ahorros con la que podían comprarle Estados Unidos a Vivek.

Yo no quería ir a esas clases de preparación para los exámenes, pero aunty Kavita me lo rogó.

—Vivek no va a ir si no vas tú —dijo—. Te tiene en un pedestal. Eres como un hermano mayor para él. Necesito que se tome las clases en serio.

Me dio una palmadita en la mejilla, asintió como si yo ya hubiera accedido y, tras dedicarme una sonrisa, se marchó. No podía decirle que no y ella lo sabía. Así que todos los viernes y sábados de aquellas vacaciones, Vivek y yo cogimos un autobús que nos llevaba por Chief Michael Road al centro de exámenes. Me acostumbré a pasar los fines de semana en casa de Vivek, a los desayunos de los sábados, cuando De Chika arrancaba la sección de tiras cómicas del periódico para Vivek y para mí, y aunty Kavita preparaba ñame con huevos como si lo llevara haciendo toda la vida.

Había aprendido a cocinar comida nigeriana de sus amigas, un grupo de mujeres, extranjeras como ella, que estaban casadas con hombres nigerianos y eran aunties para los hijos de las demás. Pertenecían a una organización llamada las Nigerwives, que las ayudaba a asimilarse a sus nuevas vidas tan lejos de sus países de origen. No eran de las expatriadas con dinero, al menos no las que nosotros conocíamos. No habían venido a trabajar en las petroleras; habían venido por sus maridos, por sus familias. Algunas conocían Nigeria porque llevaban décadas viviendo aquí, también durante la guerra; otras hablaban igbo con fluidez. Entre todas enseñaron a Kavita a preparar sopa de oha, arroz jollof, ugba. Celebraban fiestas de cumpleaños y de Pascua, y cuando éramos pequeños, yo solía acompañar a Vivek para poder ir. Nos colocábamos juntos para la foto detrás de la tarta de cumpleaños; nos disfrazábamos de ninjas para la fiesta de disfraces; pasábamos fines de semana en la piscina del club deportivo local con los demás hijos de las Nigerwives.

Un año, cuando teníamos unos trece o catorce, aunty Rhatha organizó una comida en su casa a la que todo el mundo trajo algo. Aunty Rhatha era tailandesa y tenía dos hijas, Somto y Olunne, niñas de cara redonda que reían como carillones idénticos y nadaban ágiles

como dos peces. Su marido trabajaba en el extranjero, pero aunty Rhatha parecía arreglárselas perfectamente sin él. Hizo cupcakes rosas y amarillas, esponjosas por el aire y el azúcar, cuidadosamente decoradas con manga pastelera y adornos de azúcar con forma de pájaros y mariposas de colores chillones. Aunque sí era goloso, Vivek odiaba las cupcakes, pero cogió la que le tocaba de todas formas para dármela a mí. Nos paseamos por la casa con alas deshaciéndose en mi boca, los pies descalzos sobre el frescor de las baldosas de mármol. Aunty Eloise estaba recorriendo el salón trasero de lado a lado mientras hablaba al teléfono con alguien, probablemente uno de sus hijos, que ya se habían ido a universidades del Reino Unido. Eloise era una mujer bajita y rechoncha de abundante pelo rubio y sonrisa permanente. Tanto ella como su marido, un médico de Abiriba, trabajaban en el hospital universitario. A aunty Eloise le gustaba celebrar cenas y fiestas en su casa, más que nada para que hubiera algo de bullicio entre aquellas paredes, ahora que sus hijos ya no estaban.

—¿Por qué no se va con sus hijos y ya está? —se preguntó Vivek en voz alta.

Yo estaba quitándole el envoltorio a una cupcake. Me encogí de hombros.

—A lo mejor le gusta vivir aquí. O lo mismo le gusta su marido.

—Venga ya. Si es un muermo —Vivek miró alrededor. Las otras Nigerwives, apiñadas en el comedor, organizaban sartenes de curry, pollo y arroz a lo largo de la mesa—. Además, la mayoría solo están aquí por sus hijos. Si no fuera por ellos ya se habrían largado hace mucho.

Chasqueó los dedos para darle énfasis.

—¿Y tu madre, nko?

—Mba ahora, no es lo mismo. Ya vivía aquí antes de casarse.

Oímos la puerta de la entrada que se abría y después la voz aguda y rutilante de aunty Rhatha dándole la bienvenida a la recién llegada. Vivek ladeó la cabeza tratando de captar la voz de la invitada y me sonrió con malicia.

—Creo que es aunty Ruby —dijo meneando las cejas con picardía —. Ya sabes lo que quiere decir: tu novia está aquí.

Agradecí que no pudiera ver como me ruborizaba bajo la piel, pero sus ojos se burlaron de mí igualmente. Aunty Ruby era una mujer alta de Texas que llevaba una guardería; su marido tenía una tienda de alfombras y su hija, Elizabeth, era una de las chicas más guapas que había visto en mi corta vida. Era corredora, esbelta, de huesos largos y cuello cimbreante. Una vez intenté echar una carrera contra ella, pero era inútil; se movía como si el suelo se fuera derrumbando bajo sus

pies, como si el futuro estuviera acelerando para darle alcance. Así que tiré la toalla y me dediqué a contemplarla corriendo contra todos los chicos del barrio que creían poder con ella. Siempre ganaba Elizabeth, con el pecho erguido y echado hacia delante, levantando nubes de arena a su paso. La mayoría de los chicos no se atrevían ni a dirigirle la palabra; no sabían qué hacer con una chica que era más rápida que ellos, pero yo siempre intentaba charlar un poco con ella. Creo que aquello le sorprendía, pero yo no parecía gustarle como ella me gustaba a mí. Eso sí; siempre era simpática conmigo, aunque algo reservada.

—Déjame en paz, jo —le dije a Vivek—. ¿Qué te pasa, es porque no ha venido Juju?

Vivek se ruborizó al instante y yo me reí en su cara. Justo en ese momento aparecieron Somto y Olunne doblando una esquina con un cuenco lleno de dulces.

—¿Queréis? —preguntó Somto con tono aburrido, alargándonos el bol. No le gustaba nada cuando su madre organizaba eventos, porque Olunne y ella siempre tenían que ayudarla a montarlo todo y después servir las cosas y limpiar. Vivek negó con la cabeza, pero yo rebusqué en el cuenco y elegí los caramelos de chocolate Cadbury, que eran mis favoritos.

Olunne, al lado de su hermana, daba vueltas con la boca al palito blanco de una piruleta.

—¿De qué hablabais? —preguntó.

—De su mujer —contesté con una sonrisa cruel—. Juju.

Somto se besó los dientes con desaprobación.

—Tchiu. Por favor. No pienso malgastar saliva hablando de esa.

—Ah-ahn —respondió Vivek—. ¿A ti qué?

—Nunca viene a estas cosas —se quejó Somto—. Los demás tenemos que venir, pero a ella le da igual dejar a su madre que venga sola. Quién se cree, abeg.

Somto tenía razón: a Jukwase, a quien todo el mundo llamaba Juju, no le gustaba venir a los eventos de las Nigerwives. Su madre era aunty Maja, una enfermera de Filipinas casada con un empresario mucho mayor que ella. Yo llevaba años viendo a Vivek suspirar por Juju, pero la chica era muy así, un poco rara.

—Igual se cree demasiado inglesa para estar aquí —dijo Olunne, encogiéndose de hombros. Juju había nacido en el extranjero, y de hecho había ido allí al colegio unos años hasta que sus padres volvieron a Nigeria. Era muy pequeña cuando aquello, pero su voz aún conservaba un acento diferente del nuestro. Era un blanco fácil para las críticas, sobre todo porque nos evitaba.

—Pasad de ella; se hace la estupenda por ese pelo que tiene —dijo

Somto levantando el labio con desprecio. Yo me mordí la lengua: el pelo era un tema sensible para Somto, que había tenido que cortarse el suyo hacía un año, al empezar secundaria. La madre de Juju la había matriculado en una escuela privada donde no exigían que las niñas mixtas se cortasen el pelo, y por eso Juju pudo dejar crecer unos rizos que ya le caían por la espalda. Vivek frunció el ceño, pero sabía por experiencia que era mejor no provocar a Somto ni defender a Juju con demasiadas ganas. Fue ya volviendo a casa cuando bajó la voz para quejarse a solas conmigo:

—Si las chicas no quieren saber nada de Juju es porque están celosas. No es justo.

Asentí, consciente de que le había dolido oírlas hablar así de ella.

—No, no lo es —convine, por él, más que nada. Le gustaba demasiado esa chica. Vivía en la misma calle donde estaba el bungalow de De Chika, una zona tranquila cerca del hospital Anyangwe. Nos pasábamos la vida yendo en bici por esa calle, frenando un poco al pasar junto a la casa de Juju. A aunty Maja le encantaban las flores; su valla estaba cubierta de montones de buganvillas rosas y blancas.

—Llámale a la puerta —le dije a Vivek—. A ver si está en casa.

—¿Y qué le digo? —replicó, pedaleando en círculos lentos en medio de la calle.

Me encogí de hombros, desorientado por las complejidades que entraña cortejar a una chica en la casa de su padre. Seguimos pedaleando hacia casa y dejamos las bicis junto a los columpios del jardín trasero. Delante de las dependencias del servicio había un grupo de arbustos de vernonia amarga que se disputaban el espacio con un seto de ixora. Antes aunty Kavita y De Chika tenían una asistenta doméstica que vivía allí, pero volvió al pueblo al cabo de un año o dos —por la muerte de un familiar, creo— y nunca le buscaron sustituta. Vivek y yo nos encargamos de las tareas del hogar tras su marcha; barríamos el que fue su cuarto, en las dependencias del servicio, como si todavía viviera alguien allí, arrastrando la escoba bajo el armazón metálico de la cama. Allí nos quedábamos cuando queríamos perder de vista a los adultos; despatarrados sobre sábanas de color rosa palo, comíamos cacahuetes hervidos y nos tirábamos las cáscaras. Aunty Kavita nos dejaba en paz cuando estábamos ahí metidos; como mucho, nos gritaba desde la puerta trasera de la casa principal si le hacía falta algo. De Chika nunca puso un pie allí. Gracias a eso lo tuve un poco más fácil para ocultarles lo de Vivek cuando todo empezó.

No sé cuánto tiempo llevaba sucediendo cuando me di cuenta. Quizá hubo quienes lo notaron antes que yo y simplemente no dijeron

nada, o quizá nadie lo notó. La primera vez que lo vi con mis propios ojos fue al cumplirse un año desde que Vivek me rompiera el diente, un domingo después de ir a misa con su familia. Era por la tarde y Vivek y yo seguíamos vestidos con la ropa de la iglesia. Habíamos comido, retirado la mesa y escapado enseguida a las dependencias del servicio con unos cómics de Archie heredados de los sobrinos de aunty Eloise, que los había traído de su último viaje a Londres. Yo tenía uno desplegado sobre el suelo de hormigón, con la cabeza y un brazo colgando del borde de la cama y los pies apoyados contra la pintura descascarillada de la pared. Vivek estaba sentado junto a mí en el colchón, con las piernas cruzadas y su cómic en el regazo. Tenía la espalda encorvada e inclinaba la cabeza sobre las páginas. Era un día cálido y tranquilo; los únicos sonidos eran el susurro del papel fino y algún que otro cloqueo de las gallinas que había fuera.

La voz de Vivek rompió aquel silencio, grave y áspera.

—Se está cayendo la pared.

Levanté la cabeza.

—¿Qué?

—Que se está cayendo la pared —repitió—. Sabía que teníamos que haber reparado el tejado después de último chaparrón. Y encima acabamos de meter los ñames.

Cerré el cómic y me incorporé. Vivek seguía con la cabeza inclinada, pero la mano descansaba, inmóvil, sobre una página a medio pasar. Tenía las uñas ovaladas, cortadas hasta la base.

—¿De qué hablas? —pregunté—. ¿Estás bien?

Vivek levantó la cabeza y me miró sin verme.

—¿No oyes la lluvia? —dijo—. Hace un ruido tremendo.

No había nada salvo el sol entrando a raudales a través de las lamas de la ventana y las viejas cortinas de algodón. Miré a Vivek fijamente y alargué la mano para posársela en el hombro.

—No llueve —comencé a decir, pero al tocar el algodón de su camisa y el hueso del hombro que cubría, Vivek puso los ojos en blanco y su cuerpo, desplomándose de lado, cayó sobre el colchón. En cuanto su mejilla tocó la espuma, pegó una sacudida como si acabase de despertar y arañó el aire con brazos y piernas. Se incorporó de golpe, resollando.

—¿Qué? ¿Qué ha pasado?

—¡Shh! No grites.

No lo toqué, temiendo provocarle otro arrebato.

Tenía los ojos agitados y muy abiertos; recorrió la habitación con una mirada que apenas posó en mí mientras se le calmaba la respiración.

—Ah —dijo, y dejó caer los hombros. Después, casi para sí, dijo—.

Otra vez igual.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo que otra vez igual?

Vivek se frotó la nuca. Parecía incómodo.

—No es nada. Como desmayos pequeños-pequeños. Da igual.

No aparté los ojos de él, pero no quiso devolverme la mirada.

—Has dicho algo de que llovía —dije—. Y de ñames.

—Ehn? —contestó, embutiendo un «¿No me digas?» en un único sonido—. Pues no me acuerdo. Biko, fashi todo y ya.

Cogió su cómic y se echó sobre un costado, dándome la espalda. No dije nada porque Vivek era así: cuando quería dejar de hablar de algo, dejaba de hablar de eso y se encerraba en sí mismo como si hubiera caído una verja de metal en torno a él. Pero después de aquella vez lo tuve vigilado. Lo vigilaba por comprobar si volvía a suceder.

Había momentos en los que se quedaba muy muy quieto. Dejaba de moverse, así sin más, mientras el mundo avanzaba a su alrededor. Una tarde, al salir de clase, lo vi: de repente Vivek dejó de andar. Los de clase le daban codazos y empujones para apartarlo de su camino al salir en fila. Yo estaba un poco más atrás, pero para cuando llegué a su altura Vivek seguía sin moverse. Los otros lo miraban mal, se chupaban los dientes al dejarlo atrás de un empellón. Caminaba como si estuviera borracho, tambaleándose, dando traspiés, moviendo los labios lentamente sin producir sonido. Lo agarré por el codo y lo impulsé hacia delante, tirando de él hacia mí para que no se cayera. Mientras la corriente de personas seguía abriéndose paso fuera del recinto —se acercaban las pruebas de acceso a la universidad y el centro de exámenes estaba lleno de estudiantes— me las arreglé para que Vivek atravesase la puerta y lo aparté a empujones de la corriente hasta colocarlo contra un muro, junto a la cuneta de la carretera. Al fin volvió en sí con un estremecimiento.

—¿Estás bien? —le pregunté, soltándole el codo.

Me miró y su expresión echó la verja.

—Perfectamente. Vamos.

Seguí sus zancadas hasta la parada de autobús, preocupado pero sin decir palabra.

Por algún motivo, la situación terminó por repetirse cada vez que Vivek salía del colegio, e incluso cuando íbamos a la casa del pueblo por vacaciones: yo lo vigilaba atentamente e intervenía cuando podía, y entretanto Vivek nunca me explicaba claramente lo que estaba pasando. Cuando actuaba como aquella vez en el centro, Vivek se limitaba a darme las gracias y seguíamos como si nada. Al final me acostumbré.

Ni sus padres ni los míos se dieron cuenta, quizá porque cuando estaban ellos delante Vivek siempre se controlaba mucho; nunca se lo veía tan relajado como aquella vez en las dependencias del servicio. A ojos de sus padres, Vivek simplemente tenía momentos en los que le daba por no hablar. Aunty Kavita a menudo suponía que estaba cansado y lo mandaba a la cama. Mi madre le dijo que le hiciera un análisis por si tenía anemia, y a raíz de aquello mi tía estuvo un tiempo poniéndole unas porciones enormes de ugu para comer, por si acaso. Nosotros dos seguíamos leyendo cómics y comiendo cacahuetes hervidos en las dependencias del servicio de su casa cada vez que iba; seguíamos dando vueltas en bici por su calle; seguíamos vareando guayabas y mangos de los árboles con un tallo hueco de bambú para después comérnoslos tumbados sobre el capó del coche de De Chika.

Éramos jóvenes, éramos muchachos, los años pasaban volando en medio del calor. Muchos, muchísimos años después me pregunté si tendría que haberles contado a sus padres lo que estaba pasando, si le habría ayudado, o salvado un poco.

Al fin, dos años antes de terminar la secundaria, logré reunir el valor para decirle algo a Elizabeth, que iba a clases de SAT con nosotros. Le tiré la caña igual que hacíamos todos con las chicas que nos gustaban: invitándola a FanYogo y acompañándola hasta la puerta cuando vino su chófer a recogerla.

Vivek observó mi actuación y se rio.

—¿Por fin te la estás intentando ligar? Aleluya. Por lo menos no has esperado a la graduación.

Después de una semana de mandarle cartas y escribirle cuidadosamente las letras de las canciones de amor más sexis, Elizabeth finalmente accedió a ser mi novia. Guardaba las cartas, todas escritas en folios arrancados de mis libros de ejercicios, y me mandaba notas en las que me decía lo romántico que era. La visité alguna vez estando en Ngwa, pero era perfectamente consciente de que nunca podría llevarla a Owerri.

Un fin de semana que yo volvía a casa, me propuso acompañarme.

—Tengo una tía que vive allí —dijo—. Y como mis padres conocen a la tuya, me dejarán ir contigo. Ya sabes cómo son las Nigerwives —empezaba a entusiasmarse con la idea—. ¡Podemos coger el autobús juntos!

Me negué. No quería arriesgarme a que alguien nos viera en la parada de autobús para Owerri y se lo chivase a mi madre. Ya me había advertido que no tuviera novias en una diatriba sobre los pecados de la carne. Aquella vez también me dijo que, como me pillase masturbándome una sola vez, me ponía de patitas en la calle. A

mí me alucinaba que fuera ella, y no mi padre, quien me hablase de estas cosas, pero a mi madre eso le daba igual. Para entonces ya se había convertido en un sólido pilar de fervor religioso y devota disciplina. Cuando De Chika me contaba historias sobre la joven risueña con la que se había casado mi padre, con la que se sentaba a chismorrear en la cocina, yo no era capaz de reconocer a mi madre en ellas. La madre que yo conocía era una persona de boca severa que organizaba sesiones nocturnas de oración, llevaba el pelo siempre envuelto en un pañuelo y citaba a su pastor cada dos por tres.

Entretanto, mi padre se quedaba cada vez hasta más tarde en la oficina y yo pasaba cada vez más fines de semana en casa de Vivek, también cuando no teníamos clases de SAT. Mi madre se dio cuenta inmediatamente, claro. ¿Cómo no iba a darse cuenta, si éramos todo lo que tenía en esta vida? Se quejó a mi padre de sus ausencias y, cuando él siguió quedándose hasta tarde en el trabajo, decidió que tenía una querida. Era un temor alimentado por las mujeres de su iglesia. ¿Qué otro motivo podía haber, decían, para alejarse de su familia? Estaba claro: seguro que tenía alguna mantenida en una pensión por ahí. Cuando dormía en casa, a veces me llegaban los gritos desde su habitación, acusaciones que mi madre le lanzaba apretujando las palabras.

—¡¿Conque te crees que puedes ir y tomar otra mujer así como así, ehn?! ¿Y yo me quedo de brazos cruzados y te dejo hacer? Tufiakwa! Me vas a decir quién es, Ekene: ¡hoy-hoy! ¡No vas a pegar ojo hasta que me digas la verdad, mal que te pese!

—Mary, baja la voz —dijo mi padre con voz monótona y cansada —, que el chico duerme.

—¡Que nos oiga! —gritó mi madre, dando palmas para puntuar su voz—. ¡QUE NOS OIGA, te digo! ¿Así es como quieres humillarme delante de todos? Oya ahora, ¡pues vamos a empezar por nuestro hijo!

Me cubrí la cabeza con la almohada para no oírlos.

—Tu madre quiere que pases más tiempo aquí —me dijo mi padre a la mañana siguiente, mientras desayunábamos—. Tu casa es esta. No la de tu tío.

Yo me comí los cereales y no dije nada, aunque en realidad quería contestarle que era tan culpable como yo. Nunca estaba en casa. Era él quien me dejaba solo con mi madre, que era como estar con un martillo, más que con una persona. Por eso no pasaba por casa si podía evitarlo, para lo cual elaboré un impresionante listado de excusas: De Chika estaba enfermo y me necesitaban en su casa. Los robos a mano armada asolaban la carretera de Ngwa a Owerri y era peligroso viajar. Con que mi madre le hubiera dicho a De Chika que quería que pasase más tiempo en mi casa, habría bastado para mandarme de vuelta inmediatamente; pero mi madre nunca sacó el

tema, y mi tío no se daba cuenta de todo el tiempo que pasaba en su casa. Creo que mi madre se lo calló porque no quería dar la impresión de que ni ella ni mi padre podían meterme en cintura.

Aunty Kavita me contó una vez que mi madre había querido tener más hijos, pero dejó de intentarlo tras sufrir varios abortos. Yo no podía ni imaginar por lo que había pasado —cuántas cosas de la vida de mi madre me había perdido por ser un niño—, pero a veces me preguntaba si fue eso lo que la cambió. Debió de rezar muchísimo aquellos años. Quizá fue entonces cuando desapareció la mujer radiante y llena de vida de la que hablaba De Chika; quizá el duelo y las oraciones sin respuesta la habían lijado hasta quitarle el brillo.

Y, sin embargo, mi madre se aferraba a su fe con una especie de encono terco, como si fuera lo único que le quedaba en la vida: un amor preso y resentido. ¿Quién sería capaz de mantenerse alegre y risueña después de perder un bebé tras otro? ¿Qué se hace cuando no se te permite enfadarte con Dios? Claro que entendía la razón por la que mi madre hacía que todo pesara tanto, pero me alejé de ella de todas formas, hui y llegué hasta las dependencias del servicio de la casa de De Chika, llegué hasta Elizabeth, que me hizo desear no volver a Owerri nunca más.

—A mí tampoco me gusta estar en casa —me dijo. Su familia no tenía muchos muebles. Aunque Elizabeth decía que la decoración era así, yo había escuchado cuchichear a mis tíos sobre su padre. Era un hombre callado y elegante, siempre con un pañuelo asomando por el bolsillo de la chaqueta, pero, por lo que les había oído decir, también era un borracho. Su tienda de alfombras estaba permanentemente al borde de la quiebra —el hombre gastaba el dinero de su familia como si fuera agua—, y aunty Ruby tenía que esconder el dinero que ganaba en la guardería. Elizabeth nunca hablaba del tema y yo nunca le pregunté. Me dejaba ir a su casa cuando no estaba su padre, pero prefería visitarme ella en casa de De Chika, en las dependencias del servicio.

—Me gusta esto —decía, dando vueltas por la habitación—. Es como un mundo solo para nosotros.

El corazón me galopaba al mirarle los brazos y las piernas, tan esbeltos y marrones, que salían proyectados de su ropa y culminaban en manos finas y pies calzados con sandalias. Yo ya me había hecho a un par de chicas de la escuela, pero Elizabeth fue la primera a la que me llevé allí, a aquel cuartito de las sábanas rosa palo. Nunca se quedaba más de un par de horas; Vivek venía en mi busca cuando salía de sus lecciones de piano o francés, y Elizabeth siempre se marchaba, tras recolocarse la ropa, antes de que él volviera. Me pasaba los ratos que podíamos pasar juntos sin acabar de creerme que esta persona —la misma a la que había visto tantas veces correr

cortando el aire— estuviera aquí, que hubiera elegido estar conmigo. Recuerdo con todo detalle cómo se le iluminaba la cara cada vez que ganaba una carrera; cómo se le separaban los labios al jadear recobrando el aliento; cómo le centelleaban los ojos de victoria. Quería recrear esa expresión. Cerré la puerta de las dependencias del servicio y apreté mi cuerpo contra Elizabeth, a quien le había entrado la risa floja bajo mis manos y mi boca.

—No pares —dijo en un suspiro. Le besé el cuello. Llevaba una falda de tablas verde y almidonada. Deslicé las manos por sus muslos y fui subiendo, pero me las apartó, así que me limité a agarrarla de la cintura.

Una tarde estábamos enrollándonos en la cama, apretando y moviendo las caderas a través de capas de ropa, cuando de pronto Elizabeth echó la cabeza hacia atrás y buscó mi mirada.

—Tócame —susurró. Me quedé petrificado. No estaba seguro de haber oído bien. Dejó caer las piernas, separándolas, y arqueó las caderas hacia mí—. Tócame —repitió, y yo obedecí, alargando las manos por debajo de su falda.

Follamos ahí mismo, sobre ese colchón —el sudor de su cuerpo contra el mío, sus piernas alrededor de mi cintura—, y fue como una vida mejor. Por aquel entonces yo tenía el pelo corto, pero me hacía rulos como intentando dejarme rastas. Elizabeth me metió la mano en el pelo y tiró de él, y el dolor que sentí en la cabellera fue eléctrico y perfecto. Tuve que quitar las sábanas después para ocultar que me había corrido por todas partes en la marcha atrás.

Dos horas después estaba tendido sobre la espuma amarilla del colchón desnudo, contándoselo a Vivek, describiéndole los ruidos que había hecho Elizabeth y lo que se sentía al estar dentro de ella. Vivek estaba de pie junto a la ventana, apoyado contra la pared; llevaba una camisa verde y comía galletas de chocolate Speedy de un paquete morado que aferraba en una mano.

—¿Lo habéis hecho sin condón? —me preguntó con una mueca.

Me encogí de hombros.

—Abeg, no lo vi venir. How I fit know? ¿Qué sabía yo que justo iba a querer hoy?

—Vaya estupidez —dijo Vivek con voz monótona.

—Qué niño pequeño —dije con desprecio, un poco herido por su comentario. Mi primo era virgen y yo lo sabía. Vivek frotó un pie contra el suelo y miró por la ventana. Un moratón oscuro le rodeaba el ojo derecho. Suspiré y cambié de tema, señalándole la cara.

—Oya, ¿quién ha sido esta vez?

—Tobechukwu, el idiota que vive al lado. Se cree con derecho a abrir esa bocaza y decir mierdas.

Flexionó los nudillos despellejados y se comió otra de esas galletas minúsculas. Hacía años de lo de mi diente, pero Vivek aún se peleaba mucho; solo que con otras personas. Tenía un genio que era como pólvora a presión en un tubo, una fuerza como una bobina que se le había ido desarrollando con el tiempo, y como era delgado y no hablaba mucho, nadie se esperaba nunca esa forma que tenía la violencia de salir estallando de su hechura. Lo había visto pegarse un par de veces; era peor que cuando reñía conmigo. La primera vez intenté parar la pelea, pero desistí cuando un día llegué tarde y vi la paliza que le estaba dando Vivek al otro chaval. No necesitaba mi ayuda.

—¿Dónde os habéis peleado? —pregunté, sorprendido de que no se hubiera metido en un lío.

—Aquí, en la calle.

—Qué suerte has tenido de que no te viera su madre. ¿Qué dijo tu mumsy cuando te vio la cara?

Sabía que aunty Kavita se habría cabreado.

—No ha visto nada —espetó—. Fashi eso. A ver, Elizabeth. Suelta ya el chisme. ¿Cuántas veces?

Sonreí de oreja a oreja.

—Una tras otra —alardeé. No le hablé de cómo me sentí al oírle jadear mi nombre al oído, clavándome los dedos en la espalda, como si en aquel momento me hubiera convertido en un mundo entero.

Vivek puso los ojos en blanco.

—¿Te la has estado trayendo aquí?

—Sí, pero eso solo lo hemos hecho hoy.

Lanzó una mirada rápida a la espuma manchada del colchón.

—¿Va a volver por aquí?

—Puede. ¿Y a ti qué?

Vivek se pasó una mano por la cabeza rapada. Su piel era como oro quemado.

—La próxima vez quiero mirar —dijo, levantando la barbilla.

Me incorporé. Tenía el pecho desnudo y aún olía a ella y a sexo.

—Espera, espera —reí—. Repite.

Arqueó una ceja sin decir nada. Me dejé caer de nuevo sobre el colchón.

—You dey craze. Pero que muy loco —dije mirando al techo de gotelé—. ¿Mirar? ¿Para qué?

Me chupé los dientes.

—Lo digo en serio —contestó—. A menos que quieras que le cuente a mi padre lo que has empezado a hacer aquí —me incorporé del todo y lo miré fijamente, pero vi que se estaba aguantando una

sonrisa. Se rio al ver mi cara de preocupación—. No me voy a chivar, abeg. Solo digo que podías incluirme un poco.

—¿Por qué quieres mirar? ¿Te gusta Elizabeth, o qué?

Parecía tomárselo a broma.

—Solo quiero ver si es para tanto. Sois unos plastas, todo el día con follar, follar y follar, no habláis de otra cosa.

—¿Ehn? ¿Y quieres coger una silla y sentarte en un rincón tranquilamente a mirarnos a ver qué tal?

Me miró con desdén.

—Nna mehn, no seas idiota. Puedo mirar por la ventana y ya está.

—¿Y si alguien te pilla ahí fuera, nko?

—¿Quién me va a ver con todos los matorrales que hay debajo de la ventana? Me pongo detrás y listo.

Vivek se comió otro puñado de galletas, tan tranquilo, como si lo que me proponía fuera normal. Me eché boca arriba y fijé la vista en las paredes descoloridas, intentando imaginar a Elizabeth ahí otra vez, su pelo corto contra la almohada agitándose al ritmo de mis embestidas, pero esta vez con un par de ojos pegados a la mosquitera con desgarrón de la ventana.

—Ni que me fuerais a ver —dijo Vivek, impaciente, como si me hubiera leído el pensamiento—. Tú haz como si no estuviera.

Al final cedí. De hecho, sabía de amigos que hacían cosas así. Pagaban entre todos una habitación de hotel y algunos se quedaban en el balcón, bebiendo en la oscuridad, mirando como otro se tiraba a la chica dentro, riendo sin hacer ruido tras el cristal de la puerta corrediza, ocultos por las cortinas escasas y la falta de luz. Compartíamos hombría y nos gustaba fanfarronear, así que accedí.

La semana siguiente, Elizabeth volvió. Estábamos sentados en el colchón; a mí me sudaba la espalda y ella tenía el cuello de la camisa desabrochado, que dejaba a la vista la extensión de su garganta.

—¿Qué tal estás? —le pregunté acariciando con un dedo la palma de su mano.

Me sonrió.

—Bien. Contenta de verte.

—No sabía si ibas a volver después de la última vez.

Elizabeth rio.

—¿Por qué?

—Porque igual no lo hice bien.

Me miró y, en aquel preciso instante, me di cuenta de que no era ni mucho menos tan ingenua como me había imaginado. Había dado por hecho que Elizabeth no tenía mucha experiencia porque era callada y se hacía la difícil. Por eso me había sentido tan satisfecho de ser el que estaba con ella en aquel colchón, follando, como si fuera un

logro. Pero, por cómo me miraba, me dio la sensación de que ella entendía lo que estaba pasando mejor que yo.

—¿Crees que estaría aquí si no lo hubieras hecho bien? —contestó, y me sonrió con tanta arrogancia que me quedé sin voz unos minutos.

—¿Conque solo me estás utilizando por mis aptitudes, abi? —logré bromear, y Elizabeth se rio, echando la cabeza hacia atrás.

—No te agobies. Disfruta y ya. ¿A ti qué?

Se acercó a mí y me besó y dejé de pensar. Le desabroché el algodón blanco de la camisa con el corazón galopante, sin mirar hacia la ventana, no fuera a ver la cara de Vivek detrás de la ligera tela de las cortinas. Había insistido en que cambiara las sábanas de la cama («¿Estás loco? ¿Te la quieres hacer en la gomaespuma directamente?»), y usase condón («Me da igual si así piensa que esperas que folléis. Claro que lo esperas. ¿Qué pasa si se queda embarazada?»). Con lo cual lavamos las sábanas rosas y las tendimos a secar, y ahora tenía una mano apoyada sobre ellas mientras con la otra tiraba de la ropa interior de Elizabeth.

Suspiró y se echó un brazo sobre la cara, apartándola de mí. Le besé el cuello y una brisa que entró por la ventana agitó las cortinas. Me centré en la curva de su oreja. Su mano se alzó para agarrarme la nuca; el tacto de su palma era fresco y seco. Los sonidos que hacía debían estar atravesando los espacios entre las lamas de vidrio. Fugazmente pensé en lo que Vivek estaría haciendo ahí fuera. ¿Se estaba tocando o qué? ¿No es eso lo que haría cualquiera en su lugar? ¿Y qué pasaría si De Chika o aunty Kavita lo pillaban detrás de los arbustos expuesto de aquella manera?

Elizabeth se contoneó un poco bajo mi cuerpo, atrayendo de nuevo mi atención hacia su camisa abierta y sus pequeños pechos, ceñidos por una camiseta de algodón de tirantes ribeteada de encaje. Tiré hacia abajo del escote y puse la boca sobre su pezón, al tiempo que con una mano buscaba a tientas entre nuestras piernas. Ignorando el condón que tenía en el bolsillo, suspiré y entré en ella de golpe.

—Nwere nwayọ —advirtió.

—¡Oh! —me apoyé en la cama con las manos y retrocedí un poco —. Ndo.

Elizabeth sonrió y me besó. Después me enroscó las piernas alrededor de la cintura, haciendo que la falda se le subiera hasta las caderas. Nos movimos despacio, y cuando el placer empezó a agudizarse demasiado, me salí y para tomarme un respiro. Elizabeth rio y me tocó la mejilla: pero entonces miró por encima de mi hombro y de repente pegó un grito y me empujó a un lado, buscando atropelladamente algo con lo que cubrirse. Me di la vuelta y allí estaba Vivek, plantado en la entrada, con los párpados caídos y la

mirada perdida en algún punto más allá de la habitación.

—¡Joder! —me levanté de la cama de un brinco y me subí los pantalones—. ¿Pero qué coño haces?

Vivek se sujetó al marco de la puerta, hincando los dedos en la madera. No contestó. Elizabeth lloraba y recogía su ropa con manos temblorosas. Pegué un empujón a Vivek y volví a preguntarle, levantando la voz, pero él se limitó a oscilar hacia atrás como ondas en el agua y después volvió a fluir hacia delante, tambaleándose un poco.

—¿Qué hace ese aquí? —gritó Elizabeth entre sollozos de rabia—. ¡Échalo!

Le di un empujón más fuerte, y luego otro, hasta sacarlo de la habitación; Vivek no hacía más que encajarlos con la boca entreabierta, como si fuera un puñetero mumu.

—Chineke, ¿qué coño te pasa? —sabía que estaba teniendo uno de sus ataques, que estaba enfermo, pero me daba igual. Estaba harto de cubrirle las espaldas, harto de que estuviera enfermo o raro o lo que fuera que le pasara. Y encima Elizabeth me gustaba un montón, y ahora ella estaba cabreadísima y llorando en una esquina de la cama, con Vivek en la puerta mirándonos a saber desde cuándo. Por eso lo empujé con toda la rabia que tenía dentro y él se precipitó al suelo desde el rellano de hormigón, dos escalones más abajo. Amortiguó la caída como por acto reflejo, torciendo el cuerpo para golpear la arena con caderas y hombros, pero la cabeza se le sacudió con el impacto, los ojos seguían idos, Vivek seguía ausente. Elizabeth chilló y yo volví corriendo al cuarto, aterrado al pensar que aunty Kavita podría oírla desde la casa principal, que había hecho daño a Vivek al empujarlo tan fuerte.

—Shh, no pasa nada —dije, metiéndome de nuevo en la cama y rodeándola con los brazos—. No pasa nada.

—Quiero irme a casa —sollozó.

—No wahala. Ven —la cogí de la mano, la levanté de la cama y la conduje fuera. Vivek estaba abajo, ovillado en la arena. Tenía las manos apretadas contra la cara y estaba hiperventilando. Al pasar junto a él, dije—: Pasa de él. No tiene la cabeza bien.

La acompañé hasta la calle principal y se metió en un taxi sin volver la vista, dando un portazo tan fuerte que hizo traquetear el chasis. El vehículo se alejó escupiendo humo negro del tubo de escape. No va a volver jamás, pensé en ese momento; lo nuestro ha terminado. Hundí las manos en los bolsillos y volví a casa arrastrando los pies.

Cuando llegué, Vivek estaba sentado en el rellano con la cabeza apoyada contra el marco de la puerta.

—Lo siento —dijo nada más verme, intentando levantarse rápido

—. No sé qué ha pasado…

—Lo sabes de sobra —contesté—. Y no me importa ya. Estoy harto. Todas las veces igual.

—Osita, por favor…

—He dicho que estoy harto.

Se pasó una mano por la cabeza, angustiado.

—¿Qué quieres que haga? ¿Debería pedirle disculpas?

—Ni se te ocurra hablarle, joder —gruñí, y Vivek se encogió. Negué con la cabeza y alcé las manos, retrocediendo—. Ya vale. Ya vale.

Me alejé sin mirar atrás. Metí mi ropa en una bolsa y cogí un autobús a Owerri, a sabiendas de que me perdería la clase de SAT del día siguiente. No me importaba.

Mi madre se me quedó mirando cuando entré en nuestra casa.

—Has vuelto —dijo con el ceño fruncido. Hacía tiempo que no pasaba por casa. Normalmente me habría echado una buena bronca por haber estado tanto tiempo fuera, pero esa vez se limitó a mirarme con los hombros caídos y cansados. Estaba sentada en el salón con una bandeja de alubias en el regazo, quitando las piedras, con cara de haber estado llorando.

Dejé la bolsa en el suelo.

—Sí —contesté—. He vuelto.

CUATRO

VIVEK

No soy lo que todo el mundo cree que soy. Nunca lo fui. No tuve la boca para concretarlo en palabras, para explicar lo que no iba bien, para cambiar las cosas que notaba que necesitaba cambiar. Y cada día costaba. Costaba caminar por la calle y saber que la gente me veía de cierta manera, saber que se equivocaban, que se equivocaban tan rotundamente que mi yo de verdad era invisible para ellos. A sus ojos, ni siquiera existía.

Y yo me pregunto: si nadie nos ve, ¿seguimos ahí?

CINCO

Tras la muerte de Vivek, Osita se fue a Port Harcourt y bebió hasta sabotear los días en su memoria. No le dijo a nadie dónde iba, y cuando llegó allí, a nadie le importaba de dónde o de qué huía. Era alto y de piel inmaculadamente oscura, guapo y musculado y generoso con la rondas, así que los trabajadores de la petrolera con los que se topó estaban encantados de pasar tiempo con él. Hubo habitaciones de hotel y alguna que otra mujer, y el recuerdo de vasos sucios apilados en una columna temblona antes de estamparse contra un fregadero y romperse, y después el sonido deformado de personas que reían. Osita vio el vidrio rebotando. Sintió una moqueta contra la espalda y un sabor repulsivo en la lengua, como si alguien le hubiera vomitado en la boca. Una chica, a horcajadas sobre sus caderas, bajó la cara a la altura de la suya, pero se fue emborronando hasta desaparecer.

Y de repente estaba flotando en un tubo hinchable en la piscina de alguien, trazando el agua con manos y pies. Una mujer rapada vadeaba el agua junto a él.

—Estás llorando —le dijo. Solo entonces Osita notó las lágrimas que se le colaban por las orejas. Era por la tarde y empezaba a irse la luz.

—Está lloviendo —contestó, arrastrando las palabras.

La mujer se rio.

—No llueve.

—Llueve dentro de mí —dijo, y una ola de oscuridad lo consumió todo.

Despertó boca abajo sobre una tumbona, la cabeza vuelta a un lado. Había un montoncito de arena en el hormigón, junto a él, que alguien había echado encima de su vómito reseco. No había nadie más alrededor de la piscina. Osita se incorporó y encontró una botella de schnapps que alguien había dejado tirada. Aún le quedaba una cuarta parte.

Bebió un poco más.

Estuvo desaparecido unas semanas, y si dieron con él fue solo porque su tía fue a Port Harcourt a buscarlo. Una de las Nigerwives que vivían allí puso a Kavita en contacto con un taxista que conocía a

todo el mundo en la ciudad.

—Es alto —le explicó—. Muy negro. Gorimakpa. Y tiene una paleta rota.

A los dos días, el taxista llevó a Kavita a uno de los hoteles. La recepcionista no tardó en permitirle el paso a la planta superior porque era india y estaba enfadada y exigiendo cosas a voces. Cuando abrieron una puerta hacia el fondo del pasillo, Kavita entró y se encontró a Osita tendido en la cama, roncando con fuerza. El aliento le gorgoteaba en el pecho. Estremecida por el olor de la habitación, Kavita le zarandeó un hombro. Osita se despertó de golpe y se frotó los ojos con un gruñido de alarma. Llevaba tiempo sin afeitarse; una barba de varios días se encontraba con el pelo rapado en la curva del cráneo.

—¿Aunty Kavita? ¿Qué haces aquí?

—Vístete —contestó—. Te llevo a casa.

Osita obedeció automáticamente y se levantó con la cabeza aún a la deriva.

—Dame cinco minutos —dijo. Se tambaleó en calzoncillos mientras Kavita lo miraba. A esta le era imposible ver a Osita sin ver a su hijo, Vivek: los dos de niños, sentados uno junto al otro a la mesa del comedor, corriendo por su casa con sus juguetes de lucha libre, peleándose en la alfombra del salón. Al ponerse a buscar el pequeño amuleto que Vivek llevaba siempre al cuello y no encontrarlo, Osita fue la primera persona que le vino a la mente.

El amuleto estaba desaparecido desde antes del entierro, pero en aquel momento Kavita no había querido buscarlo de verdad. De encontrarlo demasiado pronto, tendría que enterrarlo con él: hasta Chika había notado su ausencia. Pero si lo encontraba después, podría quedárselo ella. Después del entierro rebuscó por la habitación de Vivek, pero no estaba allí. Llamó a Maja, a Rhatha y a Ruby y les dijo que preguntasen a sus hijas si alguna de ellas lo había visto. Todas dijeron que no. Solo quedaba Osita, pero como Kavita le había retirado la palabra a Mary, obligó a Chika a llamar a Ekene para pedirle que su sobrino se pusiera al teléfono.

—Hace días que no lo vemos —dijo Ekene—. Y, de hecho, nos empezamos a preocupar. Dijo que se iba por trabajo a Port Harcourt, pero desde entonces no hemos vuelto saber de él. No es normal en él. Mary dice que estaba bebiendo mucho antes de marcharse. No sé qué va a ser de ese chico.

Chika había dicho que era ridículo ir tras él.

—Tiene veintitrés años, ya no es ningún niño —dijo—. Dejad al hombre en paz.

Kavita no le hizo caso y se marchó a Port Harcourt de todas

formas. Tenía que encontrar ese amuleto.

Ahora, en medio de la habitación de hotel de su sobrino, sentía cierta envidia. Si hubiera podido darse a la fuga y desmoronarse de esa manera, haciendo Dios sabe qué con Dios sabe quién, lo habría hecho sin pensarlo. Pero ella tenía un marido, y por más que fuera un inútil, también era algo que no estaba dispuesta a abandonar; no de momento.

Kavita oyó el sonido del agua brotando de la alcachofa de la ducha, ahogado después por el siseo de su sobrino orinando contra la taza del inodoro. Recorrió la habitación con la mirada: vio ropa y calzoncillos desperdigados por el suelo, botellas vacías y envoltorios de condones, y esbozó una mueca de asco al ver uno usado junto a la cama. A Mary le daría un ataque si viera todo esto, pensó. A veces Kavita extrañaba a su cuñada, pero siempre que aquel dolor le aparecía en el pecho se obligaba a recordar que la Mary de ahora no era la misma que había conocido hacía tantos años. Perdiste a esa hermana hace mucho tiempo, se decía. Desapareció, igual que Ahunna. La única diferencia es que su cuerpo aún camina.

Los sonidos de agua procedentes del baño cesaron y, al cabo de unos minutos, Osita salió de allí vestido con unos vaqueros y una camiseta. Kavita lo miró mientras reunía sus desperdigadas pertenencias y las metía en la maleta. Su vergüenza fue palpable cuando recogió el condón usado y los envoltorios y los tiró a la papelera del escritorio, pero su tía no dijo nada, de modo que él, agradecido, tampoco.

—Ya estoy —dijo mientras cerraba la maleta con la cremallera y la ponía de pie. Kavita asintió y, al marcharse, Osita recorrió la habitación con la mirada una última vez.

Ya en el coche que los alejaba de Port Harcourt, Osita descansó la cabeza contra la ventanilla en un sueño intermitente. Astillas de memoria centelleaban en su cabeza. La habitación de hotel en sí se le hacía ajena: ni siquiera recordaba haberse registrado en recepción. Lo tranquilizó ver los envoltorios de los condones, aunque apenas tenía recuerdo de haberlos utilizado. Todo se había vuelto aún más extraño, casi irreal, cuando apareció su tía, pero había ido tras ella como si fuera la salvación, y ahora estaban volviendo a casa.

Osita apretó la frente contra el vidrio de la ventanilla con un recuerdo borroso pugnando por abrirse paso. Era de un hombre. Se frotó los ojos e intentó ubicar la imagen. Sí: definitivamente un hombre había estado en esa misma habitación hotel. Bajo y fornido, de músculos peludos. Libanés. Osita recordaba vagamente al hombre que lo desnudaba y después se quitaba la camisa para dejar al descubierto una barriga firme. Su voz desconocida diciendo que Osita

era una belleza, tan negro y tan bello. Osita había permanecido en silencio, con la cabeza flotando, las extremidades torpes. Astillas de memoria: el sudor del hombre apelmazando el vello del pecho de ambos mientras apretaba las caderas contra Osita, una niebla de voces elevadas. La mejilla de Osita que se hundía en el colchón, una mano impidiéndole levantar el cuello, las caderas del hombre que embestían, buscaban. El sonido de gruñidos intensos, una punzada de dolor, un resplandor de rabia.

En el coche, Osita se separó de la ventanilla como un resorte y se miró la mano derecha. La tenía hinchada. Se quedó mirándola mientras un dolor sordo le recorría el brazo, y recordó levantarse de la cama con un rugido y rodear la garganta del libanés con la mano izquierda, y entonces ver como al hombre se le escurría ese poder burlón de la mirada, sustituido por un miedo enfermizo. El hombre había creído a Osita demasiado borracho para resistirse, pero Osita era mucho más alto que él, mucho más grande, y lo impulsaba una pena inconsciente capaz de transformarse en furia. Había agarrado al hombre por la garganta y, con la mano libre, le había golpeado en la cara en una ráfaga de puñetazos breves y certeros que le partieron la ceja y le ensangrentaron la mejilla. Después regresó la oscuridad, y el siguiente recuerdo que tenía era del hombre tambaleándose al salir por la puerta con la ropa contra el pecho, vociferando juramentos.

Después de aquello, Osita se había desplomado en la cama y Kavita lo había despertado. Ahora, pensándolo bien, sabía que era una suerte que hubiera venido a por él cuando lo hizo. Tenía la sospecha de que el libanés habría vuelto; la gente no suele tomarse bien que le arrebaten el poder a golpes. Se sostuvo la mano contra el pecho, preguntándose por qué no había notado nada en la ducha. En aquel momento el dolor había sido difuso —le dolía todo, por dentro y por fuera—, pero ahora era concentrado y estridente. Kavita alargó el brazo y le examinó la mano con delicadeza, ignorando sus muecas de dolor. Rebuscó en el bolso y le ofreció paracetamol y un botellín de agua. «Toma», le dijo. Osita se tragó las pastillas, obediente. Tenía abierto en el pecho un abismo que se inundaba de dolor al comparar el recuerdo de Vivek tocándolo con el de aquel desconocido del hotel.

Hubo una fiesta, ahora lo recordaba, que se había ido destiñendo de personas hasta que solo quedó aquel hombre de manos ávidas «ayudándolo» a acostarse. En toda su estancia en Port Harcourt, Osita solo había follado con mujeres. Así era desde la muerte de Vivek. Era como se sentía más seguro, como si no estuviera entregando ninguna parte importante de su ser: ni su alma ni su corazón, sino solo su cuerpo, que después de todo no importaba. De ahí que la agresión del desconocido se le hiciera especialmente violenta, y que Osita se alegrara de haberle dado una paliza. Extranjero de mierda, que se

creía con derecho a coger lo que le diera la gana. Ningún hombre lo había tocado desde la muerte de Vivek. Y, a juzgar por como se sentía ahora, quizá ningún hombre lo volvería a tocar jamás.

Reposó la cabeza sobre el hombro de Kavita, que le dio una palmadita en la mejilla.

—Intenta dormir —le dijo—, que hay cola.

Osita cerró los ojos y pasaron el resto del viaje de regreso a Ngwa en silencio.

El amuleto que Kavita estaba buscando era un regalo que le hizo el Doctor Khatri cuando Vivek era aún un bebé. Era de plata, una efigie de Ganesh, y pendía de una fina cadena de plata. «Dáselo a tu hijo —le dijo—. Que nunca se lo quite.» Kavita aún recordaba la calidez de las manos de su tío al colocarle el amuleto en las suyas, el octógono del colgante al clavársele ligeramente en la mano. «Prométemelo, beti.»

Aunque Kavita se había convertido al catolicismo, y por lo tanto aquel amuleto era para ella idolatría, accedió. Lo tuvo guardado varios años, temiendo que Vivek, al ser aún pequeño, se tragara el colgante y se asfixiara. El día que al fin se lo dio, con seis años, Vivek la miró con sus ojos oscuros y graves e insistió en ponérselo él mismo. Sus manos se movieron como en un ritual, elevando la cadena sobre la cabeza y dejándola caer. A partir de aquel día, Ganesh descansó justo bajo el hueco entre las clavículas de Vivek, pero el día que apareció su cuerpo a la puerta de su casa no estaba ahí. Tras el entierro, Chika decidió que debían de haberlo robado, cómo no se lo iban a robar —al fin y al cabo era de plata, de plata pura, nada de chapados ni bobadas de esas—. Pero Kavita no pensaba aceptarlo. No podían haberlo robado, no podía haberse extraviado. Seguramente Vivek se lo había quitado y lo había puesto en alguna parte.

—Que no se lo quitaba nunca, mujer —dijo Chika sin molestarse en levantarse de la cama. Seguía a Kavita con la mirada mientras esta rebuscaba en la mesa del tocador—. ¿Pero cómo va a estar ahí? No seas ridícula.

—¡Cállate! —gritó Kavita—. Qué sabrás tú. No sabes lo que pasó. ¡Qué sabrás dónde lo puso! Si no me quieres ayudar, por lo menos déjame en paz.

Chika negó con la cabeza y le dio la espalda, dejándola a solas con su locura. La desesperanza lo había apisonado.

Kavita no tenía tiempo para hablar con su marido. Sus amistades habían estado llamando a casa preguntándole por Chika; hasta Eloise llamó unas cuantas veces para saber cómo estaba. Lo único en lo que Kavita era capaz de pensar era en dar con ese collar. No perdía la

esperanza de que Osita conociera su paradero.

—Puedes quedarte el tiempo que quieras —dijo cuando llegaron a casa—. Ayúdame a buscar el colgante en su habitación. ¿Sabes cuál te digo? ¿El de plata?

Osita asintió.

—El del dios con cabeza de elefante.

—Ese mismo. Si se lo quitó, tuvo que dejarlo a buen recaudo. Yo ya he buscado, pero ya sabes cómo sois los chicos. Tiene que haber algún escondite especial, alguna parte donde no haya mirado todavía.

Un optimismo desesperado le iluminaba el semblante.

A Osita aquello lo incomodaba. Sabía tan bien como Chika que Vivek nunca se quitaba el colgante, pero claramente no serviría de nada decírselo a Kavita. Al entrar en la habitación de Vivek, Osita se detuvo en el vano de la puerta. Un hormigueo le recorrió la piel. Era raro estar allí, en aquella nueva vaciedad. Miró las cortinas de terciopelo color vino que obstruían la luz del sol y recordó las tardes que habían pasado allí los dos juntos, librando elaboradas guerras sobre la colcha cuando eran niños, escuchando música, hablando de las chicas que les gustaban. Y también, años después, al volver Vivek de la universidad, aquellas escasas tardes que no pasaban ni en casa de Juju ni en las dependencias del servicio, cuando corrían las cortinas de terciopelo y yacían en la oscuridad, susurrando. Ahora el aire de la habitación sabía a polvo y soledad.

Kavita volvió la vista a Osita y este puso un pie en la habitación, rascándose la cabeza.

—Eh, ¿puede que aquí? —dijo, acercándose a la estantería—. A veces escondía cosas en los libros.

—¿En cualquiera? —Kavita, junto a él, miraba detenidamente los estantes.

—No —Osita sacó un libro: el ejemplar de Vivek de *The Beautyful Ones Are Not Yet Born*, de Ayi Kwei Armah—. Normalmente solo en este —abrió el libro. Una flor prensada cayó de entre las páginas al hojearlas. Kavita la atrapó con cuidado y le dio la vuelta con la mano. Mientras tanto, Osita extrajo del libro un puñado de cartas y se las metió en el bolsillo sin que ella se diera cuenta. Luego añadió—: No está aquí.

Kavita levantó la vista, decepcionada, y colocó la flor en el estante.

—¿Estás seguro? —Osita le pasó el libro. Kavita fue hojeándolo despacio, después lo sacudió, como si el colgante pudiera brotar de pronto de entre las páginas—. ¿No hay ningún otro sitio donde pudiera haberlo guardado?

Osita fingió pensar, recorriendo la habitación con la mirada de nuevo. Aquel teatrillo lo estaba deprimiendo, sobre todo porque sabía

que para Kavita no iba a tener un final feliz. Se acercó al colchón y lo levantó para mirar debajo.

—Ya he mirado ahí —dijo Kavita—. Solo había unos condones.

Osita se alegró de que Kavita no pudiera verle la cara. Después revisó los cajones del escritorio con Kavita a la zaga esbozando una cara cada vez más triste.

—No está aquí, ¿verdad? —dijo al fin.

Osita suspiró.

—Lo siento mucho, aunty Kavita. Yo creo que no —lo inundó la culpa al verla mover la cabeza y enjugarse los ojos con el dorso de la mano.

—Era como una parte de él —dijo—. Y ahora ya no está, y él tampoco —se sorbió la nariz y levantó la vista para mirar a su sobrino con la cara arrugada—. Ya no está, Osita. No me puedo creer que ya no esté.

—Ya lo sé, aunty. Lo siento mucho —la abrazó en el silencio atronador de la habitación vacía de Vivek y dejó que llorara en sus brazos.

Al fondo del pasillo, Chika escuchaba los sollozos cada vez más intensos de su esposa. Tenía el teléfono al lado, iluminado por las llamadas perdidas. No se movió de la cama.

SEIS

VIVEK

Conservé el libro por el título, por cómo estaba escrito. *Beautyful*. No tenía ni idea de por qué decidieron escribirlo de esa forma, pero me gustaba porque mantenía la palabra *beauty* intacta. Sin engullirla, sin erradicarla cambiando la y por una i para crear una palabra totalmente distinta. Era una belleza sólida; aún presente, tan abundante que no cabía en una nueva palabra, de tan plena. Así se entendía mejor la razón exacta de esa plenitud. *Beauty*.

La belleza.

Ansiaba la integridad de esa palabra.

SIETE

OSITA

Me pasé el último curso de secundaria evitando la casa de Vivek; no quería mirarle a los ojos ni tener que soportar que se le quebrara la voz. Tampoco vi a Elizabeth. Algo me decía que lo nuestro se había ido al garete y no era capaz de imaginar una forma de arreglarlo. Ya no pasaba por el club deportivo, convencido de que Elizabeth estaría allí, nadando largos lentamente en la piscina, o de camino a las canchas de squash, con piernas que se alejarían de las mías.

Mi madre se alegraba en secreto de que estuviera pasando tanto tiempo en casa. Los plazos de solicitud de ingreso en universidades extranjeras se abrieron y se cerraron. Quizás aunty Kavita se lo recordase, pero esos recordatorios nunca llegaron hasta mí. Me pregunté si era cosa mía seguirles la pista, pero tras mi pelea con Vivek, me resultó más fácil dejarlo pasar. Me dije que, de todas formas, aquel sueño siempre había sido más de aunty Kavita que de otra persona. Qué raro era descubrirnos a mi madre y a mí como aliados involuntarios frente a aquello precisamente: la idea de dejar morir una educación extranjera como muere una planta sin regar en un rincón oscuro. Pero sí que mandé solicitudes a universidades del país, las más próximas a casa. La familia de Vivek nos había estado intentando vender sueños que yo ya no quería comprar; mi padre tenía razón, ellos no eran mi casa.

Vivek vino con sus padres a mi graduación. Cuando nos encontramos, ambos hicimos como si nada, pero pasamos el resto del día rehuyéndonos. Antes de marcharse, aunty Kavita se me acercó.

—¿Cómo es que no te vemos por casa últimamente, beta? ¿Te han contestado de las universidades americanas? Le mandé las solicitudes a tu madre. Las enviaste, ¿verdad?

No tenía ni idea de qué solicitudes hablaba; no las había visto nunca.

—Lo siento, aunty. No he entrado en ninguna —intenté parecer avergonzado, cosa no muy difícil—. Me daba miedo decepcionarte.

—¡Ay, Osita! —aunty Kavita me abrazó con fuerza—. ¿Y entonces

qué vas a hacer?

—Mandé solicitudes a algunas universidades de por aquí, por si acaso. Con esas me ha ido bien. Mi padre quiere que estudie en Nsukka.

Mi tía sonrió y me dio una palmadita en la mejilla.

—Bueno, por lo menos te quedarás por aquí. Vivek va a empezar a mandar solicitudes dentro de poco. ¡Crucemos los dedos para el año que viene!

Mi madre nos interrumpió para reunir a la familia y sacar una foto de grupo. Sus ojos se cruzaron fugazmente con los míos, y me pregunté cuánto había oído, cuánto estaba ocultando. Pero a mí no me interesaba sacar sus secretos a la luz. Posamos uno al lado del otro para la foto. Aún la conservo. Salgo con una túnica de color azul oscuro, malhumorado, con una borla colgando delante de la cara.

Vivek ni siquiera mira a la cámara, sino hacia un lado, con la barbilla baja. Aunty Kavita, que le rodea la cintura con un brazo, apenas le llega al hombro. Mi padre y mi tío salen juntos, un hermano al lado del otro. Mi madre esboza una sonrisa tan amplia que no puedes evitar fijarte en ella, es como si estuviera decidida a partirse la cara en dos. Encajamos cómodamente en el encuadre, todos juntos.

Cuando empecé la universidad en Nsukka, mis viajes a casa, en Owerri, se volvieron más infrecuentes. Tampoco fui a Ngwa. Pasó todo un año, tal vez dos, hasta que volví a ver a Vivek o a sus padres. Les escribía cartas, e incluso les llamé unas cuantas veces cuando instalaron un teléfono en su casa, pero me perdí la graduación de Vivek, y su decimoctavo y decimonoveno cumpleaños, y no fue hasta más adelante cuando me enteré de que al final no se marchó a Estados Unidos. Nadie me explicó por qué. Según mi madre, se matriculó en la Nnamdi Azikiwe. De Chika lo sacó de allí al cabo de un trimestre. Y aun así nadie quería contarme lo que pasaba.

—¿Desde cuándo te preocupas por tu primo? —me replicó mi padre cuando les pregunté. Me encogí al oír la censura en su voz. Nunca había hecho ningún comentario sobre como Vivek y yo nos habíamos distanciado, pero estaba claro que se había dado cuenta y, por su tono, parecía culparme a mí. Se lo quise discutir, pero mi padre se marchó sin esperar una respuesta por mi parte, dejándome avergonzado a su paso.

—No te preocupes por ese chico —dijo mi madre—. Tú céntrate en los estudios. Va a estar perfectamente. Sus padres lo están malcriando, eso es todo.

—¿Pero qué le pasa? —pregunté—. ¿Por qué lo han sacado de la universidad?

Mi madre vaciló, después agitó la mano en un gesto vago.

—No se encuentra bien, pero no te preocupes. Dios proveerá.

Por entonces, mi padre ya había reducido su jornada laboral para pasar más tiempo en casa de mi abuela, en el pueblo.

—Me hago viejo —dijo, como si eso lo explicara todo, y tal vez así fuera. Habían reconvertido la casa en un dúplex y mi padre le había instalado una línea telefónica. Mi madre y yo íbamos allí a pasar con él algunos fines de semana, que eran como pequeñas vacaciones lejos de Owerri. El pueblo era extenso, un mundo de tierra y cultivos y naturaleza, no como las ciudades, donde todo estaba apretujado, todo hacía ruido. Nos dedicábamos a buscar escapatorias en cualquier sitio.

Una noche, en la casa del pueblo, cogí el teléfono en el salón de arriba y oí a De Chika hablando con mi madre. Debería haber colgado, pero en lugar de eso me senté en el suelo junto al sofá, con la espalda apoyada contra el cuero, y tapé el micrófono con la mano para que no me oyeran respirar.

—Ya sabes que ha venido Osita también —decía mi madre—. Igual es buen momento para traer a Vivek. Acuérdate de lo unidos que estaban de niños.

—No sé, Mary. No sé qué es lo que le pasa a mi hijo —De Chika parecía preocupado—. ¿Sabes que ya no se corta el pelo? Si lo vieras cómo está ahora, con esas pintas de demente…

—Rezaremos por él —rebatió mi madre—. ¡Las fuerzas tenebrosas no triunfarán! No: no está perdido. No puede ser —ya la oía empezar a azuzar un frenesí místico en su interior.

—Su alma no es lo que me preocupa, Mary —espetó De Chika—. Me preocupa su mente. Kavita ya no pega ojo. No deja de levantarse para ir a ver si está en la cama, pero ese chico ya ni siquiera duerme allí. Deambula por casa. Coge y se tumba en el porche, en el suelo, con los perros. A veces se encarama al árbol del jardín de atrás y ahí se queda.

—Ah-ahn! —a mi madre aquello la sorprendió tanto como para hacer una pausa en la carrerilla espiritual que había empezado a coger —. ¿Le has preguntado a qué viene todo eso? No puede dejar la universidad para luego portarse de esa manera.

—Dice que no puede dormir. Que los perros no le molestan y que desde el árbol se siente mejor la brisa, sandeces así. Y cuando le pedimos que dijera cosas con sentido, nos dejó de hablar. Mary, no quiero que los vecinos lo vean así.

—Ei-yah! Pobre Kavita. Entonces venís los tres, ¿abi?

—Sí oh. Yo no puedo dejar solo a ninguno de los dos, y Kavita no piensa dejarlo solo a él. ¿Sabes que el otro día le dio una bofetada al chico?

—Ehn, me lo contó. Dijo que se sentía culpable. Yo le dije que un

muchacho que no respeta a su madre lo bastante como para comportarse en su casa como un ser humano normal tiene que estar dispuesto a que le den un escarmiento. ¿No le pegabais de pequeño?

—Eso era distinto. Era pequeño, muy obediente. ¿Kavita no te dijo que se asustó?

Aquello hizo reaccionar a mi madre.

—¿Que se asustó? ¿El muchacho le levantó la mano?

Me estremecí. Lo que se estaba preguntando era si Vivek era como yo. La última vez que había intentado abofetearme, la agarré de la muñeca y le bajé el brazo a la fuerza. Fue solo a través del velo de mi ira cuando vi por fin el dolor y el miedo en sus ojos.

—Tufiakwa! —dijo De Chika—. ¡Cómo! No, es por cómo la miró después de que le diera la bofetada, como si odiase a su madre. No exagero: era como si la odiase de verdad, en lo más hondo. Y así como vino se fue, fiam! Se le quedó la mirada vacía, como un balde; así lo describió ella. Y se puso a llorar sin parar y el otro se la quedó mirando como un pasmarote.

Mi madre chasqueó la lengua.

—Chai, ¡lo que estáis sufriendo! Oya, venid y quedaos con nosotros y quizá el aire de aquí le despeje la mente. Ya sabes que por eso le gusta venir a Osita. Dice que aquí todo es más limpio que en Owerri, que el aire es fresco.

—Ọdịnma. Vamos mañana por la mañana con el coche. Saluda a Ekene de mi parte.

De Chika colgó, después colgó mi madre y luego yo. Al cabo de unos minutos, mi madre me llamó desde el piso de abajo y me dio una lista de preparativos para su llegada.

Aquella noche nos sentamos todos a la mesa del comedor a cenar garri y sopa de oha.

Mi padre se sirvió un vaso de Guinness.

—¿A qué hora llegan mañana?

—Han dicho que saldrán temprano de Ngwa —respondió mi madre, sirviéndole otro cazo de sopa—. Así que, si no hay mucho tráfico, ¿hacia las nueve?

—¿Has preparado la habitación de invitados para tus tíos? —me preguntó—. Y tú compartirás la habitación con tu primo.

Dije que sí con la cabeza. Mi padre me fulminó con la mirada un momento, antes de volverse hacia mi madre para mascullar algo de que la juventud de hoy en día no sabía usar la boca y dirigirse a sus mayores como es debido. Yo moldeé una bola de garri en la mano y pensé en la última vez que Vivek y yo habíamos estado juntos en el pueblo. Fue hacía unos cinco años, antes de lo de Elizabeth, una

Navidad que volvió del internado. Le habían rapado la cabeza allí, y yo de broma le dije que parecía un refugiado de Níger, uno de esos niños que siempre están pidiendo limosna por los mercados. Fuimos al río a bañarnos, y cuando se quitó la camiseta vi unas pequeñas cicatrices redondas que le salpicaban las costillas. Le pregunté qué le había pasado; él me miró como si le estuviera pidiendo pelea. Cigarrillos, contestó. De los chicos mayores. Y acto seguido se tiró al agua y me salpicó aunque yo aún estaba vestido. Nadamos hasta que se me secó la ropa en la orilla.

Ahora se me antojaba algo que nunca había ocurrido.

La mañana siguiente salí a correr antes de que llegaran Vivek y sus padres. Para cuando volví tenía las zapatillas llenas de arena, así que las vacié fuera y entré en casa en calcetines. Mis padres estaban sentados en el salón; mi madre agarraba a aunty Kavita de las manos, rezando en voz baja pero urgente. De Chika se estaba sirviendo una botella de cerveza Star en un vaso, pese a que aún era temprano. Mi padre estaba bebiendo café. Agaché la cabeza y musité un saludo que De Chika me devolvió en silencio antes de indicarme con un gesto que podía irme. Sabíamos que a mi madre no se la interrumpía cuando estaba rezando.

Hice una pausa delante de mi puerta, suponiendo que Vivek ya estaría dentro y preguntándome si debería llamar. Me recorrió un fogonazo de irritación: ¿acaso no era mi propia habitación, en la casa de mis padres? Abeg. Abrí la puerta, entré y tiré las zapatillas en un rincón haciendo ruido, armándome de valor para ver a mi primo por primera vez en años.

Vivek estaba sentado en mi cama. Volvió la cabeza al oírme entrar. Al principio ni siquiera pude hablar. Solo me lo quedé mirando, atónito: todo plan de reclamar mi espacio se había esfumado. Cuando De Chika dijo que Vivek ya no se cortaba el pelo, pensé que a lo sumo le rozaría los hombros. Siempre lo había tenido rizado, lo bastante largo para que le cayera sobre la cara. Antes siempre bromeábamos con que si se lo alisaba parecería salido de un anuncio de Sunsilk. Tenía los ojos, labios y nariz aguileña de De Chika, e incluso su tono rojizo por debajo del oro oscuro de su piel, pero el pelo era tan negro como el de su madre. Ahora le llegaba por debajo de los omóplatos y le caía enmarañado, lleno de nudos, sobre el algodón azul de la camisa. Vivek había perdido peso y parecía tener el cuello más largo, que apenas sostenía la cara en equilibrio. La cadena de plata le destelló por debajo del cuello de la camisa; el pequeño elefante descansaba contra su piel. Sonrió un poco al ver mi expresión.

—Nna mehn, ni que fuera una máscara. Deja de mirarme así.

—¿Pero tú te has visto? —repliqué—. ¿Seguro que no eres una máscara? Madre mía —me senté en el otro extremo de la habitación y

apoyé los codos en las rodillas. Era evidente que algo había tomado posesión de mi primo—. Gwa m ihe mere. Quiero saber. No estás bien, eso lo veo.

Vivek se rio.

—Hablas igual que mi madre.

—Lo digo en serio. Y esto de que tus padres te hayan traído hasta el pueblo…

—¿Sabes que tu madre ya ha intentado rezarme encima?

—La diaconisa Mary. ¿Qué esperabas? —lo miré más atentamente. Parecía agotado—. Llevas tiempo sin dormir.

—Veo que no escatiman en informes sobre mí —respondió—. Estoy seguro de que ya está todo el mundo al corriente de los detalles.

Levantó el labio con desprecio al hablar.

—Puede que mis padres sí, pero yo no. Y, además, yo prefiero enterarme por ti.

—Ay, Osita —logró esbozar una leve sonrisa—. Es una historia muy larga.

Intenté corresponder con otra sonrisa.

—Te has dejado barba —comentó, alargando el brazo para tocar los rizos ensortijados de mi cara. Yo llevaba tiempo rapándome la cabeza, como él hacía antes, y la barba lo compensaba. Me gustaba cómo hacía que me destacaran los pómulos con un corte limpio, cómo me oscurecía los ojos. Vivek me acarició la cabeza y sintió mi piel deslizarse bajo la palma de su mano, aún perlada de sudor, recién llegado de correr—. ¿Sabes que tu padre me ordenó que me cortase el pelo o me lo lavase antes de volver a salir?

Reí por la nariz.

—Mira, no iba ni a mencionar el tema. Parece que no tienes casa.

—Es que no tengo casa —contestó antes de negar con la cabeza—. No me hagas caso. ¿Puedo bañarme o necesitas ir tú primero? Te huelo desde aquí.

Lo miré y me chupé los dientes.

—No te culpo. Biko, déjame a mí primero, que seguro que atascas el desagüe con esa melena de Bollywood.

Vivek sonrió de oreja a oreja y se levantó al mismo tiempo que yo, avanzó y me dio un abrazo. Era casi tan alto como yo y olía ligeramente a una especia que no reconocí.

—Gracias —me dijo mientras nos dábamos golpecitos en la espalda.

—¿Por qué?

—Por no tratarme como me tratan ellos.

Al separarnos, rocé con las manos la maraña de su pelo. Era suave

al tacto. Me alejé de él y me restregué las manos en las perneras de los pantalones cortos. Vivek no dejaba de mirarme, pero yo no podía devolverle la mirada. Mi primo me resultaba más extraño de lo que quería admitir ante él o ante mí mismo, y eso me incomodaba.

—Venga, a bañar —dijo antes de volver a sentarse en la cama.

Me puse en movimiento como si me hubiera dado permiso y, una vez en el baño, eché el pestillo. Usé un balde de agua para lavarme. Me froté y me aclaré rápido, intentando zafarme de aquella sensación de inquietud que se me había colado en el cuerpo. Cuando salí envuelto en una toalla, Vivek seguía sentado en la cama, de espaldas a mí, mirando fijamente los barrotes de la ventana frente a él. Abrí el armario y me vestí. Vivek no se movió. Me quedé quieto un momento antes de interrumpir su soledad.

—Vivek, el baño ya está libre.

Se sobresaltó y se volvió hacia mí. Parte del pelo le cayó sobre la cara.

—Okey, bhai —contestó. Bhai, hermano; un viejo apodo que me había puesto. Ambos éramos los únicos hijos de nuestros padres, ambos varones, más hermanos que primos, esa era la gracia. Siempre se me encogía el pecho cuando me llamaba así—. Diles que salgo ahora —añadió, despachándome. Asentí y cerré la puerta al salir.

Mi madre había dispuesto un desayuno tardío en la mesa del comedor: latas de Milo y Bournvita junto a la leche Nido y un termo de agua caliente, pan y mermelada de guayaba —sabía que la mermelada la había traído mi tía, pues era la única que la preparaba —, además de un cuenco de huevos cocidos y otro lleno de akara.

—Hay akamu en el fogón —dijo mi madre—. Ve a servirte.

Aunty Kavita me abrazó. Aun con el pelo enroscado en un moño no me llegaba ni al hombro.

—¿Cómo está? —susurró.

—Está bien —dije—. Se está lavando el pelo.

Mi padre resopló y se sentó, con mi madre revoloteando tras él mientras le llenaba el plato de comida.

—Más le vale. Chika, tenías que habérselo mandado cortar en cuanto entró por la puerta de tu casa.

De Chika se encogió de hombros y alargó una silla para aunty Kavita.

—¿Qué quieres que te diga, Ekene? No puedo abalanzarme sobre el chico y afeitárselo a la fuerza.

—¡Pues entonces vas y lo echas! ¿Qué disparate es este?

—Vale ya, Ekene —el tono de aunty Kavita era amable, pero firme —. Es mi hijo, el único que tengo. No voy a darle la espalda, y mucho menos cuando está enfermo.

Mi padre parecía a punto de decir algo más, pero mi madre le puso una mano en el hombro mientras le servía más café y se sosegó.

Fui a la cocina, me eché unas cucharadas de akamu, denso y glutinoso, y volví a la mesa para añadirle una capa de azúcar. De Chika me quitó el azucarero y le añadió dos cucharadas al café. Al menos ya no estaba desayunando cerveza. Dejé que el akamu se templase; me gustaba cuando estaba un poco cuajado y empezaba a formarse una película encima. Durante un rato comimos juntos, en un silencio solo roto por el tintineo de las cucharas contra los cuencos y las tazas de café, hasta que mi padre alargó el brazo para encender la radio. El nuevo sonido atravesó la estancia con un rumor suave.

—Amma! —llamó sonora la voz de Vivek desde mi habitación, y aunty Kavita levantó la cabeza de golpe. Hasta De Chika parecía medianamente sorprendido de oír la voz de su hijo. Vivek llamó otra vez—: Amma!

—¿Sí, beta? —respondió con voz temblorosa, ya medio levantada de la mesa—. ¿Qué pasa?

—¿Puedes ayudarme con el pelo?

La petición iluminó la cara de aunty Kavita.

—¡Claro que sí, beta! Ya voy.

Mi padre levantó la vista del plato.

—Mary, ¿le dejas unas tijeras, abi?

Aunty Kavita le lanzó una mirada asesina mientras salía del comedor. Mi padre suspiró.

—Había que intentarlo. Mira que ir por ahí con esas pintas de profeta… Ridículo.

De Chika, que tenía delante una tostada con mermelada a medio comer, eludió el comentario y desplegó un periódico. Mojé akara en el cuenco y me lo comí despacio. Terminé de desayunar y Vivek y su madre seguían sin salir de la habitación. Al final De Chika también se dio cuenta y me pidió que fuera a ver qué hacían.

Esta vez sí llamé a la puerta.

—Pasa —dijo aunty Kavita. Abrí. Vivek estaba sentado en la silla junto a la ventana y su madre le pasaba un peine por el pelo, ya desenredado y lustroso, que le caía sobre la muñeca como una cortina. Vivek, con los ojos entrecerrados, sostenía un bote abierto de aceite de coco entre los muslos.

—Ya casi hemos terminado —dijo—. Ha llevado un buen rato peinarlo bien.

—Ya me imagino —dije. Aunty esbozó una sonrisa distraída.

—Siempre quise una niña, ¿sabías? Después de Vivek. Para poder peinarla.

—Los caminos del Señor son inescrutables —bromeé, y me

sorprendió que se riera.

—No del todo —dijo—. No es como si pudiera trenzarle el pelo, por ejemplo.

—Puedes trenzármelo, si quieres —dijo Vivek sin levantar los párpados.

—¡Chist! —su madre le dio un manotazo en el hombro—. ¡Tu padre me mata! —y prosiguió recorriéndole el cabello con el peine en lentas oleadas. A estas alturas ya lo estaba haciendo porque sí. Casi para sus adentros, continuó hablando—. No. No te lo podemos trenzar. Pero sí que te lo voy a recoger para que no te caiga sobre la cara. Ya sabes que a tu padre le pone de los nervios —pasó el peine un par de veces más antes de comprimir todo el cabello en una mano, alisándolo hacia atrás desde las sienes y la frente, y atándolo con una goma a la altura de la nuca, enroscado en un moño improvisado—. Llévalo así. Tienes el pelo muy grueso.

Vivek echó la cabeza hacia atrás y sonrió a su madre.

—Daaluṇ —dijo. Su madre se inclinó para besarle la frente.

—Ven; vamos a desayunar. ¿Tú ya has terminado, Osita?

—Sí, aunty.

Se levantó, sacudiendo un poco la camisa de Vivek.

—¿Qué te apetece, beta? Hay pan, y he traído mermelada de la que te gustaba, y aunty Mary ha hecho akamu, aunque igual hay que recalentarlo.

Vivek me hizo una mueca disimulada al salir del cuarto con su madre, envuelto en las ondas de su voz solícita. Yo le respondí con otra mueca, indicando que estaba solo ante el peligro, y los seguí al salón.

—No tengo hambre, amma.

—Pues algo tienes que comer. Voy a calentar el akamu.

Aunty se marchó a la cocina y Vivek se sentó. Ni mi padre ni el suyo le quitaban ojo.

—Así estás mejor —dijo De Chika—. Con el pelo retirado para atrás.

Solté una risita.

—Ah-ahn, Dede, que solo es pelo.

Vivek sonrió, pero ambos borramos la expresión de la cara cuando mi padre bajó el periódico para fulminarnos con la mirada.

De Chika se centró en mí.

—¿Qué tal en Nsukka?

—Bien. La uni no está mal.

—Tu madre dice que te has echado una novia allí. ¿Sabes que tu padre tenía tu edad cuando se casó?

—Ni te molestes con ese de ahí —la voz de mi padre sonaba burlona detrás de las páginas de prensa—. Jugar, jugar y jugar, no sabe hacer otra cosa. Responsabilidad, ninguna.

—¿Tienes novia?

Ese era Vivek.

—Nada serio —contesté.

—Según tu madre, sí que lo es —dijo De Chika.

—Chika, mi mujer y tú cotorreáis como dos viejas —mi padre negó con la cabeza—. ¿No debería ser tu mujer la que hablase de esas cosas con ella?

—A Kavita no le interesan esos temas. A mí sí. Y si tú no quieres interesarte por la vida de tu hijo, es cosa tuya —De Chika dedicó a mi padre una sonrisa cruel; sacar de quicio a su hermano mayor era uno de sus grandes placeres. Mi padre alzó los ojos al cielo y volvió a su periódico, pero yo sabía bien que seguía prestando atención.

Aunty Kavita volvió con un plato de akara.

—Come, que el akamu todavía se está calentando.

Vivek aceptó el plato y empezó a desmenuzar akara en trocitos, llevándose de vez en cuando uno a la boca. Su madre le dedicó una sonrisa radiante y regresó a la cocina.

—Entonces, ¿vais en serio? —preguntó Vivek.

Empezaba a fastidiarme.

—No es asunto tuyo.

—Sabes que seré el padrino de tu boda, así que sí es asunto mío, creo yo.

—Bien visto —dijo De Chika.

Yo notaba que mi tío estaba contento de ver hablar a Vivek y no quería arruinarle la fiesta.

—Todavía la estoy conociendo —contesté—. Eso es todo.

Era todo mentira. No tenía ninguna novia en Nsukka. Me la había inventado una vez que estaba hablando con mi madre por teléfono, y se puso tan contenta que no fui capaz de desanimarla con la verdad. Así que fingí ser reservado con el tema para evitar sus preguntas, lo cual permitió a mi madre crear a la nuera perfecta en su imaginación. No tuve que decir nada más; ella sola podía sostener el peso de la conversación a partir de ese único dato.

—¿Cómo se llama? —preguntó Vivek.

—Dios mío, Vivek. ¡Que no es asunto tuyo!

Mi madre me gritó desde la cocina.

—¡Osita! ¡¿No acabarás de tomar el nombre de Dios en vano?!

Vivek me guiñó un ojo y sentí que me recorría una oleada de ira.

—¡Perdón, ma! —grité. Después me levanté—. Voy a salir.

—¿Vas a salir, con tu primo aquí de visita? —mi padre me echó una de sus miradas, que yo le devolví.

Vivek se rio.

—No pasa nada, Dede. Que se vaya. Le estoy irritando.

—¿Que le estás irri…? ¡Ay, amigo, como no te sientes ahora mismo!

Aunty Kavita entró en la habitación y le dio un cuenco de akamu a Vivek con una cuchara suspendida en el medio.

—Pues mira, Ekene: ¿te importa si le encargo unos recados a Osita? Mary y yo queremos preparar unos platos más tarde.

Mi padre, aunque ceñudo, lo permitió, y yo salí de casa con una lista de la compra y el pecho lleno de alivio.

A la hora de la cena, Vivek se contuvo, comiéndose el arroz en pequeños bocados con la cabeza gacha. Como la NEPA quitó la luz poco después de cenar, encendí una lámpara de keroseno y me fui a mi habitación a leer un libro. Una hora más tarde entró Vivek. Cerró la puerta con suavidad y se arrodilló junto a la cama para prender una espiral antimosquitos. La cerilla se encendió con un chasquido y el aliento de Vivek se liberó para extinguir la llama, y en todo momento yo mantuve los ojos pegados a la página. La lámpara hacía que mi libro irradiara un naranja apagado que se extendía débilmente por las paredes. El resto de la habitación estaba en penumbra, un gris que engulló a Vivek mientras se quitaba la camiseta y la doblaba, y después los pantalones, que colgó en el armario. Seguí leyendo mientras se despatarraba en la cama en bóxers y se quedaba mirando al techo. Finalmente se le acompasó la respiración. Dejé el libro y me metí en la cama; después me hice a un lado para apagar la lámpara. La habitación se sumió en la negrura.

Escuché los grillos y el zumbido del generador del vecino que llegaban desde fuera. Mis ojos se fueron ajustando lentamente, hasta que pude ver la luz de la luna que coloreaba el interior de mi cuarto.

—A ver, ¿por qué has mentido? —preguntó Vivek. Su voz sonaba cerca de mi oído.

—¿Sobre qué?

—La novia de Nsukka. No tienes ninguna novia en Nsukka.

Me saltó la risa.

—¿Quién te lo ha dicho?

—No me lo ha tenido que decir nadie. Mientes fatal.

Volví la cabeza para mirarlo. Veía sus ojos brillantes en la oscuridad.

—No te metas donde no te llaman, bhai.

Los dientes le relucieron al sonreír.

—Lo que no entiendo es por qué te has molestado en mentirles,

para empezar. Sabes que tu madre no va a parar hasta organizarte la boda con esa chica imaginaria.

Volví la vista al techo.

—No es imaginaria —dije. Ya había empezado a darle forma. Iba a llamarse Amaka. Sería enfermera, o tal vez profesora.

—Cuando quieras ocultar algo, no te montes una coartada tan floja, una que pueda venirse abajo tan fácilmente. Tienes que proteger mejor tus secretos.

Me incorporé y me apoyé sobre los codos.

—Bros, me estoy hartando de estas chorradas. ¿De qué secretos hablas?

—Digo que a lo mejor no es una mujer con quien estás saliendo en Nsukka. Un amigo mío del internado mentía igual que tú. Hasta le pidió a la hermana de uno de clase que fingiera ser su novia —Vivek giró la cabeza hacia mí—. ¿Tienes una novia de emergencia?

Me quedé mirándolo en la luz grisácea.

—No pasa nada por no tenerla —continuó—. Solo digo que necesitas una historia más creíble.

—Un momento —sentí que la sorpresa me llenaba la cabeza a reventar—. ¿Con quién iba a estar saliendo en Nsukka, si no es con una mujer?

Vivek me miró y se hizo una pausa antes de que me diera cuenta de lo que quería decir. Me senté en la cama, furioso.

—¡¿Pero a ti qué te pasa?! ¿Estás mal de la olla?

Vi un destello de preocupación en sus ojos; no se había esperado esta rabia de mí.

—Pero tranqui —dijo, sentándose también, haciendo amago de tocarme el brazo.

Yo me aparté y me levanté de la cama de un salto.

—No me toques. ¿Qué te crees, que soy como tus amigos? ¿O como tú? ¿Por eso has decidido empezar a ir como una mujer, ehn? ¿Porque has estado tirándote a hombres? Biko, no soy como tú. Olvídalo. ¡Ya-ya!

Di una palmada, como si así pudiera sacudirme de encima los pensamientos que me estaba contagiando.

Vivek me miró desde abajo. Tenía la espalda encorvada, las piernas rectas y esbeltas sobre las sábanas. Se le había soltado el moño y el pelo le caía en un caudal sobre los hombros.

—¿Entonces crees que parezco una mujer?

Me martilleaba el pecho.

—¿Qué?

—¿Por eso me has estado evitando todo el día? ¿Porque te parezco

mujer? —se rio y se retiró el pelo del pecho—. You dey see breast? ¿Eh, ves tetas?

Negué con la cabeza. Notaba un nudo doloroso en el estómago.

—A ti te pasa algo de verdad. Hacen bien en rezar por ti.

—¿Solo porque he dicho que igual tienes novio en vez de novia? No es para tanto.

—¿Te parece eso normal? ¿Y tú te crees, sef, que eres normal? ¡Nada de esto es normal, Vivek! ¿Con qué tipo de gente te has estado juntando?

—¿De qué tienes tanto miedo? ¿De algo que simplemente es diferente a lo que conoces? —mi primo se cruzó de brazos y apoyó la espalda contra el cabecero de la cama—. Me decepcionas, bhai. No pensaba que serías de esas personas tan cerradas de mente. Eso déjaselo a tu madre.

—Que te den —dije, y cogí mi almohada de la cama.

Se rio otra vez.

—Ah, ¿o sea que ahora te vas a dormir al salón? Eso: que te encuentre allí tu mumsy por la mañana, y así le cuentas por qué no has dormido en tu habitación. O se lo digo yo de tu parte, si quieres.

Tenía ganas de pegarle. Era como si volviéramos a tener trece años, esa forma que tenía de colárseme por debajo de la piel, de provocarme una picazón que necesitaba rascar.

—No soy de esos —le dije.

—¿De esos qué? —Vivek levantó las manos—. Mira, mejor déjalo. Ya ni me importa. Me voy a dormir. Haz lo que quieras.

Volvió a tumbarse y me dio la espalda.

Y ahí me quedé, en la oscuridad, abrazado a la almohada y sintiéndome cada vez más idiota. Al final volví a tirar la almohada sobre la cama y me tumbé de espaldas a él. Menudo capullo. Pasé mucho rato tumbado, con una rabia que me hervía por dentro, antes de conciliar el sueño.

En algún momento de la noche, la NEPA volvió y el ventilador del techo se puso a funcionar con un zumbido. Me desperté y abrí los ojos. Yo estaba tumbado boca arriba con un brazo fuera; Vivek estaba despatarrado junto a mí. Una de sus piernas se tocaba con la mía y su pelo me engullía el brazo; la cadena y el colgante de plata relucían contra su clavícula. Casi alcanzaba a distinguir las líneas que demarcaban a Ganesh. Vivek suspiró y abrió los ojos como dos rendijas.

—¿Bhai, me perdonas? —susurró, y volvió a dormirse. Quise retirarle una sortija de pelo de la mejilla, pero tenía demasiado miedo de tocarle. Yací inmóvil y miré al techo hasta que el sueño volvió a por mí.

OCHO

Kavita pensaba que era una fase, que aquello por lo que estaba pasando Vivek era temporal. Así que rezó innumerables rosarios, cientos y cientos de avemarías hasta borrarles el color a las cuentas de tanto tocarlas y acabar pensando que tenía las manos llenas de gracia. Se llevó a Vivek a la catedral a ver al padre Obinna, el cura que lo había bautizado y le había dado su primera comunión. Vivek salió de aquella conversación con la frente empapada de agua bendita. «Rezad un poco más», les recomendó el sacerdote, y Kavita le creyó, confió en él. Si se trataba de algo diferente, algo del espíritu, el sacerdote lo habría visto, ¿verdad? No estaba tan segura.

—La Iglesia católica no puede hacer nada —le dijo Mary por teléfono—. Yo que tú le dejaría venir a Owerri; así me lo llevo a la mía, que combate estos males con fuego sagrado.

—No sé yo —dijo Kavita—. Desde que volvió del pueblo está un poco mejor. Está comiendo, duerme en su cama.

—¿Y el pelo se lo ha cortado?

—No creo que eso sea lo importante…

—Ahn! Kavita: ya sabes cómo son las cosas aquí. Es un peligro que se pasee por Ngwa con ese aspecto tan… femenino. ¿Te imaginas lo que le pueden hacer si alguien lo malinterpreta, si se creen que es un homosexual?

A Kavita le dio un vuelco el estómago. Era algo que también se le había ocurrido a ella, y la angustiaba, pero era muy distinto —y más aterrador— oírselo decir a otra persona. Vivek no podía acabar como esos cuerpos que aparecían linchados en la intersección, renegridos y tiesos por el fuego, con enormes tajos de machetes que dejaban al descubierto la carne roja de debajo. La mayoría eran ladrones, o supuestos ladrones, pero las turbas no atienden a razones y dicen cualquier cosa cuando todo ha terminado.

—No le va a pasar nada —dijo a Mary—. Ha nacido aquí, se ha criado aquí. La gente sabe quién es.

Mary rio con amargura.

—¿Tú te crees que eso importa? No conoces Nigeria. La gente aquí mata a sus vecinos y luego les prende fuego a la casa. Vivek no está a

salvo, te lo digo yo.

Kavita empezaba a enfadarse.

—¿Por qué traes esto al mundo? Vivek no está haciendo daño a nadie.

—Sé que es duro de oír —repuso Mary, suavizando el tono—. Pero ya sabes los hombres cómo son. El muchacho es flaquito, con el pelo largo… Con que cualquier idiota se piense que es una mujer por detrás o algo así, y luego se enfade cuando se dé cuenta de que no, no hace falta más. Porque si es un chico, ¿qué dice eso del idiota se ha sentido atraído por él? Y cuando surgen ese tipo de preguntas, normalmente alguien sale herido. No es por maldad por lo que Ekene quiere que Chika le corte el pelo al chico. Estamos intentando protegerlo. Solo por ser de media casta no van a darle trato preferente toda la vida, no tal y como se está comportando. Eres su madre. Es tu deber protegerlo. Tráetelo a Owerri, venga. Aquí en la iglesia le podemos ayudar.

—Deja que lo hable con Chika —respondió Kavita. Era la excusa que ponía cuando quería zanjar una discusión, fingiendo que no podía decidir nada sin la opinión de su marido, y Mary, como todos los demás, dejó de incordiarla en cuanto lo escuchó. Se despidieron, colgaron y Kavita fue al salón, donde Chika estaba leyendo el periódico.

—Tu cuñada empieza a sacarme de quicio —dijo. Luego se sentó en una butaca, cruzó las piernas y se pasó la trenza por encima el hombro. El negro de su pelo se había plateado con la edad—. No deja de repetirme que mande a Vivek a su iglesia.

Chika no levantó la vista del periódico.

—Mary tiene buena intención —respondió. Tenía la montura dorada de las gafas en equilibrio sobre la nariz.

—Ha dicho que Vivek no está a salvo, que parece… —hizo una pausa—. Que algunas personas pueden intentar hacerle daño —la duda le deformó la voz, reacia a expresar abiertamente la posibilidad de algo peor.

Su marido suspiró y dejó caer el periódico sobre el regazo antes de volver la cabeza hacia ella.

—Bueno: ¿y no es así?

—¡Chika!

—Es una pregunta legítima, Kavita. Mira cómo va por ahí.

—¡Por el amor de Dios, solo es pelo! No quiere decir nada.

Chika posó sobre ella una mirada amable, pero elocuente.

—¿Es a mí a quien intentas convencer o a ti misma?

Se sostuvieron la mirada unos segundos hasta que Kavita bajó los ojos.

—¿Y si es por algo que hicimos, Chika? ¿Y si hicimos algo mal y por eso ha terminado siendo de esta manera?

Chika alargó la mano y le acarició la rodilla, cubierta por la seda del pantalón.

—No te culpes. El niño está viviendo su vida, y nosotros no podemos controlar todos y cada uno de sus aspectos.

Kavita asintió, recomponiéndose.

—Tienes razón. Además, se está recuperando. Ya sale a la calle, y todo —alzó la vista a su marido—. Pronto podrá retomar la universidad y todo volverá a la normalidad. Ya verás.

Chika contempló a su mujer, contempló la esperanza que le vibraba en los ojos, y guardó silencio. Kavita rehuyó aquello que su marido no le estaba diciendo. Sabía que Chika quería para Vivek lo mismo que ella, así que no importaba. Ya iba a ver. Todo saldría bien.

Como Vivek no dejaba de perder peso, Kavita lo llevó a ver a una médica, que le tomó el pulso y la presión arterial, le auscultó los pulmones y le preguntó por las comidas, frunciendo el ceño al escuchar sus respuestas.

Dejó sus notas a un lado y miró a Vivek. Sobre su cuello resaltaba la austeridad de la bata blanca.

—Sabes de sobra que no estás comiendo lo suficiente —lo regañó.

—No tengo apetito —respondió él, encogiéndose de hombros—. Nada me sabe a nada.

—Tienes que intentarlo —dijo Kavita—. Beta, se te ven las costillas.

Vivek se bajó la camiseta, que le colgaba de los hombros.

—Lo intentaré, amma. Te lo prometo.

—¿Fumas? —preguntó la doctora.

—¿Tabaco o igbo? —bromeó Vivek, y Kavita le dio un cachete en el brazo.

—Déjate de tonterías.

La médica, que parecía cansada, o tal vez aburrida, no se inmutó.

—Cualquiera de los dos.

—No —contestó Vivek. Respondió al resto de preguntas con los ojos de Kavita fijos en su cara, en la oscuridad difuminada que le rodeaba los párpados. Le sacaron sangre para la analítica y la doctora le repitió que comiese más antes de despacharlos.

—Deja que me lo lleve a mi iglesia —insistió Mary cuando llamó aquella noche para preguntar qué tal había ido en la consulta—. Mal no le puede hacer, Kavita. Si se le ha enganchado algún mal, se lo intentarán quitar. Sé que crees en el poder de la oración, pero tu iglesia no ha hecho nada por el niño. Deja que lo intentemos, biko.

Kavita dudaba, pero Vivek era su hijo, al fin y al cabo. No podía quedarse de brazos cruzados si quedaba algo aún por intentar. Así pues, aquel fin de semana envió a Vivek a Owerri. Ella habría querido esperar a que estuviera Osita también, pero Mary la disuadió.

—Ese no va a la iglesia —dijo—. Solo conseguiría convencer a Vivek de no ir. No nos hacen falta más obstáculos para su liberación.

Por eso no le contó a Osita que su primo estaba en su casa, y por eso Osita no estaba allí el fin de semana que Mary se llevó a Vivek a su iglesia.

Era domingo por la noche cuando Vivek volvió a casa, cerrando la mosquitera de un portazo. Kavita estaba en el salón.

—Beta? —llamó su madre al verlo pasar—. ¿Cómo ha ido?

Vivek se detuvo para mirarla. Kavita se encogió. Nunca lo había visto tan indignado. Tenía los ojos como ascuas de furia contenida.

—No pienso volver a Owerri en mi vida —dijo con voz estrangulada—. Id vosotros si os da la gana, pero yo no os acompañaré. ¿Queda claro?

—¿Qué ha pasado? —Kavita tragó un nudo de ansiedad. No podía haber pasado nada malo. Mary la habría llamado de ser así—. ¿Ha sido por la misa?

Vivek fulminó a su madre con la mirada.

—¿Has estado en su iglesia alguna vez?

—Sí, beta, claro que sí —se retorció las manos—. El servicio dura mucho, pero no me pareció que estuviera tan mal. ¿Qué ha pasado?

—No. Quiero decir que si has estado en alguna de sus liberaciones.

Kavita negó con la cabeza y su hijo se inclinó un poco hacia delante, clavándola al sofá con una mirada implacable.

—Pero me mandaste allí de todas formas.

Kavita empezaba a preocuparse.

—Vivek, ¿qué ha pasado?

—¡Pues que son una panda de cabrones! —espetó—. ¿Te parece normal que traten a una persona como si fuera un animal? ¿En nombre de esa liberación de pacotilla? Mba, espera, que ellos lo llaman exorcismo. Porque resulta que tengo ¡un demonio! dentro de mí. ¿Sabes? Y, claro, había que sacármelo a golpes.

Se levantó la camisa para revelar una franja hinchada de cardenales de color rojo oscuro que le recorría las costillas.

Kavita ahogó un grito y se levantó de la butaca para ir hasta Vivek, pero él se bajó la camisa e interpuso la mano para que no se acercara.

—No me toques —dijo—. Y deja de intentar curarme. Para de una vez. Ya basta.

Después de aquello, Vivek se encerró en su habitación y no volvió a salir en toda la noche. Con manos temblorosas, Kavita descolgó el

teléfono y marcó el número de Ekene con la ira mordiéndole por dentro. No entendía nada. ¿Y Mary? ¿Cómo había podido permitir que le hicieran eso al hijo de su cuñada, a su propio sobrino?

—¿Pero cómo se te ocurre? —gritó en cuanto Mary contestó al teléfono—. Ehn? ¿Estás loca, o qué?

—Kavita, gịnị mere? —respondió Mary. Parecía desconcertada—. Llevo toda la tarde intentando llamarte. ¿Ha llegado bien Vivek?

—¿Ha llegado bien Vivek? —repitió Kavita, parodiando su voz—. Sí: acaba de llegar… ¡y me ha enseñado lo que le han hecho esos paletos de tu iglesia!

—¿Qué?

—Amiga mía, deja de hacerte la tonta. Le he visto las ronchas que tiene en el cuerpo. ¿Cómo has podido permitir que lo azoten?

—Kavita, he estado intentando hablar contigo para explicártelo. No lo estaban azotando a él, ịghọtala? Era al demonio que tiene dentro.

Por un momento, Kavita se quedó sin habla. Mary no podía estar hablando en serio.

—¿Qué acabas de decir? —preguntó, con la esperanza de haber entendido mal.

—El demonio que tiene dentro —repitió Mary—. Sí o, eso es lo que dijo el pastor. El niño está poseído por un espíritu maligno, un demonio muy fuerte. Es el que está provocando todo esto, lo del pelo largo, que se le esté consumiendo el cuerpo físico. Hay fuerzas sobrenaturales alimentándose de él… ¡de tu hijo! El pastor dijo que había que cortarle el pelo porque de ahí sacan su poder, como los cabellos de Sansón. Es una de las fuentes de su fuerza. Pero cuando uno de los diáconos se le acercó con unas tijeras, ¡el demonio empezó a resistirse!

Kavita escuchaba sin dar crédito. ¿Cómo podía esa mujer ser la misma Mary que conocía desde hacía tantos años? Siempre había sido muy religiosa, pero esto era otra cosa, una cosa que olía a carne putrefacta o a locura.

—Ese no era tu hijo —continuó Mary, despreocupada—. Lo decía el pastor, y los feligreses también, todos lo veíamos. Era el demonio que estaba luchando por no perder su poder. Intentaron sujetarlo, pero tenía la fuerza de muchos hombres. Por eso sabíamos que era el demonio. Ningún hombre mortal podría haberse quitado de encima de esa manera a todos los ujieres que estaban intentando sujetarlo. Eh hehn, entonces el pastor dijo que teníamos que someter al demonio a toda costa, así que mientras rezábamos para encadenarlo y expulsarlo, sacó su vara para azotarlo, porque hay que azotarlo con fuego sagrado y su vara es como la vara de Moisés…

—Para, para, ¡PARA! —Kavita se apretó la frente con los dedos—. ¿Me estás diciendo que has permitido que ese pastor pegue a mi hijo mientras tú mirabas y no hacías nada?

—Kavita, no me estás entendiendo. ¡Que ese no era tu hijo! —Mary empezaba a sonar irritada— ¿Qué hago? ¿Me quedo tan tranquila mientras el diablo se aprovecha de mi sobrino? Yo estaba ahí, rezando con los demás, na! Rezando por su salvación, para que su espíritu fuera purgado del mal que lo tenía cautivo, pero ya te lo he dicho: ese demonio era demasiado fuerte. Se zafó de los que lo sujetaban y salió corriendo de la iglesia, piam! Fuimos a casa a buscarlo, pero ya se había ido con sus cosas. Por eso he estado intentando llamarte, para asegurarme de que hubiera llegado bien a casa, porque la liberación se ha quedado a medias. Tenéis que volver a traerlo, Chika y tú, ehn? El pastor dice que es muy crucial que completemos la liberación, ahora que el demonio sabe que lo hemos desenmascarado. Cada minuto cuenta.

Kavita se apartó el auricular de la cara y se lo quedó mirando como si el plástico negro pudiera ayudarla a entender algo de todo aquello. Al volver a acercárselo despacio a la oreja, la voz de Mary brotó de nuevo.

—Mañana, a poder ser. ¿Sigues ahí? ¿Me escuchas?

Kavita pugnó por encontrar las palabras exactas. Le daba la sensación de tener una piedra en el fondo de la garganta; quería meterse los dedos, sacarla y estampársela a Mary en la cabeza una y otra vez. La emoción la sorprendió.

—No vuelvas a acercarte a mi hijo —logró pronunciar con voz ahogada.

—Ehn? ¿Qué has dicho?

—He dicho que no vuelvas a acercarte a mi hijo en la vida —repitió Kavita. Esta vez las palabras le salieron más claras y nítidas. Oyó a Mary coger aire como si tuviera a la mujer justo detrás, pero Kavita no tenía intención de quedarse ahí—. Tú y tu pastor estáis mal de la cabeza. Aléjate de mi familia, ¿queda claro? O te enterarás de lo que soy capaz.

Volvían a temblarle las manos.

—Ah-ahn. ¿Conque así me hablas? ¿A mí, enterita?

—Before nko? ¿Hay alguna otra Mary que haya ido a la iglesia a darle una paliza a mi hijo?

—Yo aquí intentando ayudaros a ti y a tu hijo y así me tratas, ¿ehn, Kavita? Con todo el amor de mi corazón que le pido al pastor que ayude a tu hijo, ¿y así te comportas? ¿Sabes cuántas personas le suplican al pastor una imposición de manos? Si hasta hice ofrenda de más de parte de Vivek. Y todo para recibir esta ingratitud tuya —Mary

se chupó los dientes—. No sé ni para qué me molesto con vosotros.

Kavita estampó el auricular contra el teléfono. Le hormigueaba la piel. Habría querido que Chika estuviera en casa, pero solo estaban ella y su hijo. Fue hasta la puerta de la habitación de Vivek y se quedó allí, mirando la madera. Normal que Vivek no quisiera dirigirle la palabra, pensó, después de mandarlo a aquel horror. Kavita se hundió en el suelo y apoyó la espalda contra la pared; sentía el tacto fresco del linóleo bajo las plantas de los pies. Se apoyó la frente en las manos y lloró.

Al principio, Kavita no le contó lo ocurrido a su marido. A Chika no le sorprendió que Vivek se encerrase en su habitación; era lo lógico a esas alturas, así que no hizo preguntas. Kavita, por el contrario, iba por casa propulsada por la ira, preguntándose cómo no se había dado cuenta antes de la persona en la que Mary se había transformado, preguntándose si era por su propia negligencia por lo que habían hecho daño a Vivek. No tenía a nadie con quien hablarlo.

La mañana siguiente Rhatha la llamó por teléfono. Las Nigerwives estaban convocando una reunión de emergencia a cuenta de Maja.

—Acaba de enterarse de que Charles tenía una segunda familia —le contó a Kavita en voz baja, horrorizada—. ¿Te lo puedes creer? Pobrecita. Vamos todas para allá esta tarde.

La noticia distrajo temporalmente a Kavita de su propia rabia.

—¿Sigue Charles allí?

—Cielo santo, no. Maja lo ha puesto de patitas en la calle, ¡y bien que ha hecho! Una cosa es tener una aventura, o una querida, si me apuras; ¿pero una familia al completo? —Rhatha chasqueó la lengua —. ¿Vas a venir?

—Sí. Claro, cómo no. Te veo allí —en cuanto colgó, Kavita agarró el bolso y puso rumbo a casa de Maja, aunque faltaban unas horas para la reunión. Maja era su mejor amiga; era absurdo que se hubiera enterado por radio macuto… y a través de Rhatha, precisamente.

Maja rompió a llorar en cuanto abrió la puerta principal. Kavita dejó caer el bolso y la abrazó.

—¡Ay, cariño mío! ¿Cómo no me lo has contado?

—Lo… lo siento —sollozó Maja, apretada contra su cuello—. Es que… Estás tan agobiada por lo de Vivek que no quería molestarte…

—Shh —Kavita acarició el cabello de la mujer—. Bueno, pues ya estoy aquí. Todo va a ir bien —retrocedió y enjugó las lágrimas de Maja—. Vamos a sentarnos y me lo cuentas todo.

La historia era aún peor de lo que Kavita se había esperado. Charles no solo tenía otra familia, sino que el hijo que tenía con la otra mujer era un niño, su primer y único varón. Y lo que era peor: no

se trataba de una mera aventura: quería casarse con aquella mujer, tomar una segunda esposa.

—No será verdad —dijo Kavita, horrorizada.

—Está decidido —Maja se secó los ojos delicadamente con un pañuelo—. Dice que no puedo culparle, que nadie puede culparle por tomar otra esposa si la primera no ha sido capaz de darle un varón. El hijo de esa mujer lleva su nombre.

Kavita se cubrió la boca con la mano.

—Maja, ¡cuánto lo siento!

—Al final solo se marchó por la escena que le estaba montando, pero dice que va a volver, Kavita. Dice que va a traer a esa mujer ¡y que la va a meter en nuestra casa! Y que no se lo puedo impedir. Le dije que entonces iba a coger a Juju y me iba a marchar, y él dijo que lo intentase —las lágrimas le recorrían las mejillas hinchadas—. Y me iría, vaya si me iría, pero no encuentro los pasaportes. Creo que los ha escondido. Y ni siquiera sé cómo contárselo a mis padres, porque ellos ya me lo advirtieron. Me avisaron de que los hombres africanos son así, y me dijeron que era una insensatez venir aquí con él, traer aquí a Juju. Charles dijo que Juju no es suficiente, que no es un chico. ¿Y si nuestra hija le oyó? ¿Como si Juju no significase nada para él, como si no tuviera ningún valor?

Kavita apretó con fuerza la mano de Maja.

—¿Ya se lo has contado?

—¡No! —exclamó Maja con voz estridente. Después bajó el tono, negando con la cabeza—. No, no se lo puedo decir. Tengo que encontrar otra solución. No puede saber nunca lo que ha hecho su padre, no puede enterarse de que su padre es así. La destrozaría, y Charles ya ha destrozado bastante. Juju cree que está en un viaje de negocios.

Kavita no sabía muy bien qué decir. No le parecía bien guardar secretos, pero también sabía que era peligroso decirle a otra mujer cómo criar a sus hijos. Apenas había salido ilesa de una riña en su propia familia, cuando Chika y ella decidieron no contarle a Vivek que había nacido el mismo día que murió Ahunna. Aquella convergencia hacía que les costaran los cumpleaños del niño; todo el mundo intentaba sonreír por encima del duelo que se les coagulaba dentro. Estaban evitando contárselo a Vivek porque no querían que pensase que era culpa suya que siempre estuvieran tristes en su cumpleaños, como si su llegada hubiera causado la muerte de Ahunna. Kavita creyó que el dolor se disiparía con los años, pero, lejos de hacerlo, se fue multiplicando, como una carga que pesa más cuanto más tiempo caminas con ella sobre la cabeza.

Al final, cuando Vivek tenía siete u ocho años, Ekene cuestionó su

decisión.

—Tiene derecho a saberlo —insistía—. Es su historia, la historia de su familia. ¡Necesita saber lo que pasó!

—¿Ah, sí? —Kavita se cruzó de brazos y fulminó a su cuñado con la mirada—. ¿Cómo le explicas algo así a un niño?

Ekene enmudeció.

Fue Mary, curiosamente, quien se encargó de hacerlo. La Mary de antes de convertirse en la mujer que era ahora. Se sentó con Vivek sobre el regazo, balanceando las piernecitas distraído, con el pelo sobre los ojos. Aún no habían empezado a cortárselo; eso fue en secundaria.

—Tu abuela era una mujer muy especial, Vivek —le contó. El niño no la miró, entretenido con un muñeco de acción de Hulk Hogan al que daba vueltas entre las manos—. El día que tú naciste, se fue al cielo y se convirtió en un ángel para poder mirarte desde allí y protegerte.

Vivek alzó los ojos, bordeados de largas pestañas, y la miró.

—¿Se fue al cielo?

—Sí, nkem. Se fue al cielo el día que naciste. Por eso, a veces tu mamá y tu papá se ponen tristes, porque la echan mucho de menos. ¿Te acuerdas de cuando viniste y te quedaste a dormir con nosotros en Owerri por primera vez y echabas de menos a mamá y a papá y llorabas? —Vivek dijo que sí con la cabeza—. Pues a veces ellos también se sienten así. Pero también son muy felices porque te tuvieron a ti, así que es un sentimiento feliz y triste a la vez, ¿entiendes?

Agridulce: esa era la palabra que describía su cumpleaños, aunque en aquel entonces Vivek era demasiado pequeño para saberlo. Dulce en la punta de la lengua; notas agrias y amargas que arañaban el resto de la boca.

Kavita y Chika se volvieron más hábiles y perfeccionaron sus sonrisas hasta que Vivek no pudo ver lo que había detrás; aplastaron su dolor para protegerlo. ¿Qué había cambiado? En realidad, nada.

Kavita miró a Maja, que al fin y al cabo estaba haciendo exactamente lo mismo: enterrar el daño que le habían hecho para que su hija no lo viera, intentar protegerla. Todos estaban intentando proteger a sus hijos. Kavita se quedó sentada con Maja hasta que llegaron el resto de las Nigerwives; algunas con comida, porque eso era lo que hacían, porque le ahorraba a Maja la molestia de cocinar para su familia, o para lo que quedaba de ella. Kavita se levantó y dejó que se arracimaran alrededor de Maja y escucharan la historia otra vez, ahogando gritos y cloqueando y maldiciendo a Charles de todas las formas posibles, ese pedazo de cabrón inútil. Kavita no dijo

nada acerca de Vivek y lo que había pasado en la iglesia de Owerri. No era ni el momento ni el lugar y, además, tenía dentro un zarcillo de vergüenza que se había desplegado hasta convertirse en una planta frondosa. Era ella quien había permitido a Mary hacerle algo así a Vivek. Tenía que haberlo visto venir. A todas las Nigerwives les gustaba reírse de los que ellas denominaban fanáticos cristianos, que se pasaban el día recibiendo el Espíritu Santo y tirándose a las alfombras a convulsionar. Y Kavita había estado haciendo como si esa gente no hubiera infectado a su familia, como si no supiera lo que era Mary. Como si Mary fuera todavía esa chica a la que había conocido hacía tantos años, cuando Ahunna vivía.

Se le atragantó un sollozo. Ahunna habría sabido qué hacer con Vivek. Habría sabido exactamente cómo comportarse con Mary, qué decir. Tomó aire profundamente y recompuso su expresión. Había pasado años aprendiendo a ignorar sus pensamientos cada vez que recordaba a Ahunna, o a su tío, pensamientos capaces de generarle una pena que la paralizaba. Tenía un hijo; no podía permitirse el lujo de desmoronarse. Chika se sintió igual tras la muerte de Ahunna. Ambos estuvieron a punto de perder la fe en sí mismos como padres, y Ekene y Mary tuvieron que acudir en su ayuda. «Nunca más», dijo Chika cuando lo peor hubo pasado. «No podemos volver a autodestruirnos así nunca más. Ahora tenemos a Vivek. Tenemos que ser más fuertes.» Y por eso Kavita se hizo más fuerte.

Al cabo de otro par de horas con Maja y las Nigerwives, volvió a casa y entró en el dormitorio que compartía con su marido. Chika se estaba quitando la ropa del trabajo; la camiseta blanca de tirantes le cubría el pecho y el estómago. Kavita se sentó al borde de la cama y le contó lo ocurrido en Owerri: Mary y sus compañeros de la iglesia habían pegado a Vivek. Mantuvo las manos entrelazadas y un tono uniforme en todo momento, incluso cuando Chika se volvió hacia ella con un estupor iracundo extendiéndose por su cara.

—¿Que ha hecho QUÉ?

Kavita tensó la mandíbula.

—Formaba parte de ese sinsentido de la liberación.

—No, no. Esto ha llegado demasiado lejos —Chika se levantó con los brazos en jarras y se puso a dar vueltas por la habitación—. ¿Te das cuenta? ¿Me hizo caso Ekene cuando le dije que esa iglesia le estaba pudriendo la mente a su mujer? Claro que no. Siempre se cree que sabe lo que hace porque es el mayor. Fue por toda esta historia por lo que Osita dejó de venir a casa, y aun así Ekene no quiere ni oír hablar del tema. Pues esto es pasarse de la raya, ¿me oyes? ¡Tiene que controlar a su mujer! ¿Pero qué tipo de animales salvajes le dan una paliza a un muchacho en la casa de Dios?

Kavita respiró hondo y se acercó a su marido. Le apoyó las manos

sobre el pecho y dijo:

—Tranquilo. Ya le dije a Mary que no se nos volviese a acercar. No nos hacen ninguna falta estas majaderías. Ya me he encargado yo.

Chika le apartó las manos, negando con la cabeza.

—Tengo que hablar con Ekene de todas formas. Lo que haya pasado entre vosotras dos es cosa vuestra, pero esto tenemos que resolverlo entre mi hermano y yo.

Acto seguido se fue de la habitación. Kavita lo vio marchar y, al cabo de unos minutos, oyó cómo levantaba la voz y entre los dos deterioraban aún más las cosas. Así era como Chika solía comportarse últimamente: la apartaba con suavidad sin hacerle caso. A veces le daba la sensación de que había dejado de escucharla hacía años, solo que ella no se había dado cuenta. Como si habitasen dos mundos separados que casualmente se encontraban bajo el mismo techo, tocándose, pero sin desbordarse, sin imbricarse jamás.

Tras la muerte de Vivek, sus mundos se distanciaron aún más. Chika no quería hacer preguntas. Kavita, por el contrario, no estaba hecha de otra cosa: preguntas hambrientas que le deformaban el cuerpo, ávido de respuestas. Habían llegado al punto de reñir todos los días, de sol a sol.

—¿Nos lo van a devolver? —le gritó Chika al fin una noche, después de cenar, en la cocina—. Todas estas preguntas tuyas, ¿de qué sirven? ¡Mi hijo está muerto!

—¡Nuestro hijo! —chilló Kavita en respuesta, arrojándole un plato. Chika lo esquivó y el plato se hizo añicos contra la pared—. ¡Nuestro hijo! ¡NUESTRO HIJO!

Chika la miró sin decir nada y acto seguido salió de la cocina, pero a Kavita le traía sin cuidado. Ella no era como él. No estaba dispuesta a rendirse y dejarse hundir en la fosa de duelo en la que Chika parecía querer caer y revolcarse. Sus preguntas tenían todo el sentido. ¿Quién había devuelto el cuerpo de Vivek a su puerta? ¿Quién había desnudado a su hijo, lo había envuelto en akwete y se lo había entregado como un paquete, como un regalo, una sorpresa ensangrentada? ¿Quién le había partido la cabeza?

La policía tardó varios días en dignarse a escribir un atestado policial. Achacaron su muerte a los disturbios que se habían producido aquel mismo día en esa zona de la ciudad, donde el mercado escupió humo negro y lo cubrió todo.

—Tuvimos muchos heridos aquel día, señora —le había explicado el agente—. Es lo que pasa cuando los sinvergüenzas se apoderan de una ciudad —se reclinó en la silla. Tenía los ojos inyectados en sangre —. Tengan usted y su familia mi más sincero pésame. Continuaremos

con la investigación.

—No van a continuar nada —dijo Chika con voz monótona al salir con Kavita de la comisaría—. Le atracaron, seguramente.

—¿Pero quién trajo su cuerpo a casa, entonces? —preguntó Kavita —. ¿Cómo sabían dónde vivimos?

Chika la miró con ojos opacos.

—Por lo menos alguien lo trajo. Por lo menos tenemos un cuerpo que enterrar.

Lo dijo como si con eso fuera suficiente. A ojos de Kavita, eso lo convertía en un mentiroso, igual que todos los demás. Igual que el policía que semanas después le dijo que no había nada más que pudieran hacer por ella. Igual que las amigas de Vivek, que no dejaban de repetir que no sabían qué pudo haber ocurrido. No tenía ningún sentido. En las últimas semanas de vida de Vivek, sus amigas habían estado con él prácticamente todos los días. Alguna tenía que saber algo. Lo que pasaba era que no se lo querían contar. Estaba convencida.

Le traía sin cuidado que todas las Nigerwives pensaran que se había vuelto loca, solo por no querer limitarse a enterrar a su hijo y cerrar el pico. Si les hubiera pasado a ellas, estarían haciendo exactamente lo mismo. No tenían ni idea de lo que era vivir con la más profunda certeza de que había alguien con respuestas a sus preguntas, que alguien que conocía estaba mintiendo. No tenían ni idea del infierno que suponía el mero acto de respirar. Iba a desentrañar la verdad, aunque tuviera que arrancársela a las amigas de Vivek de la mismísima garganta. Alguna tenía que saber lo que le había pasado.

NUEVE

OSITA

Ya sé que aunty Kavita quiere saber la verdad. Y yo quiero decirle que no está preparada para oírla, como me pasó a mí. Que la verdad la atropellará como un camión, que le volcará todo su cargamento sobre el pecho y la aplastará. Pero también sé que me da miedo lo que vaya a descubrir si alguien le cuenta lo que pasaba, si Vivek le contó a alguien más lo que estaba pasando.

Si alguien me vio aquel día.

Que deje de buscar. Quiero decirle que deje de buscar.

DIEZ

VIVEK

Toda la vida sentí que pesaba.

Siempre pensé que la muerte sería lo más pesado de todo, pero no; ni mucho menos. Vivir fue como si me arrastrasen en círculos sobre hormigón, un hormigón húmedo que se iba secando y endureciendo con cada vuelta que completaba mi cuerpo reacio a moverse. En la niñez era leve. No me importaba demasiado; lo atravesaba limpiamente, considerándolo casi un juego, como si jugara con barro, como si aquella condición resbaladiza no fuera a cambiar nunca. Pero entonces me hice más grande y el hormigón se me empezó a resecar por encima y terminé convirtiéndome en un bloque irregular del que salían esquirlas y chispas despedidas al rozar el suelo duro, desgarrándome en pedazos dolorosos.

Yo quería conservar ese vacío, como el águila del proverbio que se cierne libre con los huesos llenos de burbujas de aire, pero un buen día la pesadez dio conmigo y no pude hacer nada por evitarlo. No podía zafarme de ella, ni transformarla, ni evaporarla, ni derretirla. Aunque era algo separado de mí, se me enganchó al cuerpo como un parásito. Yo no era capaz de distinguir si me pasaba algo raro o si, sencillamente, se trataba de mi vida; si era así como se sentía todo el mundo, como si tuvieran hormigón arrancándoles la carne de los huesos.

Las fugas eran ausencias breves que terminé agradeciendo, pequeñas indulgencias. Era como si al fin pudiera descansar después de haber tenido los párpados abiertos a la fuerza durante días. Se lo oculté a mis padres y me dejé crecer el pelo, creyendo que el peso que me caía de la cabeza aligeraría el de mi interior. Y funcionó: no es que aligerase nada, la verdad. Pero sí me hizo sentir más en equilibrio, como si un peso, al tirar del otro, estuviera reduciendo la tensión que recaía en mí. Quizá simplemente me había convertido en el punto de apoyo, el lugar donde todo confluía, el fiel de la balanza.

No sé. Solo sé que cada centímetro de pelo que me negaba a cortar hacía que todo me doliera un poco menos.

Ahora, echando la vista atrás, la verdad es que no sé de qué pensaba que iba a protegerme.

ONCE

Todo el mundo sabía que con las elecciones entraba la muerte. No se hablaba de otra cosa: que si pasar a un gobierno civil era buena idea, que si a los dirigentes militares se les daba mejor llevar el país. La gente discutía en las casas y en las cervecerías; se levantaban voces, se propinaban golpes, y a veces la violencia se intensificaba hasta derivar en conflictos callejeros bañados en sangre. El día que Chika se llevó a Vivek de la universidad había atasco; los vehículos avanzaban despacio sobre los baches mientras la gente bailaba por las calles entre cantos y vítores.

Chika se asomó por su ventanilla, irritado.

—¿A qué viene todo esto? —gritó a un niño que cruzaba por delante del coche, agitando hojas de palma en una mano y con una botella de malta en la otra. Le caía espuma marrón por los nudillos.

El niño se volvió hacia él y le sonrió de oreja a oreja; sus dientes reflejaron el sol.

—Abacha don die! —gritó en respuesta—. Abacha don die!

Salió disparado entre dos coches, evitó por los pelos que lo atropellase un okada y se perdió entre la muchedumbre creciente.

Chika volvió a meter la cabeza en el coche y esbozó una sonrisa vacilante.

—Gracias a Dios —murmuró, y Vivek, que se había dormido con la cabeza apoyada en el asiento, se despertó y miró amodorrado a su alrededor. El sudor le había humedecido el pelo de la nuca. También le había oscurecido el cuello de la camiseta y la tela bajo las axilas.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Abacha ha muerto —respondió su padre, y se metió de un volantazo en el carril de al lado para colarse delante de un autobús. El conductor gritó y le dedicó gestos groseros.

—¿Y ahora qué va a pasar?

—Es un nuevo día para Nigeria. Un nuevo día —Chika sonrió a su hijo y le puso una mano en el hombro—. Para todos nosotros.

Quizá tenía razón y se trataba de un parto en cierto modo, pero Chika había olvidado que los partos llegan acompañados de sangre, y en el caso de su hijo, también de pérdida: días de vida y de muerte,

absolutamente entrelazados.

Unas semanas después del regreso de Vivek, ante la escalada de tensiones entre la policía y una patrulla urbana, se impuso el toque de queda en Ngwa a partir de las siete de la tarde. Vivek había estado dedicándose a dar largos paseos nocturnos. Cuando sus padres le advirtieron que tendría que dejar de pasear, perdió los estribos.

—¡Me tenéis metido en una jaula! —gritó—. ¿Os creéis que quiero pasar las noches encerrado en esta casa, como un prisionero? ¿Para eso me habéis traído?

Salió de casa como una exhalación y cuando cayó la noche se negó a volver. Se subió a la plumeria del jardín trasero y se quedó allí acurrucado, entre las anchas ramas.

—Que se quede ahí —dijo Chika, asqueado—. Que se caiga y se rompa el cuello. Onye ara.

Entró dando un portazo y no permitió que Kavita saliera a pedirle a Vivek que volviera a casa.

—¿Para qué le suplicas? ¡Que se quede allí a dormir con las gallinas, he dicho!

Por la mañana, Vivek estaba acribillado a picaduras de mosquito y tenía una cagada de gallina, de color blanco amarillento, en el hombro. Una vez Chika se hubo marchado a trabajar, Kavita calentó agua para que el muchacho se diera un baño. No sabía qué decirle, así que no dijo nada. Mientras Vivek se bañaba, llamó a Rhatha y la invitó a visitarlos con sus hijas.

—Le vendrá bien al niño tener compañía un poco más de su edad —dijo Kavita. Rhatha llevó su especialidad: cupcakes, decoradas con libélulas de azúcar posadas sobre el glaseado.

Somto y Olunne llegaron vestidas a juego: vaqueros con diseños florales y estridentes blusas de poliéster con mangas acampanadas. Olían a chicle y llevaban el pelo recogido en tirantes colas de caballo.

—¡Pero cuánto habéis crecido! —exclamó Kavita mientras las recibía con un abrazo—. Seguro que Vivek ni os reconoce. ¿Cuántos años hace que no lo veis, chicas? ¿Cuatro? ¿Cinco?

Somto se sacudió una miga inexistente de la blusa verde y sonrió a Kavita.

—Seis o siete, más bien, aunty. Desde antes de que nos fuéramos al internado.

—Ah, sí, sí, es verdad. Bueno, pasad. Un momento, que llamo a Vivek.

—No te preocupes, ya nos acordamos de dónde está su habitación —dijo Somto—. ¿Podemos ir a darle unas cupcakes? —primero miró a su madre y después a Kavita, como pidiéndole permiso. Olunne abrió los ojos como platos al oír a su hermana pedir permiso para estar a

solas con un chico en su habitación, pero se recobró rápido y sonrió a Kavita; una muestra de dientes tímida y fugaz.

Kavita y Rhatha intercambiaron miradas; acto seguido, sonrieron también.

—Al fondo del pasillo —dijo Kavita. Las miró marcharse al trote con las cupcakes en una bandeja cubierta.

—Qué simpáticas —observó.

Rhatha le quitó importancia con un gesto de la mano.

—Bah, lo que pasa es que se han enterado de que Vivek ahora tiene el pelo larguísimo y querían verlo en persona. Creo que están un poco celosas.

Kavita pestañeó.

—¿De su pelo?

—No te haces una idea, querida. Están obsesionadas con esos anuncios de Sunsilk y se pasan el día discutiendo sobre cuál es la que tiene el pelo más largo. Es ridículo.

—Ah, es verdad. Tuvieron que cortarse el pelo para ir al colegio, ¿verdad?

—Sí, pero ni que las hubiera matado —Rhatha despachó el tema con un gesto de la mano y se sentó junto a Kavita con expresión solícita—. Pero cuéntame, querida: ¿tú cómo estás? Lo de Vivek debe de tenerte muerta de preocupación.

Kavita reprimió un suspiro. Rhatha era un poco chismosa; siempre se iba de la lengua con las vidas de los demás. Si no fuera una de las pocas que aún tenían hijos en casa, tal vez ni la habría invitado. Se preguntaba qué rumores habría oído Rhatha.

—Vivek está fenomenal —respondió—. Es solo que queríamos que se tomase un descanso de los estudios, como no se encontraba bien…

Rhatha se reclinó en el sofá y contempló a Kavita.

—Pues Eloise estaba en la vidriería el otro día, cuando Vivek fue a buscar a Chika, y dijo que parecía hecho polvo. Ha debido de ser grave para que le hicierais dejar los estudios.

Kavita frunció el ceño.

—¿Qué hacía Eloise allí?

—Fue a recoger unas esculturas. Ya sabes que montaron ese programa hace poco con artistas de la ciudad, para el ala de pediatría de su clínica. Las piezas son bastante feas, en mi opinión: unos jarrones horrorosos y cosas así. Chika le estaba sosteniendo uno. ¿No te dijo nada?

—Ah, ya me acuerdo —mintió Kavita—. La escultura, claro.

—Yo que tú llevaría a Vivek al hospital universitario, si le hace falta una analítica. Eloise está allí varios días a la semana.

—Ya lo sé. Pero está bien, de verdad. Solo necesita tiempo.

Siempre ha sido sensible, desde niño.

Rhatha asintió sabiamente.

—Son los nervios. Con los sensibles siempre hay que andar atenta. Se agotan con nada, y lo último que quieres es que le dé un ataque de nervios.

—Exacto —convino Kavita—. Es mejor que se tome un descanso ahora, antes de que acabe dándole un colapso en la universidad.

Sabía que cabía la posibilidad de que Rhatha fuera por ahí contándole a todo el mundo que Vivek estaba al borde de un ataque de nervios, pero mejor eso que admitir que el ataque ya se había producido.

—Pensaba que la academia militar lo habría curtido un poco —comentó Rhatha.

—Esa esperanza tenía Chika cuando lo mandó allí —contestó Kavita, incapaz de eliminar el rencor de su voz. Las otras Nigerwives conocían bien la historia: se había desahogado con ellas hacía años, cuando Chika tomó la decisión pese a las objeciones de Kavita, quien insistía en que el muchacho era demasiado joven para irse a vivir tan lejos.

Para su sorpresa, las Nigerwives se habían puesto de parte de él.

—Tienes que permitirle que eduque a su hijo como él quiere —dijeron—. Nosotras sobreprotegemos a nuestros hijos porque este no es nuestro país, pero Chika sabe lo que hace. Confiaste en él lo bastante para quedarte aquí, en lugar de volver a tu país, ¿no? Pues confíale a tu hijo.

Así lo hizo. Y, sin embargo, cada vez que llegaban las vacaciones, esperaba con el pecho encogido hasta que tenía a su hijo de nuevo en sus brazos, a salvo y bronceado por el sol inclemente.

—¿Es verdad que allá hace tanto calor que puedes preparar garri directamente con el agua del grifo? —le preguntó una de las primeras veces que volvió a casa por vacaciones.

Vivek se rio.

—Sí, amma. Es Jos. Allí pueden cultivarse fresas.

La había preocupado que se metiesen con él por ser igbo, pero Osinachi, su vecina, se había reído al oírlo.

—Si parece hausa —dijo—. O fulani, incluso. No va a tener ningún problema. Ese niño ni siquiera entiende igbo bien.

Osinachi era arquitecta; su marido trabajaba en Kuwait. Había perdido a su primogénito en un accidente de tráfico hacía años, y el hijo que le quedaba, Tobechukwu, se había vuelto —en palabras de Osinachi— un poco gamberro, un alborotador.

—¿Kavita? —la mente de Kavita había empezado a divagar; la voz de Rhatha la trajo de vuelta.

—Disculpa —dijo.

—Digo que quizá lo de mandarlo a la academia militar no fuera tan buena idea. Quizá tuvo que reprimir su sensibilidad natural, y por eso ahora se le está descontrolando.

Kavita a duras penas logró evitar poner los ojos en blanco.

—¿Qué tal tus hijas? —preguntó en cambio, y Rhatha dio comienzo al pavoneo. Solo había una cosa que le gustara más que husmear en la vida de los demás: hablar de sus dos tesoros. Se embarcó en un monólogo entusiasmado sobre sus hijas. Las vacaciones les estaban sentando de maravilla, estaban explorando sus facetas artísticas, la habilidad de Somto para la natación rayaba en lo extraordinario. Kavita sonreía y movía la cabeza arriba y abajo, desconectando de casi todo lo que decía Rhatha. Tomaron té y galletas, y al cabo de un par de horas las chicas salieron de la habitación de Vivek con una bandeja aún repleta de cupcakes.

—Deberíamos haber preparado otra cosa —dijo Olunne—. Se me había olvidado que no le gustan.

—¿No va a salir? —preguntó Kavita, haciendo ademán de levantarse.

—No, aunty —contestó Somto—. Se ha cansado mucho y ha dicho que va a dormir un rato. Pero nos lo hemos pasado bien. Gracias.

Luego dejó las cupcakes en una mesa auxiliar. Las madres estaban esperando a que dijeran algo más acerca de Vivek, pero era como si se hubiera dado un cambio de lealtades, firmado pactos invisibles entre esas cuatro paredes, y Somto y Olunne hubieran salido de allí con los secretos de Vivek metidos en la goma de las coletas. Era evidente que no tenían intención de dar parte, así que todas pasaron un rato incómodo en el salón hasta que Rhatha se llevó a las chicas a casa.

Aquella noche Vivek salió de su cuarto para cenar. La tensión a la mesa era palpable. Chika masticaba el rabo de ternera entre agresivos crujidos. Kavita oía el repicar de sus cubiertos contra el plato.

—¿Qué tal lo has pasado con tus amigas en casa? —preguntó a Vivek.

Él levantó la vista de la comida con la expresión más serena que Kavita le había visto desde que volviera.

—Ha estado bien —contestó—. Gracias por invitarlas.

Su voz sonó educada y sin emoción. Chika lo miró fugazmente, sorprendido. Tras la cena, Vivek se excusó, lavó los platos y fue a acostarse.

—¿Y ahora qué le pasa a este? —preguntó Chika.

—Creo que simplemente necesitaba amigos —dijo Kavita—. No puede pasarse la vida aislado, no le hace bien.

—¿Pero esas niñas no son mucho más jóvenes que él?

—Solo tres o cuatro años, Chika, no es para tanto. Siempre jugaban con él de niñas.

—Ya no son precisamente niñas —observó, desplegando un periódico. Kavita le dio un cachete en el brazo.

—Cállate. Es un buen chico.

No le preguntó por la visita que le había hecho Eloise en la vidriería. No le importaba.

—De todas formas, yo sigo pensando que deberíamos llevárnoslo al pueblo este fin de semana —dijo Chika—. Lo he hablado con Mary. Osita también estará.

—¡Ah, estupendo! Hace muchísimo que no lo veo.

Así fue como se llevaron a Vivek a la casa del pueblo. Kavita le peinó el cabello y, a su regreso a Ngwa, Vivek comenzó a salir cada vez más para ir a casa de Somto y Olunne. Si llegado el toque de queda aún no había vuelto a casa, pasaba la noche donde Rhatha sin mayor problema. A sus padres no les parecía mal; sabían que allí no corría peligro, y al muchacho parecía irle mejor, así que estaban encantados.

Un día, Kavita llamó a casa de Rhatha para preguntar por Vivek.

—No está aquí —dijo Rhatha con su voz aguda y cantarina.

Kavita sintió un pánico afilado que le atravesaba el pecho.

—¿Cómo que no está? Si no ha llegado a casa aún.

—Ah, no. No le pasa nada. Es que están donde Maja.

Kavita frunció el ceño.

—¿De verdad? ¿Cómo así?

Rhatha hizo una pausa.

—¿No ves que tienen una hija de su edad, querida?

—Ay, Dios. Claro, es verdad. Es que… no sabía que era amiga suya.

—Creo que la niña no les caía muy bien cuando eran más pequeños… Juju, se llama, ¿verdad? Bueno. Pues ahora no se despegan ni con agua caliente —Kavita casi podía oír como Rhatha se encogía de hombros al otro lado de la línea—. Los críos y sus manías. ¡Como para entenderlos!

Kavita rio e intentó colgar lo más rápido posible para llamar a su amiga.

Maja respondió al teléfono casi al instante.

—Sí, han estado viniendo aquí últimamente —le contó a Kavita mientras se desenrollaba las medias blancas, con el teléfono sujeto entre la oreja y el hombro—. Las hijas de Rhatha, Vivek, incluso Elizabeth, la hija de Ruby. Se meten en el cuarto de Juju a ver películas, poner música… y lo que sea que hagan ahí dentro.

—Qué raro que estén tan unidos de repente —dijo Kavita. Maja rio.

—A mí me hace gracia. Es igual que cuando eran pequeños.

—¿Y no crees que estarán haciendo… ya sabes, otras cosas?

Maja hizo una pausa mientras se desabrochaba el cierre de la falda del uniforme.

—¿De verdad, Kavita? ¿Como qué?

—¡Yo qué sé! Pues fumar. ¿O beber?

Maja exhaló. Intentaba tener paciencia con Kavita, de verdad que sí, porque claramente Vivek estaba pasando por alguna especie de crisis, pero esto ya sí que no.

—Vamos, que piensas que nuestras hijas podrían estar haciendo de todo en nuestras propias casas y ninguna nos íbamos a enterar. Porque así de descuidadas somos con las niñas, ¿no?

—Ah, no, eso no es lo que quería decir.

—Kavita, para ya de ser tan neurótica, por el amor de Dios. Están perfectamente. Están de vacaciones, y además no salen de casa, con todo el wahala que hay ahora por la calle. ¿Te has enterado del asalto de Ezekiel Street?

—¿Qué? ¿Ha habido un asalto?

—Sí, antes de ayer. En la clínica que hay en esa calle. Dicen que ha sido un atraco a mano armada.

—¿En la revuelta del otro día?

—Mm-hmm. Rompieron el letrero eléctrico, alguien que le tiró una piedra, y por la noche los atracadores volvieron y asaltaron la clínica.

—Cielo santo. ¿Qué iban a querer robar en una clínica?

—Vete a saber. Se creen que hay un montón de mujeres estériles que pagan barbaridades porque están desesperadas por tener hijos. No sé por qué pensarían que iba a haber dinero allí. Si al final casi todos los pacientes acaban debiendo dinero a los médicos —hizo una pausa. Después, bajando la voz, continuó—: He oído que violaron a algunas de las enfermeras.

—Dios mío, Maja.

—Me lo estaba contando Ruby antes. Estoy harta de este país, Kavita. De tanta brutalidad por todas partes. Me estoy planteando coger a Juju y largarme de aquí.

—¿No decías que Charles os había escondido los pasaportes?

Maja se encogió de hombros, aunque Kavita no la veía, y empezó a desabrocharse la camisa.

—¿Y qué? Ya los encontraré. O puedo ir a la embajada y poner una queja. ¿Por qué iba a quedarme aquí, después de como me ha tratado Charles? Me tragaré mi orgullo y pediré ayuda a mis padres.

—¿Volverás a Filipinas?

—Qué se yo —Maja se apoyó contra la pared con la camisa abierta. Estaba sola en el dormitorio que era suyo y de Charles. Ambos le habían dicho a Juju que su padre estaba de viaje de negocios, y así era: estaba gestionándolo todo desde un hotel de Onitsha. Maja no sabía con certeza si se había llevado consigo a su otra familia. Con voz desanimada, añadió—: ¿A qué otro sitio íbamos a ir?

—Lo siento muchísimo, Maja —dijo Kavita. En el fondo, sabía que Maja no abandonaría a Charles. Le tenía demasiado miedo, estaba demasiado enamorada, era demasiado testaruda para admitir que su matrimonio no era tal y como les insistía a sus padres que era. Y para colmo, Charles lo sabía. Había pasado años metiéndole a Maja en la cabeza que nunca se las arreglaría ella sola con Juju, que lo necesitaban, que su hija necesitaba un padre.

—¿Y adónde vas a ir? —le había dicho Charles—. Sabes de sobra la clase de deshonra que supondrá para tu familia que no tengas un marido. Te conviene quedarte aquí y hacer un esfuerzo, adaptarte a nuestras costumbres. Espero un buen recibimiento por tu parte cuando llegue mi segunda esposa. Muestra algo de dignidad y no me avergüences. A Juju le vendrá bien tener un hermano pequeño en casa —cuando Maja intentó llevarle la contraria, Charles esbozó una sonrisa paciente y le retorció la muñeca hasta amoratarla—. Voy a darte un tiempo. Yo creo que una familia debería vivir toda bajo el mismo techo. ¿Queda claro? Pero te daré un tiempo.

Maja habría querido ser como Tammy, cuyo marido había hecho lo mismo, tomar una segunda mujer, salvo por el hecho de que Tammy ya le había dado hijos varones. Aquel hombre pensó que, como era rico y su mujer e hijos vivían en una casa espléndida rodeada de magníficos terrenos, Tammy lo dejaría pasar. Pero no: un buen día el marido volvió a casa y se la encontró sin cosas y sin hijos. Tammy se los llevó de vuelta a Escocia y ese fue el fin de la historia. Ni siquiera levantó la voz una sola vez. Las otras Nigerwives contaban la historia con orgullo, pero Maja sabía que la suya no terminaría así. Charles ya le había advertido que dondequiera que fuera, él la encontraría, de modo que si lo que quería era fugarse, más valía que dejara a su hija donde estaba. Maja no llegaba a entender por qué Juju significaba a la vez tanto y tan poco para él. Como si fuera de su propiedad.

—Tengo que dejarte —dijo a Kavita—. Tengo que ponerme a hacer la cena para todas estas invitadas.

—Mándalas para sus casas —rio Kavita—. Como si no les dieran de comer donde viven.

—No son ninguna molestia. Me gusta tenerlas aquí. Se están convirtiendo en unas jóvenes encantadoras.

—Y estoy segura de que Vivek se lo está pasando estupendamente

con ellas —añadió Kavita. Una parte de ella tenía la esperanza de que Vivek fuera como los demás chicos, que al final resultase estar haciendo algo con las chicas a puerta cerrada. No podía concebir la alternativa.

—¿Sabes? A veces se me olvida que no es una chica más —dijo Maja.

Kavita apretó los labios y mantuvo el fastidio a raya al responder.

—Claro, con ese pelo. Te dejo que vayas a ocuparte de ellos.

Y colgó. Eso solo lo dice porque está celosa, pensó. Porque su marido le está destrozando la vida. Porque no tiene un hijo varón.

Entretanto, en su oficina de Agbai Road, Chika miraba a Eloise apoyarse para ponerse en pie con la cara roja y sofocada. Esta se pasó una mano por la boca, sonriente. A Chika lo desconcertaba e irritaba aquella sonrisa, de una afabilidad ausente, la misma que pondría si estuvieran a la mesa de la comida y acabara de pasarle la sal. Chika se la volvió a meter en los pantalones y se subió la cremallera, mirando como Eloise se ajustaba la blusa para cubrirse los pechos.

—¿Crees que Kavita sabe algo? —preguntó, echándole una miradita traviesa.

—Eres amiga suya —espetó—. ¿Qué crees tú?

Eloise sacó un cepillo del bolso y se miró en el reflejo de una vitrina para recomponerse el peinado. Minutos antes, Chika había estado aferrando ese mismo pelo, revolviéndolo.

—Creía que quizás Rhatha le habría dicho algo, como me topé con ella el otro día…

Chika negó con la cabeza.

—Kavita no me ha dicho nada.

Eloise se detuvo.

—Pues qué raro. Estoy segura de que Rhatha se lo habrá contado. ¿Por qué crees que no te ha sacado el tema?

—No me interesa —dijo. Lo único que le interesaba ahora era echar a Eloise de su oficina. De todas las Nigerwives, era la que peor le caía, por lo estridente y afectada que era en las fiestas, por esa cara insulsa que tenía, por el simple hecho de que estuviera haciendo esto con él. A las otras ni se les ocurriría. No tiene moral, pensó Chika; a saber qué más habría estado haciendo delante de las narices de su marido, ahora que no le quedaban hijos en casa para mantenerla ocupada. Se odiaba un poco por estar haciéndolo con ella, pero Kavita estaba tan angustiada por Vivek que su hijo era lo único de lo que quería hablar, día y noche. Siempre obligaba a Chika a corroborar sus teorías sobre lo que le pasaba a Vivek y cómo podía curarse, le hablaba al oído sin parar y después lo rechazaba con una mano

cuando Chika intentaba tocarla. Solo le faltaba meter al chico directamente en su cama de matrimonio. Vivek era su hijo y Chika lo quería, pero Kavita se estaba pasando. Su matrimonio se caía a pedazos y lo único que Kavita alcanzaba a ver era su hijo.

Y así se había colado Eloise en esta historia. En ausencia del médico de la empresa, esta había ofrecido servicios de consultoría para la fábrica de Chika. Él la invitó a comer y ella llevó un trozo de tarta casera. De repente se sorprendió besando esos labios delgados y ella le dejó hacer; después la inclinó sobre el escritorio como si todo fuera un sueño, mirándose a sí mismo mientras se hundía en ella, mirando las ondulaciones que se formaban en aquellas grandes nalgas pálidas con cada una de sus embestidas, tapándole la boca con una mano para impedir que hiciera ruido. Solo necesitaba desahogarse un poco, se dijo aquella noche en casa, mientras su mujer seguía con su perorata a su lado de la cama, aún tan bella como aquella rosaleda. Chika alargó las manos hacia ella, buscando borrar el recuerdo de aquella tarde, pero Kavita se las apartó a manotazos.

—¿Estás escuchando algo de lo que te digo? —dijo—. Sigo pensando que el niño no come lo suficiente. Se dedica a mover la comida por el plato, como si no me fuera a dar cuenta…

Chika se dejó caer boca arriba y esperó a que las palabras de Kavita se fueran desaguando a su alrededor. Unos días más tarde, cuando Eloise le llevó unas galletas de mantequilla, cerró la puerta de la oficina y lo hizo otra vez.

Sus compañeros de trabajo fingieron no darse cuenta de lo que sucedía. A Chika le gustaba que Eloise ni siquiera se molestase en fingir que le importaba su vida familiar. Nunca mencionaba a Vivek. Se limitaba a llevarle lo que hubiera horneado aquel día, después se desabrochaba la blusa o se subía la falda o abría la boca o todas las anteriores. No esperaba ni ternura ni charla, y Chika lo agradeció porque no tenía ninguna de las dos para ofrecerle. De hecho, le gustaba ser brusco con ella, ver la sangre concentrarse azulada bajo su piel al azotarla, mandarla a casa con pequeñas marcas y casi con ganas de que su marido se enterase.

Se preguntó si Kavita se daría cuenta si volviera un día con cardenales en el cuello. Cuantas más vueltas le daba, más se enfurecía. Empezó a pedir a Eloise que se pasara por la oficina, a verse con ella en hoteles, una vez incluso en casa de ella, cuando su marido estaba en el trabajo. Aquella vez, sin embargo, resultó ser demasiado para él, con las fotos de sus hijos en las estanterías y la colonia de aquel hombre en el aire. Se la folló en el salón, usó su vestido para limpiarse y se marchó.

Después de hablar por teléfono con Kavita, Maja sirvió la cena a

los niños y mandó a Vivek acompañar a Somto y Olunne a la calle principal para que pudieran volver a casa antes del toque de queda. Las chicas cogieron un okada y se marcharon, volviéndose para despedirse con la mano. Vivek también las despidió; después dejó caer el brazo. Sabía que debería volver a casa, pero el aire era límpido y la noche fresca, y decidió dar un paseo.

Hizo un alto en un kiosco cerca del lugar donde se congregaban los conductores de okada y se gastó diez naira en dos paquetes de galletas Speedy. Se guardó uno en el bolsillo. Cogió el otro, rasgó el envoltorio y se metió las galletas en la boca con un crujido. Después continuó su paseo arrastrando las chanclas ante las miradas fugaces de algunas personas. El cabello ondulado ya le caía por debajo de la nuca, hasta la espalda, pero los pantalones y la camiseta los llevaba limpios y sin agujeros, así que tenía un aspecto más o menos normal.

Pasó al lado del nuevo Mr Bigg's que habían abierto hacía solo un mes, ahora abarrotado de gente que compraba pasteles de carne y hojaldres de salchicha. Sentada junto a la ventana había una chica con sombra de ojos azul claro y brillo de labios. Tenía un helado en la mano: era de máquina, el chocolate y la vainilla se mezclaban en una espiral terminada en punta. Lo lamía con singular concentración, y Vivek se preguntó por qué estaría sola. Luego dejó atrás aquel edificio y los bancos que lo sucedían hasta llegar al supermercado. Se metió el paquete de galletas en el bolsillo y entró. Tenía que comprar barquillos Nasco para reponer los de chocolate que Juju se había terminado cuando estuvo en su casa la semana anterior. Quizá esta vez escogería los de fresa o vainilla, que a Juju no le gustaban tanto. Así los dejaría en paz.

Vivek deambuló por los pasillos, repletos a ambos lados de productos apilados hasta arriba, cartones que llegaban al techo. Había paquetes de alubias, hileras de pescado seco, cajas de cereales, sacos de arroz. Vivek cogió los barquillos en la sección de galletas, junto a las Digestive y las Rich Tea. Estaba sacando el dinero de debajo de las galletas que tenía en el bolsillo cuando escuchó barullo fuera, gente levantando la voz, gritos. Al alzar la vista, vio algunas personas pasar corriendo por delante de la tienda; otras se habían parado en la puerta a mirar hacia el origen de los ruidos.

Vivek le dio las gracias a la cajera y cogió el paquete de barquillos; después salió y miró a lo lejos. Una pequeña multitud se había reunido en la carretera unas manzanas más allá, demasiado lejos para distinguir qué estaba pasando exactamente. La chica del Mr Bigg's pasó por su lado a toda prisa; la sombra de ojos le brillaba sobre la expresión asustada.

—¡Espera! ¿Qué ha pasado? —preguntó, cortándole el paso.

Ella lo miró con impaciencia.

—Dicen que han pillado a un ladrón. Se lo van a llevar al cruce.

Un niño pasó corriendo junto a ellos con un neumático en la mano —parecía pesar lo mismo que él—, gritando de entusiasmo, sacudiendo el cuerpo con cada tirón del peso que arrastraba. Tras él iba otro niño con un pequeño bidón en cada mano. No tenían tapón, y Vivek notó el olor penetrante de la gasolina cuando el líquido saltó de su interior y salpicó el suelo. La chica paró un okada y apartó a Vivek de un empujón para subirse. La moto se alejó rugiendo en dirección contraria a la bulla y la muchedumbre y ella no miró atrás.

Vivek se quedó contemplando la escena con la adrenalina recorriéndole el cuerpo. No sabía a qué estaba esperando exactamente. A medida que la multitud se acercaba, la calle se despejaba de mirones, que se metían trastabillando en tiendas cercanas para quitarse de en medio. Vivek no se movió de donde estaba. Tenía la sensación de que las cosas se le estaban escurriendo. La cajera del supermercado se asomó por la puerta.

—¡Pụọ n'ụzọ, amigo! —gritó, indicándole con gestos que se apartase.

Vivek no la oyó. La gente había invadido la carretera, y los conductores, impacientes, tomaban desvíos. Un taxi se detuvo a la altura de Vivek haciendo chirriar los frenos y de él salió un joven, que propinó a Vivek una fuerte colleja antes de agarrarlo y tirar de él hacia el taxi. Vivek se tambaleó.

—¿Tobechukwu?

El hijo de sus vecinos lo fulminó con la mirada.

—Calla y métete en el coche. Pedazo de idiota —metió a Vivek de un empujón en el asiento de atrás y se subió tras él. Cerró de un portazo—. Oya, dey go! —gritó al conductor, y el coche se puso en marcha. Vivek se giró para mirar por el parabrisas trasero. Tobechukwu le pegó en el brazo—. ¡Mira al frente!

Vivek se lo quedó mirando.

—¿Qué estás haciendo?

Fueron dejando la turba atrás. Tobechukwu se chupó los dientes ruidosamente, alargando el sonido para dejar patente su desprecio. De su mandíbula tensa sobresalían algunos mechones de barba. El taxi los dejó de vuelta en su calle, donde Tobechukwu echó a Vivek del coche. Pagó al taxista y, cuando Vivek trató de darle las gracias, Tobechukwu le echó una mirada asesina.

—Vuelve a casa con tu madre —contestó— y no vayas a contarle lo imbécil que has sido hoy.

Tobechukwu se metió en su recinto. La cancela se cerró tras él con un golpe metálico.

Vivek se quedó ahí parado unos minutos, frente a la cancela,

imaginando lo que le podría haber ocurrido si se lo hubiera tragado la multitud. ¿Habría corrido con ellos hasta el cruce, solo por descubrir lo que se sentía al ser parte de un todo? O, si alguien se hubiera dado cuenta enseguida de lo que era Vivek —una pieza que no encajaba con nada—, ¿lo habrían echado de la carretera, quizá arrojado a una cuneta de un empujón? ¿Por qué Tobechukwu había parado a recogerlo? Apenas se dirigían la palabra desde los tiempos de sus peleas en secundaria, aun después de todos los años que habían pasado haciéndose mayores con solo una valla de por medio.

Vivek deslizó la mano entre los barrotes de la cancela de su recinto y maniobró con el candado del cerrojo interior. Sus padres estaban en el dormitorio cuando entró en casa.

—¿Vivek? ¿Beta, eres tú? —gritó Kavita.

—Sí, amma —respondió.

—¿No ha pasado ya el toque de queda? —dijo su padre, levantando la vista del libro que estaba leyendo.

Vivek miró el reloj.

—Solo hace cinco minutos —contestó Vivek a voces.

—Hay comida en la cocina —dijo su madre. Bajando el tono, dijo a Chika—: Por lo menos ya está en casa y no le ha pasado nada.

—Hasta que le pase —replicó Chika.

Su esposa le dio una palmadita en el brazo.

—Relájate —le dijo.

Kavita se puso el camisón. Después, junto a su marido, escuchó atentamente los sonidos apagados de Vivek moviéndose por la cocina, sus pisadas de camino a su cuarto, el chasquido de la puerta.

Fuera, una columna de humo se elevaba desde el cruce, pero se la tragó la noche.

DOCE

VIVEK

Fueron las chicas las que me sacaron. No creo que se lo propusieran. Yo sabía que lo de venir a visitarme era idea de mi madre; fue una de las pocas veces que un plan suyo funcionó.

Me estaba ahogando. No muy rápido, no lo bastante para dejarme llevar por el pánico. Era un hundimiento lento e inexorable, como cuando ya sabes dónde vas a ir a parar, y por eso dejas de resistirte y esperas a que todo termine. Había buscado formas de escaparme —dormir fuera o intentar absorber la vitalidad de otras cosas, la revoltosa luminosidad de los perros, el aire que soplaba en la copa de la plumeria—, pero nada había surtido verdadero efecto. Por eso estaba a punto de rendirme: lo había decidido. Pero aquella tarde, Somto y Olunne irrumpieron en mi habitación y me desbarataron todo el plan.

Primero llamaron a la puerta, pero no hice caso. Entonces volvieron a llamar y oí el aleteo de una conversación fugaz antes de que una de ellas girase el pomo y abriera la puerta. Sería Somto: siempre era la que tomaba las decisiones, porque era la mayor y no le tenía miedo a nada. Cuando entraron me incorporé justo a tiempo para ver como Olunne cerraba la puerta con una leve disculpa dibujada en la expresión. Había corrido las cortinas, pero Somto encendió la luz de todos modos. Me miró. Ahí estaba yo, sin camiseta y con los pantalones del pijama, en la cama, en plena tarde.

—A ver —dijo, e inclinó la cabeza para retirarse la coleta detrás de los hombros—. ¿A ti qué te pasa?

Su hermana le dio un codazo, pero Somto la ignoró.

La intrusión de la luz me hizo pestañear.

—Muchas cosas —dije.

—Eso ya lo veo —dijo Somto con una mueca. Luego dejó las cupcakes en mi escritorio y se dejó caer en mi cama—. Tienes muy mala pinta.

Retrocedí y arrugué la expresión. Se estaban tomando demasiadas libertades, entrando así en mi cuarto y sentándose en mi cama como si

me conocieran. Lo que hubiera pasado hacía toda una infancia no las convertía de repente en mis amigas; ni siquiera nos habíamos visto desde que terminamos secundaria. Olunne miró fugazmente a su hermana antes de sentarse en la cama conmigo.

—Pues a mí me pareces una monada —dijo. Aquello me sorprendió lo bastante para borrarme el ceño de un plumazo.

—¿Qué?

Olunne alargó la mano y me tiró del pelo con delicadeza, lo justo para tensarlo y dejar que volviera a su forma original. Luego rozó con los dedos el Ganesh de plata que llevaba al cuello.

—He dicho que me pareces una monada. Tienes un pelo precioso. Has perdido mucho peso; por eso dice Somto que tienes mala pinta. Pero no es para tanto.

Miré a una hermana y luego a la otra.

—Tienes que estar hasta las narices de que hablen de ti —añadió Olunne.

—Todo el mundo está hablando de ti —dijo su hermana—. Dicen que estás mal de la cabeza.

—Y aquí estáis, metiéndoos en mi habitación para hablar del tema —dije con brusquedad.

Somto se encogió de hombros.

—Yo creo que está pasando algo más interesante. ¿Por qué no venir y preguntártelo directamente?

—No es asunto vuestro —dije. No entendía por qué su amabilidad me estaba volviendo tan susceptible.

Olunne me puso una mano sobre la rodilla.

—No le hagas caso. No tienes por qué contarnos nada si no quieres. Solo hemos pensado que a lo mejor, si te apeteciera hablar, estaría bien que fuera con alguien que quiere escuchar. Escuchar de verdad. No como esa gente a la que le gusta decir que te está escuchando.

Somto le dio la razón con una carcajada.

He de admitir que me pillaron por sorpresa. La soledad es una emoción a la que llegas a acostumbrarte, y cuando eso ocurre cuesta creer que exista una alternativa mejor. Además, era verdad que Somto y Olunne habían sido mis amigas, aunque fuera hacía años, cuando éramos más simples y nuestras vidas también. Y ahora me estaban tratando mejor de lo que nadie se había molestado en tratarme durante mucho tiempo. Intenté relajarme.

—¿Son cupcakes? —pregunté, señalándolas, y Olunne sonrió y saltó de la cama para ir a por la bandeja. Cogí una, le retiré el envoltorio y le di un mordisco, más por educación que por otra cosa. Efectivamente, estaba empalagosa, como todas las cupcakes de aunty

Rhatha—. Madre mía —dije con una mueca.

Somto pasó un dedo por el glaseado de otra cupcake y lo lamió.

—No te la tienes que terminar —dijo—. Mi madre sigue sin saber echarles una cantidad normal de azúcar.

Dejé la cupcake en la bandeja y negué con la cabeza.

—Ya empiezo a notar como se me pudren los dientes.

Olunne se inclinó hacia la bandeja, le quitó la libélula de azúcar a mi cupcake y se la metió en la boca. Así fue como nos redescubrimos mutuamente, en el encierro de un cuarto bañado de luz amarillenta: dos hadas de chicle llegadas para sacarme a rastras de mi cueva con varitas dulzonas en las manos. No sé hasta dónde habría llegado a hundirme si no hubiera sido por ellas. Ojalá les hubiera dicho muchas más veces cuánto significó aquello para mí.

Ojalá también le hubiera dicho a Tobechukwu que a menudo pensaba en aquella vez que intervino para echarme una mano. De niños nos peleábamos mucho, pero no era nada del otro mundo: yo me pegaba con casi todos por mi delgadez, que me impedía zafarme de cierta sospecha de delicadeza que por algún motivo volvía agresivos a los chicos. Hay quienes no pueden tener suavidad delante sin querer dañarla. Pero tras mi regreso, tras dejarme el pelo largo, Tobechukwu no reaccionó como los demás chicos del barrio; es decir, insultándome y a veces arrojándome botellas vacías para echarse unas risas y verme bailar en un intento por evitar el chaparrón de cristales rotos. No podía ser porque fuéramos vecinos, ni porque a nuestras madres les gustara quedar para tomar el té. Aunty Osinachi siempre venía a casa, traía unas galletas, se quedaba tres cuartos de hora charlando y luego se marchaba, pero eso no impidió que Tobechukwu y yo nos peleáramos en secundaria.

No entendía sus motivos. Hasta una noche, cuando apareció por las dependencias del servicio. Yo estaba fumando en el rellano. Tobechukwu se sentó junto a mí.

—Huele desde el otro lado de la valla —dijo, y alargó la mano. Le pasé el porro y observé como le daba una calada larga y crepitante. Me lo devolvió mientras exhalaba. El humo salió en finas volutas de su boca.

—Es la primera vez que te pasas por aquí —comenté, y Tobechukwu asintió en silencio. Pasamos un rato allí sentados, sin decir nada, hasta que me volví hacia él.

—¿Por qué? —pregunté. No sabía exactamente a lo que me refería. ¿Por qué estaba allí? ¿Por qué me había ayudado aquel día? ¿Por qué no había venido antes? No sabía qué pregunta estaba haciendo ni cuál interpretó él. Pero no respondió: simplemente se dio la vuelta y me contempló mientras yo inspiraba otra bocanada de aire ahumado,

exhalaba y le pasaba el porro otra vez.

Tobechukwu se puso de pie, se colocó frente a mí e inhaló con la cabeza inclinada hacia atrás. La luz de la luna le bañaba la garganta. Noté el olor a sal reseca de su sudor. Me devolvió el porro y mis dedos rozaron los suyos. La hierba hacía que me zumbara la cabeza. Me echó el humo en la cara con suavidad, mirándome sin expresión, con cautela. Me di cuenta de lo cerca que estaba de mí, de la proximidad de sus muslos bajo los pantalones cortos, de las caderas que empujaba sutilmente hacia delante. Me sonreí y dejé el porro apoyado sobre la tapa de una lata de leche que había estado usando de cenicero. El hambre irradiaba de igual manera en todos lados, pensé: punzante y sonora, aun sin palabras de por medio. No me importó.

Tobechukwu no me lo impidió cuando llevé las manos a la cintura de sus pantalones y se los desabroché, dejándole el cinturón puesto. Todo lo contrario: ajustó las piernas un poco para que yo pudiera sacársela, pesada y larga contra la palma de mi mano, blanda y lisa. Levanté la vista hacia él y vi que me observaba con una curiosidad tranquila, de brazos caídos. Me recordó a los chicos mayores del internado, convencidos de que lo correcto era que yo les proporcionara placer, una certeza tan sólida que nada de lo que hacían lograba turbar aquello que creían firmemente ser: chicos imposibles de romper, chicos que rompían a otros chicos y salían intactos del proceso. La diferencia era que Tobechukwu tenía un aire indiferente, no amenazador. Si me levantara para irme, sabía que no me detendría. Pero yo no me quería ir. Esperó. Su pulso me palpitaba a lo largo de la palma de la mano. No cerró los ojos hasta que me la llevé a la boca; entonces me deslizó la mano hasta la nuca. Sus dedos me acariciaban el pelo, enredándose en él. Ese era el porqué: le atraía mi apariencia, había venido a comprobar si no se equivocaba con respecto a mí, y había dado en el clavo. Hundí los dedos detrás de sus muslos y él me tiró del pelo, con un gruñido suave que le nació del fondo de la garganta al deslizarse hasta el fondo de la mía. Era como sentir a un desconocido. Era perfecto.

Al cabo de unos minutos se apartó, llevándose un hilo de saliva que partía de mis dientes. Aún no se le había puesto dura. Vi como se la guardaba y se subía la cremallera, para después alargar la mano, coger la colilla del porro y darle una última calada antes de apagarlo contra el hormigón.

—Gracias —dijo, y se fue como si no hubiera pasado nada. Me fijé en su espalda, y de golpe volvía a estar a solas en las dependencias del servicio, con el sabor de su piel aún en la mejilla, la luna en lo alto y el deseo reverberando en mis oquedades. Me reí. No podía evitarlo; no había nada más que pudiera hacer. Todo había dejado de tener sentido hacía mucho tiempo. Me tumbé boca arriba contra el

hormigón y me dejé devorar por los mosquitos en un millar de pequeños chupetones, presa de una terrible soledad. Al menos, pensé, ahora estábamos en paz.

TRECE

OSITA

Mi madre se dio por vencida con De Chika y su familia. Estaba segura de que a Vivek lo había poseído algo que se los llevaría a todos ellos por delante y, si se lo permitíamos, a nosotros también.

—Ya le he dicho a Kavita que tiene que volver a traer al chico para la liberación, pero no me hace caso —su voz condenatoria resonaba estridente—. Ahí se quedan.

Fue duro de ver, aquella forma de amputar el amor que les tenía. Cuando finalmente me decidí a visitarlos, me resultó fácil no decirle nada a mi madre. No estaba seguro de mi decisión; habían pasado meses desde que estuviéramos todos juntos en la casa del pueblo, y yo no había vuelto a hablar con ellos desde entonces. Aun así, aunty Kavita no pareció sorprendida de verme al abrir la puerta trasera de su casa.

—Vivek no está —dijo, abrazándome.

Le di un beso en la mejilla.

—¿Ah, no? —me lo había imaginado encerrado en su habitación, haciéndose el recluso.

—Seguramente esté en casa de Maja, con Juju —tita Kavita olía a limoncillo y a curry. Se secó las manos en la falda y me sonrió—. Te acuerdas de su casa, ¿no?

—Claro —contesté—. Guárdame algo de ese curry, que en casa no me dan de comer.

Su risa salió flotando por la mosquitera, que se cerró suavemente.

Era el comienzo de la estación seca; el aire estaba limpio y cristalino de camino a casa de Juju. La verja de aunty Maja tenía el cerrojo abierto, así que la empujé, atravesé el jardín hasta la puerta principal y llamé al timbre.

Juju abrió la puerta. Me la quedé mirando. Se había trenzado el pelo y los extremos pendían sobre sus hombros descubiertos, rozando el vestido rosa que llevaba puesto. No se parecía en nada a la niña larguirucha y antipática que había conocido de niño. Ahora distinguía destellos de su madre en sus facciones, ocultas en la miel oscura y

transparente de su piel.

—Hola —dije.

Se me quedó mirando.

—¿Qué haces aquí?

—¿Eso es todo? —bromeé—. ¿Ni un «hola»? —hacía años que no nos veíamos. Juju sonrió y me besó en la mejilla, pero fue una sonrisa a medias y un beso desganado.

—No te esperaba, eso es todo.

—Nsogbu adịghị —rocé su mejilla con la mía, devolviéndole el saludo—. Solo estoy buscando a Vivek.

Juju blindó su expresión.

—Ah. Pues la verdad…

Alcé una mano antes de que tuviera que inventarse algo.

—Solo quiero verlo, Juju. Es mi primo.

Exhaló con fuerza y me miró fijamente.

—Tengo que preguntar —dijo—. Espera aquí.

La puerta se cerró tras ella y me quedé ahí plantado, en el porche, contemplando las flores de la planta de rabo de gato de su madre. Un nudo prieto de ansiedad me subió por entre los hombros. Me había esforzado muchísimo por no pensar en la razón por la que estaba allí, por la que quería ver a Vivek. La conocía perfectamente, pero admitirlo era más de lo que podía soportar. Tenía que seguir fingiendo; de lo contrario daría media vuelta, desandaría el camino flanqueado de hibiscos, saldría por la cancela, me metería en el coche y me iría a Owerri para no volver. Así que conté los rabos de gato para evitar darme a la fuga. Llevaba quince contados cuando Juju abrió la puerta.

—Dice que vale —me dijo, y se hizo a un lado para dejarme pasar.

—Pero a ti no te parece bien —dije, observando su cara.

Al principio Juju no contestó, limitándose a conducirme a una de las habitaciones del piso de arriba. Al llegar a la puerta, sin embargo, se detuvo.

—No sé ni por qué quiere verte después de las cosas que le dijiste en el pueblo. Pero si dice que no pasa nada, pues no pasa nada.

Se me calentó la cara de vergüenza.

—¿Te lo ha contado?

La mirada de Juju no flaqueó.

—Pues sí. Y ahora está distinto, Osita. Muy distinto. Así que ten cuidado. Si has venido a decirle algo parecido a lo que le dijiste la última vez, es mejor que te vayas a casa ya, ịnụkwa?

—No voy a decir nada de eso, te lo juro. Solamente… necesito verlo. Quiero saber si está bien.

Juju se hizo a un lado sin dejar de vigilarme. Cuando giré el pomo de la puerta me puso una mano en el brazo.

—Te lo pido por favor. No le agobies.

—Lo he entendido. No voy a hacer nada —abrí la puerta y la cerré tras de mí. Juju siguió merodeando al otro lado cuando la madera encajó en el marco con un chasquido.

Vivek estaba de pie junto a la ventana, apoyado contra la pared. Tenía los dedos curvados delicadamente alrededor de uno de los barrotes de protección. Cogí una bocanada repentina de aire. Mi corazón latía con fuerza contra su membrana. Mi primo había perdido aún más peso y el pelo ya le llegaba a la cintura. Le miré las muñecas, los tobillos delgados, el caftán blanco que llevaba puesto. Vivek volvió la cabeza al oírme entrar, y vi al mismo tiempo el color amoratado de sus ojeras y el rojo suave de un lápiz de labios que le teñía la boca. No se movió.

—Osita —dijo, y su voz era una oleada de recuerdos, mi más viejo amigo. Me dolía el pecho de verlo. Parecía que se estaba muriendo.

—Juju me ha avisado de que estabas diferente —dije.

Vivek sonrió.

—Tengo peor aspecto, ya lo sé. No te preocupes. No he estado muy bien de salud. Pero ya me estoy recuperando.

—Bueno. ¿Y… el pintalabios? —no tenía sentido hacer como si no lo viera. Levantó un hombro y luego lo dejó caer, indiferente. Me estaba observando con curiosidad, como si quisiera ver mi reacción—. Sabes que con eso pareces…

Vivek rio.

—¿Qué parezco, bhai? ¿Maricón? ¿Una mujer?

Deseché sus palabras con una mano, avergonzado.

—No, no. No era eso lo que quería decir. Iba a decir que pareces diferente, nada más —ni siquiera yo tenía claro si mentía. No tenía claro lo que pensaba. Mi primo se cruzó de brazos y sonrió sin alegría, lo cual me molestó—. Venga, ni que fuera a mentirte.

—¿Qué tal esa novia tuya? —preguntó Vivek, retirándose el pelo detrás la oreja. Yo me encogí y él sonrió—. Ya sabes, la de Nsukka. Nunca llegaste a decirme cómo se llamaba.

Había algo en él que era distinto, algo que no tenía nada que ver con su aspecto físico. Era algo más insidioso, algo enroscado en sus ojos que yo no había visto nunca. Por primera vez tuve miedo en su presencia. No me daba la sensación de estar en una habitación con mi primo, lo más parecido a un hermano que jamás llegaría a tener, sino que era como si hubiera caído en la órbita de un desconocido, como si hubiera cruzado entre dos mundos de un traspié y ahora me encontrase en aquel lugar, sin aliento e inestable.

—La novia no existe —dije. Enfrentado a mi confusión, me di de bruces con la verdad.

Vivek levantó la barbilla con un leve triunfo en la mirada.

—Vale. ¿Qué tal sienta dejar de mentir?

Fruncí el ceño. Había un sedimento en su voz que no me gustaba.

—¿Estás enfadado conmigo? —le pregunté.

Vivek resopló y apartó la mirada; después fue hasta la cama y se sentó. Sus pies descalzos tocaban la alfombra estampada.

—No sé. Puede —Vivek alzó las manos y las dejó caer sobre las sábanas—. Pues mira, sí, joder —me miró y sus ojos eran dos agujeros abiertos en la cara—. Sí que lo estoy. Me abandonaste, ¿sabes? Te… deshiciste de mí.

Me vino un fogonazo de Vivek sentado en el rellano de las dependencias del servicio, lloroso, pidiéndome perdón, mientras yo me alejaba.

—Éramos niños —dije. Sonó gastado.

Mi primo se rio.

—Dejamos de ser niños hace mucho tiempo. Después de lo del pueblo tampoco supe pim de ti. Pensaba que después de aquello intentarías ponerte en contacto.

Se hizo un silencio pesado en la habitación. Vivek no me estaba echando nada en cara, no aún, pero yo empezaba a notarlo igualmente, como alfileres pinchándome la piel.

—No fue mi intención desaparecer sin más —dije, pero se me apagó la voz.

—Pues a mí me dio la impresión de que no querías verme. Pensé que igual te dio asco.

—Vivek…

—Por cómo hablabas, parecía que lo que te daba asco era yo —curvó una comisura de la boca—. Créeme: te conozco y sé lo que es. Ya lo he visto otras veces —la forma en que lo miré después del incidente con Elizabeth. Tenía razón: en aquella ocasión había sentido repugnancia, pero solo porque la perdí a ella.

—Lo siento —le dije—. Lo que pasó aquel día no fue culpa tuya. No podías controlar lo que te ocurría.

—Ya es tarde para esa disculpa —respondió Vivek—. ¿Para qué has venido? ¿Qué es lo que quieres?

Ahora me sentía avergonzado. No había venido a comprobar si estaba bien: había venido porque lo necesitaba, y solo ahora me daba cuenta de lo tremendamente egoísta que era por mi parte.

—Soy un idiota —dije en voz alta—. Tienes razón, no debería haber venido.

Hice ademán de marcharme, pero Vivek se levantó.

—Espera, espera. No he dicho eso. En serio, quiero saberlo. ¿Por qué has venido?

No me volví. Era más fácil contar la historia si no lo miraba, si me quedaba de cara a la pared y a la ventana, a los árboles de fuera.

—Es una tontería —dije, y me horroricé al notar que se me saltaban unas lágrimas bruscas—. Da igual.

—Osita —la voz de Vivek era una regla, plana y rígida—. Cuéntamelo.

Así que se lo conté con voz pequeña y temblorosa. Le conté lo del bar diminuto y oscuro en el que había estado aquel fin de semana, lo del joven universitario que se me acercó para besarme en una esquina llena de humo y yo me dejé, me dejé a pesar de que cualquiera podía vernos si miraban; dejé que su lengua se me metiera en la boca e incluso le devolví el beso antes de recobrar la cordura, apartarlo de un empujón y salir de allí. Le conté que el chico había intentado hablar conmigo al día siguiente, con la cara radiante y ansiosa, que sentí pánico al no saber lo que creía que yo podía darle, al no saber en qué clase de mundo se creía que vivíamos para hacer algo así y sentirse a salvo. Le conté que mentí cuando mencionó la noche anterior, que insistí en que no recordaba lo ocurrido, achacándolo a lo que fuera que bebimos. Que su expresión se desplomó, dolida, en una renovada soledad.

—Eres la única persona a la que se lo podía contar —le dije a Vivek, bajando la vista a mis manos—. Por eso he venido.

Vivek guardó silencio unos momentos. Finalmente, preguntó:

—¿Por qué necesitabas contárselo a alguien? ¿Por qué no lo has mantenido en secreto? ¿No es eso lo que hace todo el mundo?

Abrí la boca para responder antes de volver a cerrarla, pues no sabía cómo explicar esta cosa que el beso había exhumado dentro de mí y que hacía tanto ruido y no parecía tener ninguna intención de parar. Necesitaba hacer algo, darle espacio para desplegarse, y Vivek era el único lugar en el que sentía que podía hacerlo a salvo.

—¿O sea, que por eso has venido? —continuó—. ¿Porque te avergüenzas? ¿Porque no quieres ser así?

Dejé escapar una carcajada, aún de espaldas a él.

—¿Qué te puedo contestar a eso? ¿Quieres que me plante en tu cara y te diga que no quiero ser como tú?

La voz de Vivek se volvió gélida.

—¿Por qué no, si es la verdad? ¿A ti qué? Ya lo has dicho otras veces sin ningún problema.

Guardé silencio.

—¿Acaso tienes la mínima idea de cómo soy? —el desprecio sombreaba ahora su voz. Yo le repugnaba—. Mira, olvídalo. ¿A qué

has venido? ¿Eh? ¿A que haga que te sientas mejor contigo mismo? Encima de cómo me trataste, ¿quieres que vaya y te diga «Ay, Osita, no te preocupes, no tiene nada de malo ser así»? —su voz se acercó, pero yo mantuve los ojos fijos en la pared. Vivek me dio un empujón en mitad de la espalda—. ¿Para eso has venido? ¿Para que te lo arregle?

Me empujó de nuevo y me tambaleé hacia delante; me apoyé contra el cristal de la ventana para no caer. No podía rehuir a Vivek; no tenía a donde ir, así que me volví para enfrentarme a él. Mi primo estaba rabioso. Tenía la mirada brillante y endurecida, la boca tensa. Entendía su rabia: después de todas las cosas que le había dicho en el pueblo, debía sentir como una traición que viniera donde él a admitir que al final resultaba ser exactamente lo que había negado ser. Le había dado la patada para luego volver arrastrándome, pidiéndole que me recibiera. Pensé en recular, podía decirle que el chico del bar se había confundido, pero era demasiado tarde: los dos sabríamos que estaba mintiendo, y por mucho que Vivek me detestase por ello, yo me despreciaría aún más.

—No tienes vergüenza —escupió Vivek—. ¿Qué quieres de mí?

Hubo un tiempo que conocía la respuesta a esa pregunta. Lo único que quería era hablar con alguien que me entendiera, pero ahora, delante de Vivek y aquella fatiga que le cerraba la boca como un cepo, me sorprendí a mí mismo. Vi como mi mano le envolvía la muñeca y las huellas de mis dedos le marcaban la piel, y de pronto me abalancé y lo besé con tanta fuerza que mis dientes chocaron contra los suyos, justo como había querido hacer desde aquella vez que lo vi sentado en mi cama en casa de mis padres, cuando me desperté aquella noche con su pelo cubriéndome el brazo y su cuerpo pegado al mío. Las pupilas de Vivek se dilataron cuando le aferré la otra mano a la nuca. Me golpeó el pecho con la mano libre, intentando zafarse de mí, pero no podía soltarlo. No podíamos dejar de mirarnos, dos remolinos de pánico, hasta que retiró la cara de un movimiento brusco. Yo aún le sujetaba la nuca y la muñeca.

—¿Qué haces? ¿Qué haces?

Le temblaba la voz. Debería haberlo soltado. Debería haberlo soltado, pero no lo hice.

—No sé —estaba tan cerca que mi aliento le caía sobre la cara. No podía apartar la vista. Los ojos le titilaron, diseccionando el miedo contenido en los míos—. No sé.

Empezaba a asustarme mucho el umbral que acababa de cruzar. Le liberé la muñeca lentamente y deslicé los dedos por su oreja, por su pelo, hasta que tuve su cabeza descansando en ambas manos. Me sentía como si tuviera hormigas calientes correteándome bajo la piel, por todo el cuerpo. Intenté no pensar en lo humillado que estaba a

punto de sentirme, cuando Vivek se separase de mí, cuando me mirase con repugnancia renovada. Le sostuve la cabeza para que no se pudiera mover, todavía no —era más fuerte que él— y de nuevo bajé la boca hasta la suya. No sé por qué estaba haciendo algo así; nada de esto había sido mi intención, no lo había planeado.

Lo besé como si quisiera seducir a la incertidumbre y expulsarla, lenta y dulcemente, llenándome la boca de una súplica y vertiéndola en la suya. Vivek olía a hierba y a viento y a ropa secada al sol. Poco a poco noté que se relajaba y el alivio me arrolló. Su boca se ablandó bajo la mía y de pronto me estaba devolviendo el beso, con la mano como una flor caída contra mi pecho, ligera como un pétalo y temblorosa como movida por la brisa. Detuve el beso y le solté la cabeza al dejar caer las manos. Ya podía marcharse si quería. Era libre de salir de allí.

Vivek se quedó quieto con la mano aún sobre mi pecho y la respiración entrecortada. Tenía la cabeza gacha y los rizos negros le caían sobre el escote bordado del caftán, recortados sobre el hilo de plata. Parecía estar pensando, así que bajé la vista para mirarlo, inmóvil, a la espera de su decisión. Dejé la mente decididamente en blanco hasta que solo quedó él, pues sabía que, en cuanto me pusiera a pensar de nuevo, lo que acababa de hacer podía volverme loco.

Pasaron unos instantes. Vivek no decía nada; sus pensamientos corrían un curso invisible demasiado alejado de mí. Me mentalicé para lo que estaba a punto de hacer. Después deslicé la mano derecha por la parte delantera de sus pantalones. Mis dedos rozaron tela tirante. Vivek, sin aliento, alzó los ojos hacia mí, atónito. Me tranquilizó encontrármelo tan preparado, saber que no era solo cosa mía. Vivek susurró mi nombre y lo miré fijamente, sin moverme. Con la mano izquierda acerqué la palma de su mano hacia mí; la apreté contra mis vaqueros para que sintiera lo duro que estaba, cómo me dolía. Mi primo se estremeció y se apoyó en mí, en mi mano, pegado a mí, y todo mi cuerpo se convirtió en un aullido excitado.

—¿Ves? —susurré. No tenía ni idea de a qué me refería, quizá simplemente al deseo, pero asintió como si tuviera sentido.

—Vale —dijo, y se apartó—. Vale.

Vivek cruzó la habitación y se cubrió la cara con las manos, arrastrando la piel hacia abajo.

—¿Podemos tumbarnos un minuto? Necesito tumbarme —siguió.

—Claro —intenté que mi voz sonara calmada.

—Vale. Gracias —se tendió en la cama boca arriba y se cubrió los ojos con los antebrazos. Dudé antes de tumbarme junto a él. Fijé la vista en el techo. A mi lado, lo oía respirar en bocanadas largas y calculadas. Estaba intentando calmarse.

—¿Esto está pasando? —preguntó.

Sabía exactamente a qué se refería. Era como si hubiéramos dejado atrás todo lo que conocíamos y nos hubiéramos adentrado en un lugar completamente diferente, como si hubiéramos cruzado un umbral y lo que acababa de suceder, fuera lo que fuera, solo pudiera suceder a este lado.

—Sí y no —contesté. Mi voz sonó dubitativa—. Lo que tú quieras.

Vivek giró la cabeza y se descubrió los ojos para mirarme.

—¿Has hecho esto alguna vez?

Casi me reí. Estábamos a años luz de aquellos tiempos en los que él era el virgen y yo el que le tomaba el pelo. Ahora me sentía como si estuviera empezando de cero, como si no supiera nada.

—No —admití—. Nunca. ¿Tú?

Su mirada no flaqueó.

—Sí.

Me sorprendió sentir una punzada.

—Ah. Vale.

Vivek se volvió sobre un costado y me apoyó la mano en la mejilla para volver mi cara hacia él.

—¿Estás celoso? —parecía divertido.

—Que te den —le dije, y se rio de mí.

—Estás celoso —canturreó. Me besó y me levantó la camisa para tocarme el estómago. Después bajó hasta mis vaqueros—. No te pongas celoso —susurró mientras sus dedos me dejaban al descubierto. Mi cuerpo se curvó hacia el techo; Vivek bajó la cabeza hasta que su pelo fue una sombra que se extendía sobre mis caderas.

Morí en su boca.

Eran el terror y placer más nítidos que había sentido nunca. ¿Cómo era posible que el chico que una vez me partió un diente fuera el mismo cuya mejilla se apretaba ahora contra mi ombligo? Notaba la vergüenza como una sombra dentro del pecho, pero era vaga, insignificante. Me daba igual. Me daba todo igual. Lo haría otra vez, lo haría todo, por él, siempre por él. Me aferré a su cabeza y me corrí con un grito; todo mi cuerpo era un alambre desnudo. Vivek se incorporó de nuevo y me envolvió con sus brazos. Yo no podía dejar de temblar.

—Oye, oye —estrechó su abrazo—. Osita, no pasa nada. No pasa nada. Respira.

Tenía los dedos aferrados a la tela de su caftán. Era como si cada músculo de mi cuerpo estuviera bloqueado. Vivek tocó su frente con la mía; el tacto de su piel era fresco.

—Bhai —susurró—. Relájate.

Por algún motivo quise pegarle en aquel momento. No alcanzaba a

distinguir si me estaba consolando o reduciendo, pero era más fuerte de lo que me había esperado. Apenas podía moverme en su abrazo. Qué tonto había sido al dar por hecho que era yo el que lo retenía, el fuerte. Vivek no se había soltado de mis manos porque no quería, no porque yo lo estuviera obligando. Qué tonto había sido, punto. Forcejeé un poco, pero no quiso liberarme.

—Desahógate —me ordenó, y al momento sentí que se me retorcía la garganta, atragantada de sonidos—. Estoy aquí. No pasa nada. Desahógate, bhai.

Tenía la cara apretada contra su pecho. Cuando el grito logró escapar de mi boca, se hundió contra su cuerpo, que amortiguó el volumen. Estaba sollozando —sollozos ridículos, humillantes—, y Vivek me apoyó la boca en la coronilla, murmurando:

—Estás a salvo. Solo estoy yo. Solo estamos tú y yo.

Nos quedamos así, tumbados uno junto al otro, hasta que se me escurrieron todas las lágrimas que tenía, hasta que ambos nos quedamos dormidos, empapados uno en la sal del otro.

CATORCE

VIVEK

De no haber querido a Osita ya de antes, aquella noche me habría bastado para quererle. Por venir a buscarme, por hacerme entrar en razón con un beso. Por hacerse trizas, por confiarme su secreto.

Aquella noche, más tarde, desperté y me lo encontré besándome el cuello con parsimonia. Fue delicado al levantarme puñados blancos de caftán, al tocarme con manos mojadas de saliva, al entrar en mí. Cualquiera diría que era mi primera vez, y no la suya.

Las sábanas se agitaban suavemente bajo nuestro peso en movimiento. Volví la cabeza hacia atrás para mirarlo.

—Oye, que no me voy a romper.

Osita se mecía despacio dentro de mí.

—Ya lo sé.

—Lo digo en serio —me costaba pensar cuando me rodeaba tanta de su piel—. No tienes por qué ir con tanto cuidado.

Osita empujó más y más adentro, un glorioso centímetro más hondo cada vez, y gemí.

—Ya lo sé —dijo con voz áspera—. Por ahora confórmate con esto.

Sé lo que dicen de los hombres que dejan que los penetren otros hombres. Cosas horribles, palabras horribles. Dicen que son mujeres, como si eso fuera algo horrible también.

Llevaba oyéndolo decir desde secundaria. Sabía en qué me convertía lo de aquella noche: en algo inferior a un hombre. Algo repugnante, débil y vergonzoso. Pero si aquel placer tenía que cortarme el acceso a la hombría, que así fuera. Todo para ellos. Que me dieran la luz cegadora de su tacto, la paz dichosa de tenerlo tan cerca, que yo dejaría de ser un hombre.

De todas formas, nunca había sido tal cosa.

QUINCE

Juju no supo nada de su medio hermano hasta que un día lo vio con sus propios ojos.

Se había hecho todo el viaje hasta la oficina de correos, que quedaba a dos autobuses de casa y estaba a rebosar de gente gracias a los puestos de pescado de la otra acera. Maja había advertido a Juju que nunca cogiera un okada por allí —la gente conducía como loca, era un peligro—, así que, tras bajarse del bus, recorrió a pie el resto del trayecto hasta la oficina de correos, esquivando motos a toda velocidad y rodeando de puntillas el borde de cunetas malolientes. El aire olía a agua de mar estancada.

Juju se dirigía a intercambiar algunos de sus libros y ver si encontraba alguno para Elizabeth en el mercadillo de segunda mano que montaban todos los sábados en la oficina de correos. «Mira a ver si tienen algún Pacesetter», le había dicho Elizabeth. Hacía poco que estaban saliendo juntas, a escondidas de sus padres, y Juju había empezado a sentirse culpable por no estar del todo presente. Estaba casi segura de que su padre tenía una aventura y que tanto él como su madre se lo estaban ocultando, cosa que no tenía ningún sentido porque el secreto era demasiado grande, demasiado chillón. Su madre se pasaba los días cuchicheando al teléfono y luego gritándole a su padre cuando creían que estaba dormida. Juju oía la voz de su padre que rasgaba la noche y, entonces, el ruido sordo y reconocible de sus manos golpeando a su madre. Al final su padre acabó por irse, cosa que la sorprendió —era casi como si estuviera dejando ganar a su madre, pero Juju lo conocía demasiado bien y sabía que debía tratarse de otra cosa—. Sin embargo, se alegró de que se marchara, del aire calmado de su casa, de poder moverse con un poco más de libertad. Pero entre su nueva relación y lo de Vivek, Juju había estado distraída. Era la primera vez que salía con una chica, y era fácil, en cierto modo, centrar la atención en otras cosas antes que en Elizabeth y en los aterradores sentimientos que Juju albergaba por ella. En cualquier caso, quería conseguirle esos libros. Al menos podía hacerle ese favor, ya que era su novia.

Estaba hojeando los cinco volúmenes de Pacesetter que había

logrado encontrar, triunfante, cuando de pronto, al alzar la vista un momento, vio a su padre. Recogió los libros a toda prisa y, con el pánico, se le cayó uno de los ejemplares en un aleteo de páginas. Charles estaba parado junto a una mujer pequeña, de caderas anchas y extensiones caoba, y tenía agarrado de la mano a un niño de unos cinco o seis años. El niño guardaba tal parecido con Charles que Juju lo supo inmediatamente: lo que tenía delante era la otra familia de su padre. Retrocedió para fundirse con la multitud que la rodeaba y desapareció. Se suponía que había ido a Onitsha, pensó, por trabajo. Y sin embargo allí estaba, en su propia ciudad, con esa mujer y ese niño pequeño.

Primero pensó en correr a casa y contárselo a su madre. Ya empezaba a abrirse paso a empujones entre el gentío, hacia la parada de autobús, cuando una sensación de mareo le golpeó el estómago: su madre ya lo sabía. Con razón su padre se había ido. Tenía otra familia al completo con la que volver y ni siquiera necesitaba abandonar la ciudad para ello. Juju se volvió para mirar a su padre y vio que la mujer levantaba la vista para sonreírle. Los dientes le brillaban como en un anuncio de Colgate. Aquella felicidad reluciente le dio ganas de coger una piedra y estampársela a la mujer en la cara.

Justo el otro día, pegada a la puerta del baño, había visto a su madre llorar sin hacer ruido mientras se sacaba una muela descolorida de la boca con unos pequeños alicates. Maja tenía la mandíbula hinchada desde hacía tiempo; le había dicho a Juju que era por una infección, lo cual era cierto, pero también era porque había discutido con Charles. Cubría los moratones con maquillaje.

—Mama, ¿por qué no vas al dentista? —le había preguntado Juju, encogiéndose al ver el diente caer con un repiqueteo en el lavabo.

Su madre hizo gárgaras con agua oxigenada y escupió un remolino de espuma y sangre.

—Para que te vea uno bueno hay que viajar. A veces, al extranjero.

—¿Y por qué no viajas?

Los ojos de Maja centellearon con la ira que normalmente escondía de su hija.

—¿Por qué no se lo preguntas a tu padre? ¡Y le dices que se me están pudriendo los dientes dentro de la boca!

Salió del baño empujando a Juju a un lado y se metió en su habitación dando un portazo y dejando a su hija temblando tras ella.

Ahora, observando a su padre en el mercado, Juju sintió una oleada de repulsión tan intensa que le dieron ganas de doblarse sobre la alcantarilla y vomitar todo lo que había comido aquel día. Quería matarlo; quizá lo hiciera, si volvía a poner un pie en casa. Le echaría veneno en la sopa, o algo así. No podía ser tan difícil, y nadie podría

decirle que no se lo merecía, teniendo en cuenta el corazón roto de su madre, su muela sanguinolenta tirada en el lavabo.

Juju se fue a casa y lanzó los libros a un rincón de su cuarto, después se metió en la cama y se quedó escuchando el pulso galopante que la recorría. Estaba demasiado enfadada para llorar y era demasiado joven para salvar a su madre y llevársela lejos de este país y del hombre que la había atrapado en él. Se cubrió la cara con la almohada y chilló contra ella, y ahí fue cuando empezaron los sollozos, amplios e intensos, que solo remitieron cuando cayó dormida, exhausta por el llanto.

La despertó el sonido apagado de alguien que llamaba a la puerta en el piso de abajo, elevándose por las escaleras en un hilo insistente. Juju gruñó, salió rodando de la cama y bajó a abrir la puerta. Era Vivek, vestido con unos vaqueros y una camiseta verde cubierta por delante de mariposas. Tenía la palabra Filipinas bordada en cursiva en la parte inferior. Juju reconocía la camiseta: su madre se la había dado a Vivek después de que el padre de Juju se negase a ponérsela. («Estamos en Nigeria. A nadie le interesa tu país.»)

Vivek pasó por su lado y entró. Alguien le había trenzado el pelo, que le caía suspendido como una serpiente entre los omóplatos.

—¿Estabas dormida? —preguntó—. Aún es de día.

Juju cerró la puerta tras él.

—Me he echado una siesta.

Sentía la cabeza abotargada. Vivek subió trotando por las escaleras a la habitación con ella detrás, que lo miró dar un giro y aterrizar en su cama.

—Vaya —dijo—, sí que tienes energía hoy.

Vivek la miró de arriba abajo.

—No como otras —replicó—. ¿Te preocupa algo?

Juju negó con la cabeza. El dolor era aún demasiado personal, la información era demasiado reciente. Juju quería conservarla, ahuecar las manos para sostenerla un rato más antes de abrir los dedos y revelarla. Se sentó en la cama junto a Vivek y se desplomó boca arriba, fijando la vista en el techo.

—¿Crees que soy mala novia? —preguntó.

Vivek se volvió hacia ella. Tumbado, la miraba sosteniéndose la cabeza sobre una mano.

—¿Con Elizabeth? ¿Por qué piensas eso?

—No sé —Juju retorció entre los dedos el extremo de una de sus trenzas—. No sé si lo estoy haciendo bien —nada de aquello había formado parte de sus planes; no se había pasado la adolescencia colada por Elizabeth, como Osita. Juju se había resistido a hacerse

amiga de los hijos de las Nigerwives, pues no creía en las comunidades prefabricadas: no se puede juntar a un grupo de personas y esperar que se conviertan en una verdadera red de apoyo simplemente por tener un par de cosas en común. Quizá sus madres hubieran sido capaces, pero eso era porque habían formado una organización propiamente dicha. Eso no quería decir que sus hijos tuvieran que seguirles la corriente.

Pero entonces Vivek volvió de la uni, Somto y Olunne aparecieron para echarle un cable, y cuando se lo trajeron con ellas a casa de Juju, ella se coló por él, por así decirlo. No como se colaría por Elizabeth más tarde, pero Vivek y Juju habían conectado al instante. Encajaban en el mundo solitario del otro. Fue evidente para todo el mundo; ni siquiera a Somto y Olunne les molestó ver lo rápido que intimaron, quizá porque, al ser hermanas, siempre habían sabido lo que era tener una mejor amiga. Para Juju era algo nuevo; para Vivek, una oportunidad de amortiguar parte del daño que le causaba la ausencia de Osita. Pero ahora Osita había vuelto y Juju tenía a Elizabeth. Aún no se podía creer que fueran novias, precipitadas una en la vida de la otra gracias a las Nigerwives, que al parecer nunca se hartaban de encasquetarse a sus hijos mutuamente.

Maja y Ruby, claro está, no habían pretendido que sus hijas se enamorasen, ni sabían tampoco nada del tema. Su única intención había sido experimentar con mermeladas. Tenían toda una lista para preparar: guayaba, mango, pawpaw. Quizá incluso de naranja. Maja había involucrado a Juju al comprar un saco de grandes guayabas verdes —de las que le gustaban a su hija, crujientes y blancas por dentro—. Pero entonces Ruby había sugerido que quizá saldría mejor con las otras, las pequeñas y blandas de carne rosa o amarilla, de modo que Maja había enviado a Juju a casa de Ruby a recoger una bolsa de esas. «Vamos a probar de las dos maneras y a ver cuál sale mejor.»

Juju puso caras, pero quería a su madre y era divertido experimentar con mermelada, así que fue. Ese fue el día que volvió a encontrarse con Elizabeth, y lo que Juju siempre recordaba era el calor. Cómo aplastaba el aire, húmedo e insistente, cómo se abría camino por la piel hasta hacerte sentir como si te ardieran los huesos. Juju cogió un autobús casi lleno y se sentó en el asiento plegable del conductor. La piel de los muslos se le pegaba al vinilo desgarrado de la funda del asiento. El conductor iba de cuclillas junto a la puerta abierta, agarrado a la carrocería del autobús, que avanzaba por la carretera entre chisporroteos. Juju se inclinó para apartarse de la mujer sentada junto a ella, que hedía a pescado seco y sudor. El calor estaba cocinando la peste, intensificándola hasta volverla casi asfixiante. Juju llegó a casa de aunty Ruby abanicándose con el borde

de la camiseta para intentar crear algo de brisa contra su piel. Al no estar echado el cerrojo de la cancela, se adentró en el recinto y se encaminó directamente a la parte de atrás. La puerta estaba abierta, pero habían cerrado la mosquitera con pestillo.

—¡Hola! —dijo en voz alta, pasándose la mano por la frente—. ¿Hay alguien?

Unas pisadas se acercaron por el pasillo; entonces apareció Elizabeth, borrosa tras la malla verde de la mosquitera. Llevaba unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas, y estaba más alta que nunca. Juju esperó con una sonrisa educada a que Elizabeth quitara el pestillo.

—Buenas tardes —dijo, encogida por lo formal que había sonado —. Soy la hija de aunty Maja…

Elizabeth se la quedó mirando un momento, inexpresiva, y Juju le devolvió la mirada. Recordaba su cara, pero en aquel entonces Elizabeth había sido una cría larguirucha de piel oscura con trenzas de hilo y vestidos cursis. Ahora llevaba el pelo rapado y Juju se sorprendió mirando sin disimulo toda aquella piel que iba del cuero cabelludo a los brazos y las piernas, pasando incluso por la suave curva del escote que la camiseta no llegaba a cubrir del todo. No llevaba sujetador. Juju se ruborizó.

—Ah, aunty Maja —dijo Elizabeth al fin, después de una eternidad de mirarse en silencio. Tenía la voz grave y dulce—. Tú eres Juju. Pasa —se hizo a un lado para dejarle sitio y Juju trató de franquear el umbral, pero era imposible hacerlo sin rozar a Elizabeth, que no se movió. Se limitó a sonreír y ver como Juju se apretujaba para pasar—. Encantada.

Juju se preguntó si era una nota de diversión lo que percibía en su voz.

—Igualmente —dijo.

Elizabeth volvió a echar el pestillo y la llevó hasta la cocina.

—¿Quieres beber algo?

A Juju le dio la sensación de que la pregunta llegaba desde muy lejos. Había estado contemplando sus piernas, el bulto suave de sus gemelos, los puntos blandos detrás de sus rodillas, y apenas prestó atención a lo que le estaba diciendo. Llevaba un tiempo mirando a las chicas de esa manera, interesada en la textura de su piel, pero siempre temía que la pillaran y le vieran la mente por dentro, esos rincones donde ni siquiera Juju se atrevía a mirar. Así que esquivó los ojos de Elizabeth, por si acaso veía las ganas que tenía de ponerle la boca en la base del cuello. Miró arriba, abajo, a los azulejos de la cocina, a cualquier parte salvo a la chica alta y preciosa que tenía delante. Tiempo después, cuando ya habían empezado a salir, Elizabeth le

contó que era lo más adorable que había visto en su vida. Juju esperaba recoger las guayabas y marcharse acto seguido, pero se sorprendió diciendo que sí a ese vaso de agua y entonces se pusieron a hablar y pasaron unas cuantas horas hasta que al fin salió con la fruta de allí.

La siguiente vez que se vieron fue cuando Elizabeth fue a casa de Juju con frascos de mermelada para Maja, que insistió en que Juju la invitase a su habitación, creyendo que así se harían amigas.

Elizabeth besó a Juju por primera vez aquel día, aprisa, cuando ya se marchaba.

—No tengas tanto miedo —le dijo—. Tú también me gustas.

Y eso fue todo: así fue como Juju se echó novia.

—A mí me parece que tratas a Elizabeth estupendamente —decía Vivek. Tenía los largos brazos y piernas extendidos sobre la cama de Juju—. ¿Crees que lo estás haciendo mal?

Juju rodó y se tumbó también para mirarlo de frente.

—No se lo cuento todo —dijo.

Vivek la miró, y sus ojos eran dos lagunas oscuras y amables, suspendidas bajo largas pestañas.

—No se lo contamos todo a nadie —dijo con suavidad.

Estaban tumbados tan cerca que Juju sentía el aliento de Vivek flotando sobre sus pómulos. De pronto el aire pareció estar lleno de secretos, como si una burbuja iridiscente los envolviera.

—¿Qué es lo que no me cuentas a mí? —susurró Juju para que la voz no atravesara la burbuja.

Vivek alargó una mano y le acarició una mejilla con el pulgar.

—A ti te lo cuento todo —dijo—. Es a otras personas a las que no.

—¿No se lo cuentas todo a Osita?

Vivek le miró la boca por un instante.

—No —respondió tras una pausa, arrastrando su mirada para posarla en la de ella—. Todo no.

Juju sintió una corriente cálida en la cara. Creía que Vivek ya había olvidado —casi pensaba que había sido un sueño— lo que ocurrió la mañana después de que Osita llegara a su casa buscando a Vivek. Juju había dado intimidad a los chicos, sin inmiscuirse, intentando no oír nada de lo que ocurría en la habitación al otro lado del pasillo. La mañana siguiente se había despertado temprano, preparado té y sentado junto a la ventana de su habitación a mirar los pájaros del jardín de su madre. En cuanto se entreabrió la puerta, supo que era Vivek. Este fue hasta la ventana y le plantó un beso en la cabeza antes de sentarse a su lado, enredando sus piernas con las de ella. Estaba sin camiseta y olía a sexo. Juju se inclinó hacia delante y

lo besó por primera vez, con la taza de té suspendida entre los dos, el aliento de Juju dulce y fresco por la menta. No estaba segura de si lo había pillado desprevenido, pero Vivek le devolvió el beso, y el sabor agrio de su aliento matutino les envolvió la lengua hasta que Vivek le puso fin y le dio un suave mordisco en la nariz. «Buenos días», dijo después, quitándole la taza y dándole un sorbo. Tenía el pelo oscuro alborotado. Miró por la ventana y el sol de la mañana le dio en la cara y Juju se preguntó por qué lo acababa de besar. Tal vez porque Vivek había sido suyo y se había dado cuenta de que ya no lo era, o quizá nunca lo había sido. Pero Vivek nunca mencionó aquel beso, y aun ahora, tendida junto a él, tampoco sabía con certeza si era eso lo que estaba insinuando o si simplemente eran imaginaciones suyas.

—¿Qué es lo que le ocultas a Elizabeth? —preguntó.

—No le cuento lo tuyo con Osita.

Vivek sonrió de lado, divertido.

—¿Por qué no?

—No es asunto suyo, y ya sabes cómo es cuando se trata de ti. —Elizabeth había tardado mucho tiempo en perdonar a Vivek por lo ocurrido con Osita hacía años en las dependencias del servicio. Juju tuvo que explicarle lo de las fugas una y otra vez, que Vivek no sabía lo que estaba pasando, que ni siquiera se acordaba—. Y de Osita. Es solo que… no acabo de confiar en que no se pusiera rara si se enterase de que sois…

—Amantes.

—Sí.

Vivek le observó la cara un momento.

—Pero es tu novia —dijo—. ¿No deberías confiar en ella?

Juju se tumbó boca arriba para no mirarlo.

—Vamos a cambiar de tema —dijo. Elizabeth y Juju no hablaban mucho de su relación. Eran novias, sí, ¿pero a quién se lo podían contar? Y, si no se lo contaban a otras personas, ¿eran novias de verdad o simplemente era algo que se decían a sí mismas? A veces a Juju le resultaba más fácil verse como las veían los demás: como amigas íntimas. Con el tiempo, la pregunta que se terminó haciendo fue si era obligatorio contarle a una amiga íntima lo de aquella mañana con Vivek. Solo fue un beso; no contaba, y por eso Juju no dijo nada.

—Vale —dijo Vivek. Juju notaba la mirada de él en su mejilla—. ¿Qué es lo que no me estás contando a mí?

Juju miró fijamente al techo hasta que las lágrimas le nublaron la visión.

—Mi padre está siendo infiel a mi madre.

—¿Qué? —Vivek se acercó un poco más a ella y le posó la mano

sobre las trenzas—. ¿Cómo lo sabes?

—Hace tiempo que discuten y se gritan. Y hoy lo he visto en el mercado con su… su otra familia, Vivek. Con una mujer y un niño pequeño —se le saltaron las lágrimas, que le recorrieron ambos lados de la cara hasta colarse por las orejas. Vivek se las enjugó un poco.

—Lo siento un montón —susurró—. Ven aquí.

Juju rodeó el cuello de Vivek con los brazos y sollozó contra su hombro.

—Me siento como una equivocación —dijo con voz amortiguada y espesa—. Mi padre siempre quiso un niño. Quizá si hubiera sido un niño no pegaría tanto a mama.

—Shh, no digas eso. No es verdad.

Juju intentó parar de llorar, pero no pudo.

—Nos odia —sollozó—. Nos ha reemplazado así, sin más, y no deja que mi madre se vuelva a su país y se le están cayendo los dientes y no deja de pegarle y yo no puedo hacer nada, Vivek, ¡no puedo hacer nada!

Unos nudos de dolor le obstruían la garganta y le atragantaban la voz. Vivek la estrechó aún más, susurrándole, uniendo el cuerpo de ella al suyo. Juju lloró en sus brazos durante horas, mientras fuera la tarde daba paso a la noche, la luz se iba apagando y el sol se ponía, y Vivek no dejó de abrazarla en ningún momento.

DIECISÉIS

A Ebenezer se le daba bien su trabajo.

Era vulcanizador desde hacía quince años; los que llevaba reparando neumáticos sin moverse del mismo cruce. Tenía manos rápidas y era cumplidor. Incluso los clientes que podrían haber acudido a un vulcanizador más cercano viajaban hasta Chief Michael Road solo para contratar sus servicios. Los muchachos de los okadas de la zona lo preferían a otros vulcanizadores porque nunca intentaba cobrarles de más; a veces, si habían tenido una temporada floja, les hacía reparaciones a crédito. Le llamaban Dede, y cuando sus competidores intentaban meterse con él, los chicos de los okadas intervenían y ya no se metían más.

Los conductores de okada eran una banda, como podía comprobar cualquiera que tirase a uno de ellos de la moto. Cuando eso ocurría, los chicos rodeaban el coche e impedían que el conductor se diera a la fuga, le destrozaban las ventanillas y le abollaban las puertas si lo creían conveniente. A Ebenezer le caían bien, pese a todo. Eran brutos y ruidosos, pero eran solo unos críos, y le recordaban a sus hermanos pequeños.

Su mujer, Chisom, era vendedora en el mercado de la misma calle. Tenía una tienda de telas y mercería. Llevaban seis años casados, pero no tenían hijos, algo que había empezado a ser un problema hacía un par de años. La familia de Ebenezer culpaba a Chisom; decían que era estéril o que alguien le había echado una maldición, que algo que había hecho le había taponado el vientre. Había sido de las que se las apañaban solas antes de casarse con Ebenezer, y por eso les caía mal.

—Ten cuidado con esa clase de mujeres —le había dicho uno de sus hermanos—. Un día empiezan a creerse que son hombres, y de la noche a la mañana intentan mandar en casa, como si fueras su sirviente.

Ebenezer no les hizo caso. Él quería una mujer con cabeza para los negocios, no una que se fuera a quedar sentada en casa día sí, día también esperando a que se lo dieran todo hecho. Además, a Chisom no le importaba la cicatriz que tenía en la cara; no lo encontraba feo. Alguien como Chisom se centraría en su negocio, eso seguro, porque

era exactamente lo que había hecho siempre. Y si (mejor dicho, cuando) tuvieran un hijo, Ebenezer estaba convencido de que Chisom se lo amarraría a la espalda, como las otras mujeres del mercado, y seguiría a lo suyo. Se vio formando una familia de buenos trabajadores, personas que se abrirían camino en la vida, pero el niño no llegaba y eso empezaba a obstaculizar la visión. Por todas partes veía paredes empapeladas de carteles y anuncios de planificación familiar que intentaban convencer a la gente de aflojar el ritmo con lo de tener hijos, y ahí estaban ellos, incapaces de tener ni uno solo. Era humillante.

Una noche, en la cama, discutieron sobre el asunto. Chisom se hartó.

—Todas las veces me toca a mí ir al doctor. Ah-ahn! Estoy harta. Tú sef, ¿por qué no vas tú, a ver si el problema va a ser tuyo?

Ebenezer reculó, atónito. Antes de que pudiera replicar, Chisom se dio la vuelta y tiró de su wrapper para taparse y hacerse la dormida. Para cuando a Ebenezer, sentado en la cama, se le ocurrió una contestación, le pareció infantil despertarla, así que él también se durmió. Cuando unos días después le mencionó la conversación a uno de sus hermanos, este se rio.

—Shey te lo dije? Na así que te echa a ti la culpa por decir que tiene el vientre reseco. ¿Ves wetin you don start? En buena te has metido.

El hermano fue y se lo contó al resto de la familia, y entonces todo el mundo empezó a condenar a Chisom y decirle a Ebenezer que se había casado con una mujer que no valía para nada.

A raíz de aquello, Chisom dejó de hablarle y los dos empezaron a moverse por los mismos espacios como dos desconocidos. Ebenezer la echaba de menos, pero no se sentía en el deber de disculparse por hablar con su propia familia de sus problemas maritales. Por su parte, Chisom opinaba que, conociendo la opinión que tenían de ella, no estaba bien contarles eso y darles así más munición para cargar contra ella. En consecuencia, el silencio entre ellos fue creciendo, y Ebenezer era demasiado orgulloso como para romperlo.

Empezó a fijarse en otras mujeres. No a propósito, sino más bien por una curiosidad indolente que le hacía preguntarse el tipo de esposas que habrían sido, cómo sería estar casado con alguna de ellas, haber tenido hijos con ellas. Había una mujer abiriba que llevaba un pequeño puesto de comida en la esquina opuesta del cruce donde trabajaba. Todo el mundo la llamaba Mama Ben y preparaba el mejor guiso de alubias que Ebenezer había probado en su vida. Tenía como cuatro o cinco hijos, no estaba seguro, y aún era bonita: piel muy clara, una sonrisa agradable, y vestía bien. Ebenezer se preguntaba cómo sería ser su marido, tener todos esos hijos y una mujer que era

dueña de su propio negocio, justo lo que él siempre había querido.

Empezó a ir al puesto de comida de Mama Ben cada vez más. Se sentaba a la mesa redonda de plástico a la que habían calzado una pata con cartón para que no bailara. Ella siempre lo recibía con una sonrisa, como hacía con todos los clientes, y si bien era tentador pensar que la sonrisa que le dedicaba a él era distinta, especial, Ebenezer sabía que no era así. Pese a todo, le gustaba sentarse allí a beber Pepsi y charlar con los demás clientes de Mama Ben. Ella lo miraba como si no tuviera una cicatriz en la cara, y la única mujer que lo miraba así aparte de ella era Chisom. Ebenezer se quedaba en el puesto de comida hasta tarde, con un ojo puesto en la esquina de enfrente por si se pasaba algún cliente, y después volvía paseando a casa contento y lleno de buena voluntad. Una vez allí, ignoraba el silencio de su esposa y se iba a dormir con el recuerdo de la sonrisa de Mama Ben en la cabeza.

Una noche, cuando el resto de la clientela ya se había marchado, se ofreció a echarle una mano a Mama Ben con algo en la cocina, cosa que le dio una excusa para estar a solas con ella. Allí, en un rincón del fondo, la atiborró de tonterías acarameladas y ella dejó escapar una risita y él la besó en el cuello sudoroso. Sabía a sal. Aquella noche, alargó una mano palpando la oscuridad de su cama y tiró de la cadera de Chisom y ella se dejó, pero Ebenezer no pensó en ella en ningún momento. De hecho, solo con esfuerzo logró pronunciar su nombre una vez, y eso porque no conocía el nombre de pila de Mama Ben y, francamente, ¿qué otra cosa se podía gritar en la cama?

Chisom durmió tan apartada de él como pudo en aquel colchón, aun después de tener relaciones. A la mañana siguiente no le habló, y esta vez a Ebenezer le dio igual. Ni siquiera estaba pensando en Mama Ben. No: ahora la mujer que tenía en la cabeza era una vendedora de naranjas que había visto la semana pasada, de voz dulce y con un nyash que se le bamboleaba seductoramente por debajo del wrapper. Se le había aparecido en sueños, y él eso se lo tomaba como una señal. Sus caderas parecían las de alguien capaz de traer niños al mundo con facilidad. Ebenezer se había despertado del sueño con una erección. Pensó en ella mientras se tomaba un desayuno rápido de té y pan. La buscó de camino al trabajo y mientras atendía a su primer cliente del día, pero no la vio. El cliente en cuestión trabajaba en el Emerald Bank que estaba a la vuelta de la esquina. Embutido en una camisa de botones, no dejaba de sudar mientras charlaba con una compañera de trabajo a la que había ofrecido llevar en coche. La mujer, de corta estatura, llevaba el pelo recogido en unas gruesas cornrows y una falda de poliéster planchadísima.

—Sé que el encargado tiene miedo de que le quite el puesto —decía el bancario—. ¿Y por qué no? ¡Ese tío es un vago! Yo podría

estar haciendo su trabajo perfectamente, lo que pasa es que no me dan la oportunidad. Esa es la clave del éxito, ¿entiendes? —el hombre miró a su compañera y adoptó el semblante de gravedad con el que se dan grandes consejos vitales—. Recuerda lo que te digo: la oportunidad es lo que te traerá éxito en la vida. Cuando veas que se abre la puerta, ¡tienes que entrar! Seguro que tu marido lo ha vivido. Pregúntale. Él sabrá de lo que hablo.

La mujer lo miró con desprecio, pero el hombre no se dio ni cuenta, distraído como estaba por la enésima mujer que pasaba por delante de la cantina de Mama Ben al otro lado de la calle. Esta era alta y tenía el pelo largo como Mami Wata, recogido en dos trenzas que le caían por la espalda. Llevaba un vestido de flores que le llegaba a las pantorrillas y unas sandalias marrones y sin adornos, pero se había pintado las uñas de los pies de rojo brillante. Tenía los andares y la planta de una modelo, toda brazos finos y pómulos afilados. El bancario la miró lascivo y besuqueó el aire en su dirección. Al ver que la chica no se volvía, gritó:

—¡Eh, caballona! ¡Ven que te monto un poco! —y estalló en una ruidosa carcajada, como si acabase de decir algo ingeniosísimo—. ¿Ese pelo es tuyo?

—¿Qué sandez de pregunta es esa? —interrumpió su compañera de trabajo—. ¿A ti te parece suyo?

El bancario le lanzó una mirada despectiva.

—¿Solo porque tú tengas pelo de escoba vieja las demás no se lo pueden dejar largo, o qué?

La mujer ignoró el insulto.

—¿Así de largo? Abeg, son cosidas. Es de sentido común.

—Mentira; yo he visto un montón de chicas con el pelo largo.

—Biko, ¡todas llevan extensiones! ¿Eres tonto?

—¿Y qué hay de las norteñas, nko? Les crece bien de natural.

—Esas siempre se lo trenzan. Además, ¿dónde has visto tú de esas? —se chupó los dientes y desvió la mirada con fastidio.

El bancario estaba esforzándose por pensar.

—Sé que he visto a alguna con el pelo así de largo. Nada de cosidas ni esas tonterías que dices tú —chasqueó los dedos alternando las manos como para refrescarse la memoria—. Dónde fue, dónde fue…

Su compañera de trabajo se compadeció de él.

—No pasa nada. Si es que tampoco podemos esperar que los hombres seáis capaces de notar la diferencia en lo que a pelo se refiere. Mi hermano a día de hoy aún no sabe distinguir entre extensiones y pelo de verdad —se rio de las cotas que alcanzaba la ignorancia masculina—. Se pensaba que cuando te lo alisas, se alarga

y entonces te lo trenzas.

—¡Fue en el banco! —exclamó su compañero, que no había escuchado nada de lo que había dicho—. Eh hehn! Dos chicas que entraron y tenían un pelazo… ¡Larguísimo y superfino! Kai! Creo que eran hermanas. Estaban con su padre, pero seguro que su madre era extranjera.

—Ah —dijo la mujer, chupándose los dientes de nuevo—. Las de media casta son otra historia.

—Conozco a esas chicas —dijo Ebenezer, apretando el neumático que acababa de cambiarle al coche. Los dos bancarios bajaron la vista y miraron sorprendidos a aquel hombre agazapado y cubierto de grasa, de chanclas gastadas y pies polvorientos.

—Ehn, ¿las conoces? —preguntó el hombre, sonriendo con superioridad—. ¿De qué las conoces?

—Su padre es cliente mío. Parecen gemelas, menos porque una es más alta, abi?

El bancario asintió a regañadientes.

—Es verdad —dijo—. Eso pensé yo también, que a lo mejor eran gemelas.

Aquella conversación empezaba a impacientar a la mujer.

—¿Y qué? Te digo que esa mujer tan alta llevaba extensiones. Y punto.

Todos se volvieron para mirar de nuevo a la mujer y su pelo, pero ya estaba demasiado lejos.

Los bancarios pagaron a Ebenezer y se marcharon. Ebenezer volvió a sumirse en sus pensamientos. ¿Pasaría la vendedora de naranjas por allí aquel día?

Las semanas siguientes, Ebenezer vio a la chica alta varias veces. Una vez, volviendo del mercado con bolsas de plástico llenas de verdura; otra, de camino al Mr Biggs del cruce. En otra ocasión parecía simplemente de paseo, escuchando música en un discman que llevaba en el bolso. Ebenezer imaginó que viviría por la zona, porque siempre la veía andando, nunca en okada ni en taxi. Parecía de esas chicas a las que simplemente les gusta ir caminando a todas partes. Seguramente por eso esté tan delgada, pensó.

La chica solía llevar gafas de sol y, salvo por la primera vez que la vio, iba siempre con el pelo recogido en la nuca. Ebenezer nunca llegaba a distinguir si eran extensiones o no. Pensó incluso en preguntarle a Chisom, pero ya ni siquiera le dejaba tocarla por las noches. «¿Y cómo vamos a tener un hijo si ni siquiera lo quieres intentar?», se quejaba él, pero ella no le hacía caso. Ebenezer sabía lo que quería Chisom: que fuera a hacerse una revisión al hospital. Pero aquello era demasiada humillación para él, así que las cosas siguieron

igual. Chisom habría sabido si esa chica llevaba extensiones o no, sha. Una hermana suya, la siguiente en edad, era peluquera.

Una tarde, cuando no había muchos clientes, decidió en cambio preguntarle a Mama Ben.

—Ah-ahn. ¿Desde cuándo andas echándole el ojo a esa chica? —por su voz parecía desaprobarlo, así que Ebenezer se apresuró a tranquilizarla.

—Mba, es cosa de un cliente mío. Yo ni miro a las flacuchas como esa. Parecen pescado seco. A mí me gustan las mujeres de verdad —dibujó abundancia con las manos y le guiñó un ojo. La mujer rio, aplacada.

—Igual la chica es de Níger —sugirió Mama Ben—. Una de esas refugiadas que están siempre por el mercado.

Una amiga de Mama Ben metió baza:

—Haba now, esas son mendigas. Ya he visto a la chica de la que habla. Esa tiene pinta de ser de buena familia. Y además, no es tan clara de piel como para ser de Níger. Seguramente sean extensiones. Apuesto a que por debajo lo tiene así —se agarró un mechón del afro y tiró de él entre risas. Ebenezer rio también y sus ojos se cruzaron con los de Mama Ben.

Hacía unas semanas que Mama Ben le había dicho su nombre: Florence. Ebenezer también se había enterado de que era viuda y tenía tres hijos, no los cuatro o cinco que creyó en su momento. Ahora su hermana soltera vivía con ella y ayudaba a cuidar de los niños. Hasta había estado en su casa una vez. A Chisom le dijo que tenía un trabajo en un domicilio por la tarde. No entró; solo acompañó a Mama Ben a casa y charlaron un rato. Ella sabía que daría que hablar a los vecinos, pero le traía sin cuidado. Ni que fueran a saber que Ebenezer estaba casado.

Ebenezer sabía que estaba llegando a algún lado con ella: no sabía dónde exactamente, pero no le faltaban ganas de descubrirlo.

El día que ardió el mercado, estaba en la cantina, comiendo guisado con arroz. Estaba saboreando la carne de cabrito cuando empezaron a oírse a lo lejos los primeros ruidos. Mama Ben y sus clientes salieron al frente de la cantina a mirar hacia aquel extremo de la calle. Los sonidos se filtraban y los alcanzaban poco a poco: primero, voces; luego, gritos preocupantes. Algunos clientes se terminaron la comida a toda prisa y se marcharon en dirección contraria a la del tumulto.

Mama Ben parecía angustiada.

—Por el ruido, parece que empieza otra revuelta —dijo—. ¿Cierro?

—¿Tu casa no está hacia ese lado? —preguntó Ebenezer.

—Sí, pero no quiero que me pille en medio. Nunca se sabe lo que

puede pasar.

—Espera aquí —dijo Ebenezer. Luego cruzó corriendo la calle y lanzó una lona por encima de sus cosas del trabajo antes de volver con ella—. Recógelo todo.

Ebenezer apiló las sillas de plástico y las llevó dentro. Mama Ben tumbó las mesas de lado y las empujó contra las paredes. Actuaban rápido, conscientes de que el alboroto iba en aumento. Ebenezer metió las botellas vacías en sus cajas y las arrastró a la parte de atrás. Lo último que quería era que hubiera cristal a mano por ahí. Una vez vio como a un hombre le daban en la cabeza con una botella rota; la cabellera se abrió limpiamente y dejó ver el cráneo antes de que la sangre llenara la herida. Era lo más horrible que conservaba en la memoria.

Mama Ben y Ebenezer bajaron juntos la verja, cerraron las puertas interiores y se sentaron en el espacio abarrotado junto a los estantes de golosinas y galletas. Mama Ben parecía asustada, pero serena. Había tantas revueltas últimamente que era de esperar que alguna te pillase en medio.

—Me pregunto cómo habrá empezado —dijo.

—Quizá sea por lo de los musulmanes otra vez —sugirió Ebenezer —. Ya sabes cómo se ponen algunos con los norteños.

Mama Ben movió la cabeza con enojo.

—No entiendo por qué. Solo son gente que ha venido aquí a trabajar, a ganar dinero para sus familias. ¿Por qué siempre tienen que andar metiéndose con ellos?

Ebenezer la miró fijamente.

—Pues por lo que está pasando en el norte. Qué tenemos que hacer, ¿quedarnos de brazos cruzados después de cómo están tratando a nuestros hermanos y hermanas?

—Pero estos no son quienes los tratan así. Así que ¿por qué no los dejamos en paz? Si quieres meterte con alguien eh hehn, ¡vete al norte y métete con los de allí!

Ebenezer negó con la cabeza. No le apetecía discutir sobre este tema con una mujer.

—Además —continuó Mama Ben—, seguramente solo sea un ladrón.

—¿Qué te hace pensar eso?

—¿No viene del mercado? Seguramente alguien robó algo, y uno de los vendedores le gritó, y después ya sabes. Goma y gasolina.

Ebenezer se irguió como un resorte. El mercado, pensó. El ruido provenía del mercado. ¡Chisom estaba aún en el mercado!

—Chineke m ee —dijo, inhalando de golpe, sobresaltado—. Mi mujer está allí.

Se levantó bruscamente y empezó a desatrancar la puerta. Mama Ben se le aferró al brazo.

—¡Se están acercando! No abras la puerta, abeg.

—¿Y qué hago? —le espetó Ebenezer—. ¿Dejo a mi esposa sola, ahí en medio, y yo me escondo aquí contigo como una mujer?

—¿Quieres meterte en la revuelta? ¿Estás loco? Te van a dejar seco en cuanto te acerques.

—Hapu m aka!—sacudió el brazo para zafarse de ella y levantó la verja, ignorando el chirrido que produjo.

A su espalda, Mama Ben maldecía.

—¡No te vayas oo! Es mejor que te quedes aquí. Seguro que a tu mujer no le ha pasado nada. ¿Justo ahora es cuando te necesita?

Ebenezer se detuvo en seco. Se dio la vuelta para mirarla.

—¿Qué has dicho? —la mujer se cruzó de brazos, obstinada. Ebenezer salió y cerró la puerta de acero de un portazo, mirándola fijamente a través de los barrotes, atónito. Antes de dar media vuelta, le dijo—: Eres una mala mujer.

—¡Ebenezer! —gritó ella—. ¡Ebenezer!

Él la ignoró y puso rumbo al mercado, manteniéndose del lado interior del reguero de crudo que discurría al borde de la carretera. En los pocos minutos que habían pasado desde los primeros gritos, Ebenezer ya veía que la situación había desembocado en el caos. La carretera estaba abarrotada de vehículos y okadas en los que iban montados pasajeros frenéticos. Uno de ellos se pasó un pañuelo por la cabeza, miró el estropicio sangriento que tenía en la mano y cruzó miradas con Ebenezer unos segundos antes de que la moto pasara zumbando por su lado. Ebenezer tragó saliva con fuerza y empezó a trotar. Estaba lleno de culpa y de vergüenza: se había cobijado en la protección del puesto de Mama Ben antes siquiera de pensar en su mujer, ahí fuera en su caseta del mercado, sin verja tras la que poder ocultarse. Se preguntó si habría salido huyendo cuando empezó el alboroto, si se habría subido a un okada, si la vería desde aquel margen de la carretera. Pero sabía que Chisom era cabezota, que no abandonaría la mercancía a su suerte en el mercado, por mucho disturbio que hubiera. Sería como tirar el dinero, y para ella eso era inconcebible. Seguramente se habría demorado intentando recogerlo todo, ¿y quién sabe lo que podría haberle pasado entretanto? Una bala perdida de alguno de aquellos rufianes, o de la policía, si es que se dignaban a aparecer. Cielo santo, pensó, ¿y si algún hombre la atrapaba en medio del caos? ¿Y si la violaban? Su mente pasó de un salto de ese pensamiento a otro: ¿y si alguien la violaba y se quedaba embarazada? Sintió un remolino de náuseas y echó a correr. Al acercarse al mercado, vislumbró finas volutas de humo oscuro

ascender hacia el cielo.

—Chineke, está ardiendo el mercado —murmuró para sí, paralizado de la impresión. Ahora se imaginaba a Chisom quemada viva, o quemada lo justo para salir con vida, horriblemente desfigurada, con tiras de piel que se le desprendían de la cara, como las mujeres del norte a las que atacan con ácido. Ebenezer echó a correr de nuevo. Tenía que salvar a su mujer. Se negaba a imaginar que la perdía por haber estado con aquella otra, que claramente le había deseado el mal a Chisom desde el principio. A saber lo que esa le había estado echando en la comida. Al fin y al cabo, normalmente nunca haría cosas así, eso de andar yendo a casa de otra mujer. Debía de haberle hecho alguna cosa rara. Tenía que ser por eso. Pero ahora sentía que había roto su embrujo; ahora todo saldría bien. Siempre y cuando encontrase a Chisom.

Mientras corría, pasó junto a una pareja que discutía a un lado de la carretera. Era la chica alta del pelo largo. El hombre que estaba con ella la tenía sujeta por el brazo; la zarandeó hasta que el cabello le cayó sobre los ojos.

—¡Hay que irse ya! —gritaba—. ¿Sabes lo que harán contigo?

La chica se apartó de él con tanta fuerza que trastabilló hacia atrás. Ebenezer vio su falda aletear en el aire, cubierta de florecitas rojas, pero entonces los dejó atrás y no pudo oír nada salvo el ruido dentro de su cabeza y en el aire.

Al acercarse a la muchedumbre, aminoró la marcha a un paso ágil, tratando de mantenerse al margen. La gente chocaba con sus hombros al pasar y le dieron varios empellones, pero nadie se metió con él. Todo el mundo estaba concentrado en marcharse a dondequiera que fueran. Más adelante se enteró de que la mayoría se dirigía a la zona cerca de la mezquita, en Chief Michael Road, donde un grupo de hausas ejercían su oficio de zapateros en un pequeño mercado. Un altercado entre un vendedor hausa y un cliente igbo, dueño de una famosa tienda, había ido escalando la tensión hasta tal punto que el vendedor hausa terminó por abofetear al propietario igbo. Unos instantes después ya se había congregado una multitud furiosa y a punto de estallar, lista para hacerles pagar a todos y cada uno de los norteños la impertinencia de aquel hombre. Esta no era su ciudad, aquí no podían abrir la boca de cualquier manera y pretender irse de rositas.

Ebenezer se abrió camino a través de sectores enteros del mercado, ahora en ruinas, y del humo procedente de partes aún en llamas. Por los callejones embarrados se veían desparramados rollos de telas coloridas, pisoteados por muchos pies; vio comerciantes que se habían tirado al suelo aquí y allá, tratando de rescatarlas del fango entre juramentos, llorando de miedo. La humareda había crecido para

cuando llegó a la tienda de Chisom, donde esta vendía botones, agujas y piezas e hilos para máquinas de coser. Esa zona ya estaba desierta. En algunas tiendas habían echado el cerrojo toda prisa, como si eso fuera a protegerlas del fuego. Delante de otras había productos desperdigados, descartados por comerciantes que habían intentado llevarse la mercancía pero se habían dado cuenta de que ya tenían los brazos a rebosar. Alcanzó la puerta de madera de la tienda de Chisom, con su pintura desconchada color azul claro, y entre toses gritó su nombre. Las partículas de hollín se habían depositado sobre la tela blanca rebajada que estaba junto a la puerta.

—¡Chisom! —gritó.

—¿Ebenezer? —Chisom asomó al fondo. Tenía la cara marcada por lágrimas resecas, pero estaba tranquila—. ¡Has venido!

Ebenezer se precipitó hacia su mujer para abrazarla. Chisom se quedó paralizada por la sorpresa en el círculo de sus brazos.

—Has venido hasta aquí —dijo, extrañada.

—¿Estás bien? —preguntó Ebenezer, dándole palmaditas en la cara.

Chisom asintió.

—Estaba recogiendo las cosas lo más rápido que podía.

—¡Deja las cosas, jo! ¿No hueles el humo? ¿Quieres quedarte aquí y esperar a que te pille el fuego?

—Ya casi he terminado. Pero no sabía cómo iba a sacarlo todo. No podemos permitirnos perder la mercancía.

Ebenezer miró a su mujer y la expresión decidida que le cincelaba el rostro. Comprendió que su tenacidad era algo de lo que debería aprender. Esa forma de hallarse ante el mismo fuego y no echar a correr, de hacer lo que hiciera falta para la supervivencia de los dos porque así lo había decidido. Podría haber resultado herida, podría haber muerto, pero ahí estaba. Ebenezer se avergonzó de las pegas que le había puesto para ir al médico. Chisom había recogido las cosas, aun sin saber cómo podría llevárselo todo, segura de que ya encontraría la manera llegado el momento. Ahora el momento había llegado y Ebenezer estaba allí, como debía ser, como siempre debió ser. ¿Por qué tendría que cargar Chisom con cualquier cosa, teniendo un marido, que era él?

—Pues ya estoy aquí —dijo Ebenezer. Chisom le ofreció una sonrisa débil e insegura y él la abrazó una vez más—. Vamos.

Ebenezer cargó con la mayor parte de las bolsas Ghana-must-go que Chisom había llenado y fueron abriéndose camino fuera del mercado, a trompicones, pero juntos. Pararon el okada de un chico que reconoció a Ebenezer y montaron juntos. Dejaron el incendio atrás con las bolsas en precario equilibrio.

Aquel día gran parte del mercado quedó reducido a cenizas. El gobierno tardó años en comenzar su reconstrucción.

DIECISIETE

VIVEK

Este es uno de mis recuerdos favoritos de Osita. Estamos en mi habitación. Mis padres han salido y nos hemos quedado solos. Yo estoy en la cama y tengo la cabeza apoyada sobre su estómago desnudo; él juega con mi pelo, tirando de los rizos y soltándolos para ver como vuelven a su forma original. A veces me frota la cabeza y yo la giro para besarle las costillas.

—He tenido un sueño —le digo.

Osita me mira desde las almohadas que lo rodean.

—Cuéntame —dice, y cuando lo dice así sé que le interesa de verdad, que quiere escuchar mis sueños, mis historias.

—He soñado que era nuestra abuela. Me miraba en el espejo y era ella, igual que en las fotos, y me hablaba en igbo.

—¿Y qué decía?

—*Guarda mi vida por mí* —espero su risa, pero nunca llega. Le pregunto—: ¿Crees en la reencarnación?

—No sé si importa lo que yo crea —dice—. Si existe, existe, lo crea o no.

—Ya sabes lo que quiero decir.

Mi primo esboza una leve sonrisa y me retuerce un mechón de pelo entre los dedos.

—¿Sabes que hablan de ella y de ti en el pueblo?

Eso nunca lo he oído. Me incorporo a medias, sobre su cuerpo.

—Hablan de que murió el mismo día que naciste —continúa—, de que mi padre discutió con el tuyo a raíz de tu nombre. Pero como no eras una niña…

Osita se encoge de hombros y deja que la historia se extinga.

—¿Tú qué crees? —le pregunto.

Mi primo me mira con una dulzura que no le muestra a nadie más.

—¿Quiénes somos para determinar lo que es imposible y lo que no?

—Lo dices por decir.

Osita niega con la cabeza.

—Lo digo en serio. Ya sabes lo que te ha estado pasando a ti en la cabeza. Eres la única persona que lo sabe. O sea que pregúntate si tiene sentido para ti. Hay una brújula en algún sitio, muy dentro de ti, que te dirá si te equivocas o no.

Le sonrío.

—¿Es así como tomas tú las decisiones? —le provoco.

Sus ojos recorren su cuerpo y el mío, desnudos en la cama, y no me devuelve la sonrisa. Una descarga me recorre al sentir el tacto de su mirada; sé que es precursora de sus manos, de su boca, del resto de su prodigioso ser.

—Solo las importantes —responde, y alarga los brazos hacia mí.

DIECIOCHO

Tres meses después de la muerte de Vivek, Chika intentó obligar a Kavita a que dejase de preguntar a la gente sobre él. Ella, naturalmente, no le hizo caso. A Kavita le parecía ridículo que le pidiera algo semejante; como si pudiera parar, como si existiera un motivo en este mundo por el que habría de hacerlo. Su hijo estaba muerto y enterrado en el pueblo, en el recinto de Ahunna, junto a la tumba de ella. Chika había puesto una losa de hormigón sobre el terreno donde yacía el cuerpo de Vivek; Kavita intentó no imaginar que lo estaba aplastando. Se habría pasado la vida junto a la tumba, pero las respuestas no estaban ahí. En el hormigón, habían grabado: «VIVEK OJI. AMADO HIJO».

Chika había querido poner algo más, pero no sabía qué más decir y Kavita tenía otras cosas en la cabeza, tales como desentrañar lo que le había ocurrido, así que entre uno y otro la lápida se quedó como estaba. Además, aquellas palabras lo decían todo —fue amado, por sus padres y amigas—, y por eso, suponía Kavita, era por lo que ninguna de ellas le dirigía la palabra, aunque lo único que quería saber era lo que le había pasado a su hijo.

Justo la mañana de aquel día, Vivek había desayunado con ellos. Se había quedado en casa a dormir por la noche, en lugar de escaparse a casa de Maja, Rhatha o Ruby. Kavita estaba encantada. Por la mañana, Vivek se recogió el pelo en un moño en lo alto de la cabeza, retorcido y prieto. Después se dio un baño y se lavó los dientes. Kavita vio como se echaba cucharadas de leche en polvo sobre un bol de cereales, vertía agua caliente de un termo encima y lo removía todo. Kavita sonrió. Ese era su desayuno favorito desde pequeño. Después, como siempre, cogió sus tres terrones de azúcar y dejó que se disolvieran en la leche y, como siempre, se comió los cereales a toda prisa —nunca le habían gustado reblandecidos—, y finalmente se llevó el bol a la boca para beberse la leche azucarada. Kavita recordaba cada segundo como si estuviera de nuevo a la mesa con él: la última vez que vería a su hijo alimentarse. El acto de introducir nutrientes en su cuerpo: qué cosa tan de estar vivo.

Aquel mismo día, solo horas después de sentarse a la mesa del

desayuno, Vivek estaría tendido en el porche y su cuerpo se enfriaría en brazos de Kavita. ¡Cómo! No era posible.

Aquella mañana Vivek le dijo que iba a ver a las chicas. No sabía a la casa de quién; a esas alturas las chicas se habían fusionado en una masa amorfa, Juju y Elizabeth o Somto y Olunne o cualquier otra combinación. Sus casas eran los únicos lugares a los que iba. Aun antes del entierro, Kavita les había preguntado a todas si lo vieron, si sabían algo de lo ocurrido.

—Vino a nuestra casa primero —le dijo Somto. Las chicas vivían con sus padres en un dúplex blanco en una zona residencial cerca de la vidriería—. Estábamos haciendo tortitas para desayunar.

—Pero ya había desayunado —dijo Kavita. Tenía los ojos hinchados de llorar. Retorcía uno de los pañuelos de Chika entre las manos, algodón húmedo tensado contra su piel. Somto sonrió vagamente. Ella también había estado llorando.

—Ese día tocaba tortitas, aunty Kavita. Siempre viene esos días.

Kavita frunció el ceño.

—Eso no lo sabía. ¿Desde cuándo?

La chica se encogió de hombros. Tenía dos cornrows que le recorrían la cabeza hasta convertirse en dos gruesas trenzas que le bajaban por la espalda.

—Desde que volvió de la uni. Le invitamos aquel día que fuimos a vuestra casa por primera vez. Lo que más le gustaba era darles la vuelta a las tortitas. La primera vez, cuando le intentamos enseñar, acabó todo por el suelo. ¡Un desastre! —dejó escapar una risita que se extinguió enseguida—. Pero luego se le acabó dando superbien. No… no me puedo creer que ya no esté.

La chica rompió a llorar, pero Kavita no podía sentir nada más que agotamiento. Qué interesante, pensó, que la gente llorase a Vivek. En cierto modo sentía que no tenían derecho a llorar delante de ella. Después de todo, ¿acaso era su hijo el que había muerto? ¿Acaso eran ellos quienes habían tenido a aquel bebé en brazos el día que nació? No: allí solo estuvieron ellos dos, juntos en el hospital, mientras Ahunna moría, Kavita y su hijo y nadie más en aquella cama, confusos en el amor y la incertidumbre, y Chika al lado como un pegote. Lamentaba lo que ocurrió después: la depresión que siguió al parto, cuando el duelo hizo que se apartara de su hijo. Debería haberlo abrazado más fuerte en la vorágine del mundo que lo rodeaba. Siempre había sido así: Kavita y su hijo y nadie más.

Sentía que la pérdida de Vivek había sido acumulativa, como si se le hubiera estado escurriendo tan despacio que no había notado la grieta que empezó a abrirse en su niñez. Solo cuando Vivek se hubo convertido en un hombre se dio cuenta Kavita de que ya no podía

llegar hasta él, que se había ido hasta tal punto que el aliento había abandonado su cuerpo. Nadie salvo ella era capaz de sentir aquella pérdida de una vida entera. Nadie lo había perdido tanto como ella, y sin embargo ahí estaban, llorando en su cara, como si tuviera algún valor. Aún son niñas, intentó decirse a sí misma, no han madurado lo bastante para hacerle el favor de reservar las lágrimas para sus dormitorios, para cuando estuvieran con sus familias, esas familias completas. Pero no por ello dejaba de considerarlas mocosas egoístas, venidas sin enseñar de casa, sin compasión ni empatía, y esto a su vez hacía que se enfadara con esas chicas a las que sabía que aún quería, en algún punto bajo toda la rabia y el dolor y la pena que sentía como suyos y de nadie más.

Era algo que le costaba compartir incluso con su marido, pero con él era más fácil, al haber caído el hombre en esa misma oscuridad que se había apoderado de él cuando murió su madre. La pena de Chika tiraba de cada centímetro de su piel hacia abajo, arrastrando consigo músculos y huesos, impidiendo que se pusiera en pie. Se tomó unos días libres en el trabajo para pasarlos en la cama con una camiseta de tirantes que cada día estaba más sucia. De vez en cuando, a las cansadas órdenes de Kavita, se arrastraba de la cama, se aseaba con la mirada perdida y volvía a acostarse. Kavita no se veía con ganas de poner más esfuerzo en sacarlo de allí. Sabía lo suyo con Eloise —Chika no era lo bastante inteligente para impedir que se enterara, y hasta aquel momento le había sido fiel—. Fue tan evidente cuando dejó de hacerlo; una multitud de pequeños cambios, claros y llamativos. Una parte de ella pensaba que Chika se merecía enloquecer: mientras ella se volcaba en su hijo, él había estado volcándose en su amiga.

Esperaba que nunca encontrase la forma de salir de aquella cama. Esperaba que se pudriese ahí dentro.

Eloise llegó a tener la osadía de llamar para preguntarles cómo estaban. Kavita empezó a colgar el teléfono cada vez que oía su voz. Que averiguase ella solita lo que Kavita sabía y lo que no. No se habría molestado ni en descolgar el teléfono si no hubiera sido por la posibilidad de que fuera una de las chicas, que llamaban para contarle lo que sabían sobre Vivek, algo que no le habían confesado todavía. También colgaba cuando llamaban Mary o Ekene. Para Kavita, ahora eran la misma persona, y nunca les perdonaría lo que ocurrió en su iglesia. Chika había insistido en invitarlos al entierro, pero según la ceremonia tocó a su fin, también lo hizo la relación de Kavita con ellos.

Mientras Chika se pasaba los días en la cama de matrimonio, Kavita se quedaba en la habitación de Vivek. Pasaba las manos por las paredes, por los pósteres que Vivek había arrancado de revistas pop que Eloise había traído del Reino Unido. El interés de aquella mujer

por su hijo se antojaba ahora falso y mezquino; quizá había sido todo un pretexto para acercarse a Chika. Kavita se recordó que no importaba. Que se quedase con él, si quería. Nada importaba ya. Recorrió con la mirada aquellas fotos sin fijarse realmente en ellas: Missy Elliott. Puff Daddy. En Vogue. Backstreet Boys. Vivek los había pegado todos a la pared antes de marcharse a la universidad. Kavita se preguntó por qué no los quitó más adelante, después de cambiar. O quizá no hubiera cambiado tanto como parecía. Ahora, por las noches, Kavita dormía en su cama y lloraba. A veces pensaba que podía oír a Chika llorar también, al otro lado de la pared, pero nunca acudió a él.

Sentada frente a Somto en el salón de Rhatha, Kavita contempló a la chica llorar y pensó qué ridículo era que hasta cuando lloraba estuviera guapa. No le colgaban hilos de moco poco favorecedores de la nariz, ni se le encharcaba saliva brillante en la boca al abrir la boca para gemir. Somto lloraba sobre todo con lágrimas, que destellaban sobre su piel al derramarse. Se las enjugó con el dobladillo del vestido, de falda amplia y generosa, dejando suficiente tela para cubrirle los muslos cuando se inclinó para llegarse a la cara.

—Lo siento, aunty Kavita —dijo—. Sé que tiene que ser terrible para ti.

Terrible, pensó Kavita. Menuda palabra. ¿Era terror lo que sentía? Era horror, más bien. «Terrible» le sonaba a algo que contenía cierto nivel de aceptación, algo inconcebible que había sucedido realmente, pero para cuya existencia se podía hacer hueco en el cerebro. Por otra parte, en realidad «horrible» le sonaba a lo mismo. Las palabras habían dejado sus orígenes atrás. Estaban diluidas, desvirtuadas. Alzó la vista y se dio cuenta de que Somto la estaba mirando, ahí sentada, en silencio.

—Solo quiero saber cómo pasó —dijo Kavita—. ¿A qué hora se marchó de aquí?

Somto lo pensó un rato.

—¿Quizá a eso de las doce? No dijo adónde iba. Todas dimos por hecho que iba a ver a Juju.

—¿Estás segura de que no os lo dijo? ¿Y Olunne? Quizá se acuerde de lo que dijo.

Somto miró a Kavita con cierta preocupación.

—Aunty, ¿por qué no le preguntas a Juju directamente? Sé que vio a Vivek aquel día, pero no sé si fue directo a su casa desde aquí.

—¿Dónde está tu hermana? Quiero preguntarle a ella también.

—No está. Ha salido con mamá —Somto se levantó. Kavita podía ver el malestar irradiando de ella—. Pero seguro que Juju está en casa con aunty Maja. Puedes ir y preguntarle —era imposible que Somto no supiera que estaba siendo maleducada, pero no parecía importarle.

Luego añadió—: Tengo que salir a hacer unos recados. Mi madre se va a enfadar si no termino antes de que vuelva a casa.

Kavita se levantó, pensando ya en lo que les preguntaría a Juju y Maja.

—Diles a tu madre y a tu hermana que volveré otro día para preguntarles a ellas —dijo a Somto, quien, en su mente, tomó nota de evitar a Kavita en una temporada. Le contaría a su madre el tipo de preguntas que Kavita estaba haciendo, y tal vez Rhatha no las obligaría ni a ella ni a Olunne a quedarse sentadas soportando interrogatorios de este calibre, como si fuera culpa de ellas que le hubiera pasado algo a su amigo.

—Sí, aunty —dijo, a pesar de todo—. Se lo diré.

—No te olvides.

—No me olvido.

Kavita cogió su bolso y, cuando se disponía a marcharse, añadió:

—Es importante.

—Ya lo sé, aunty.

Somto cerró la puerta y descargó su peso contra ella con una exhalación de alivio.

Ya en el exterior, Kavita recorrió el jardín con la mirada, intentando imaginarse cómo lo habría visto Vivek al marcharse aquel día, el último de su vida: la extensión del cielo en lo alto, el naranjo sobresaliendo por fuera de la valla. Quizá se quedara un momento ante esta puerta, alzara la vista a las nubes y distinguiera formas en ellas, como cuando era pequeño. Kavita se rodeó el cuerpo con los brazos y caminó hasta donde había aparcado el coche. Condujo hasta la casa de Maja medio aturdida, tan despacio que los coches a ambos lados tocaban el claxon continuamente. Algunos conductores se asomaron por las ventanillas para insultarla. Kavita no oyó nada.

Maja la recibió en la puerta principal con un estrecho abrazo. Kavita trató de devolvérselo, pero tenía los brazos cansados y sin fuerzas. Dejó que Maja la condujera hasta el salón y le sirviera un poco de té.

—Tómatelo —dijo Maja. Kavita sostuvo la taza en ambas manos. Sintió el calor filtrarse por ellas.

—Vengo de casa de Rhatha —dijo.

—Deberías estar descansando, cariño.

—Su hija ha dicho que Vivek estuvo allí el día que murió. Y que luego vino aquí.

Maja miró a su amiga con tristeza.

—¿Qué haces, Kavita? No puedes seguir con esto. Te vas a poner mala.

—¿Vino aquí?

Maja suspiró.

—Estuve todo el día en el trabajo. A lo mejor vino. Solía venir —apoyó una mano en la rodilla de Kavita—. ¿A qué vienen tantas preguntas?

—Necesito saber lo que pasó. No puede ser que mi hijo se muriera de repente.

—Fue un accidente, ¿no? Eso le dijo Chika a Charles. ¿No fue un accidente de coche? ¿Y alguien os lo llevó a casa?

Kavita levantó la vista despacio para mirar a su amiga con el ceño fruncido.

—Un accidente —repitió.

—Alguien lo reconoció, ¿no?

—Eso parece… —Kavita se acababa de enterar de que esta era la historia que Chika estaba contándole a la gente—. ¿Cómo si no iban a saber a quién llevárselo? Tenía que ser un conocido.

—Entonces, ¿quién os lo llevó a casa? —preguntó Maja. No dijo «el cuerpo», y a Kavita no se le escapó el detalle.

—Nadie —contestó.

Maja parecía confundida.

—¿No os lo llevó nadie a casa?

—No —Kavita negó con la cabeza—. No sé… No sabemos quién nos lo trajo.

Se hizo una pausa antes de que Maja volviera a hablar, con cautela.

—¿Quieres decir que no visteis quién fue? ¿No hablasteis en persona?

A Kavita se le llenaron los ojos de lágrimas.

—No. No vimos a nadie. Lo… lo dejaron ahí mismo. Ahí, a la entrada, como si fuera una bolsa de basura.

Kavita se deshizo en sollozos. Maja se sentó a su lado para abrazarla.

—Qué horror —dijo—. Cuánto lo siento, querida.

—Solo necesito saber lo que le pasó. Los policías son unos inútiles y cuando intento hablar con Chika del tema se me queda mirando. Me pregunta de qué sirve a estas alturas.

—Entiendo perfectamente que lo necesites. Tienes que encontrarle el sentido.

Kavita asintió.

—Era tan joven… Algo pasó. No tiene sentido. Le quitaron la ropa cuando lo dejaron allí.

Maja retrocedió.

—¡¿Cómo?! ¿Quién haría algo así?

—No sé. No sé nada. Eso es lo que tengo que descubrir. Por eso necesito hablar con Juju. Necesito saber qué pasó cuando vino aquí, a qué hora se fue, cosas así. Necesito saberlo, Maja, no tengo otra opción. Hasta que lo sepa no voy a poder dormir.

Maja replegó ligeramente la expresión.

—Lo siento, Kavita… Ahora mismo no puedes hablar con Juju.

Kavita la miró confundida.

—¿Por qué no? ¿No está en casa?

—Sí, bueno. Está en su habitación. Pero, Kavita, no ha dicho nada desde que se enteró.

—Nada sobre aquel día, ¿quieres decir?

—No; me refiero a que no ha dicho nada de nada. Ha dejado de hablar. Por eso volvió Charles.

Kavita pestañeó. Ni siquiera se había dado cuenta del regreso de Charles. Recordaba haberlo visto en el entierro, pero entonces no le preguntó a Maja por qué había venido, porque no le importaba. ¿Qué más daba un matrimonio roto frente a un hijo muerto? Así supo Kavita que era una malísima persona: podía ser consciente de los horrores por los que Charles había hecho pasar a Maja, de la presión que tensaba la cara de su amiga, y al mismo tiempo sentir indiferencia. Pero no por ser mala persona se dejaba de ser buena madre. Lo último que podía hacer por Vivek era descubrir lo sucedido.

Mientras tanto, Maja continuaba.

—Ahora mismo lo que más nos preocupa es estar cerca por si nos necesita. Obviamente Vivek y Juju estaban muy unidos, y ha sido un duro golpe para ella. Tenemos que darle tiempo —por su tono, parecía que intentaba convencerse a sí misma—. Al menos, Charles ya no habla de meter a esa mujer en mi casa —Maja escupió aquellas palabras, «esa mujer», como si le supieran mal, pero el poso de alivio era evidente. Kavita sabía que ahora debía ofrecerle unas palabras de apoyo, pero no dijo nada.

Maja captó su falta de reacción y relajó el semblante.

—No va a querer hablar contigo, Kavita. Y tampoco creo que sea buena idea preguntarle por él. Es demasiado doloroso para ella.

Kavita se la quedó mirando. No podía haberla entendido bien.

—¿Acabas de decir… que es demasiado doloroso para ella?

—Pues claro que lo es. Ya sabes cuánto se querían.

Kavita estalló en una risa quebrada. No pudo evitarlo.

—¡Soy su madre! —boqueó, incrédula—. ¿Pero para ella es demasiado doloroso? ¿Te das cuenta de lo ridículo que es lo que acabas de decir?

Por un momento Maja no respondió.

—Kavita —dijo al fin con voz serena—, tú eres su madre, claro que sí. Pero eso no significa que no haya otra gente que le quería, que le está llorando también.

—¡Me trae sin cuidado! —Kavita se levantó bruscamente. El corazón le galopaba—. ¡Si de verdad le quisierais, me estarías ayudando a descubrir lo que le pasó! ¡Pero no: lo único que queréis hacer es ponerme trabas para que no descubra la verdad! ¿Qué clase de amor es ese?

Maja también se levantó.

—Querida, claro que quiero ayudarte a descubrir lo que pasó. Todas queremos ayudarte. Solo digo que Juju no te puede ayudar ahora mismo. Está sufriendo…

—¡Y a mí qué me importa su sufrimiento! —siseó Kavita, y Maja se contrajo—. No es nada, ¡nada! comparado con el mío. ¡Esa niña va a contestar a mis preguntas, y después, si quiere, que se vaya a sufrir en paz!

Kavita dio un paso, pero Maja la interceptó con expresión severa y decidida.

—He dicho que no, Kavita. De ninguna manera —intercambiaron miradas fulminantes—. Sé que estás pasando por un dolor inimaginable ahora mismo, pero proteger a mi hija es mi responsabilidad y no puedo permitirte que hables con ella. No estando como estás.

Kavita sintió como si Maja la hubiera golpeado.

—¿Estás diciendo que yo no protegí a mi hijo? —musitó con voz astillada.

Maja relajó la expresión.

—Ay, Kavita, claro que no estoy diciendo eso.

—¡Pues a mí me suena a que sí! O sea, que mi hijo está muerto porque no lo protegí, ehn?

Maja suspiró con ojos compasivos.

—Vete a casa, Kavita. Vete a casa, descansa y llora tu pérdida. No estás pensando con claridad —intentó tocar el brazo de su amiga, pero Kavita lo apartó con violencia. Después cogió su bolso de un tirón y empujó a Maja a un lado antes salir de la casa con un portazo.

En su habitación, Juju estaba hecha un ovillo sentada junto a la puerta, escuchándolas reñir con la oreja pegada a la madera. No se había quitado el camisón en un par de días. Nerviosa, acumuló saliva en la boca y luego tragó. Las palabras rebotaban dentro de su cabeza. Le había sorprendido un poco oír a su madre defenderla con tanto afán; había llegado a preguntarse si aprovecharía el duelo de la madre de Vivek como instrumento para romper su silencio. Pero que la mantuviera a salvo dentro de la burbuja de silencio que creó al

enterarse de la muerte de Vivek era un gesto de consuelo que Juju recibió de buen grado. No sabía por qué había dejado de hablar, la verdad. Simplemente le había parecido lo más fácil. Al principio, la gente le preguntaba constantemente cómo estaba, si iba tirando, si estaba bien, pero cuando al fin entendieron que no iba a contestar, la dejaron en paz.

Además, la muerte de Vivek había conseguido traer a su padre de vuelta a casa, y era un poco como si volvieran a ser una familia. Si la otra mujer siguiera siendo relevante, Juju estaba segura de que ya habría oído a sus padres discutir sobre ella. Somto y Olunne pasaron por su casa una vez, pero en cuanto llegaron Juju se marchó del salón y se encerró en su cuarto. Le costaba más no hablar cuando estaban ellas; tuvo que huir para mantener la burbuja intacta, para seguir a salvo en su interior. Elizabeth no había venido, pero sí había llamado varias veces, y lo único que Maja podía responder era que Juju seguía sin hablar. Hasta le había escrito una carta. Juju la leyó sentada en el suelo de su habitación, recostada contra el armazón de la cama.

Hola, Juju:

No sé qué decir acerca de todo esto. Tu mumsy dice que aún sigues sin hablar con nadie, y después de lo que pasó la última vez que hablamos en persona, probablemente tampoco querrás hablar conmigo. Intenté saludarte en el entierro, pero pasaste de mí directamente. No puedo mentir y decirte que no sigo enfadada contigo, pero es un poco raro seguir enfadada contigo en esta situación. Quiero ayudarte, pero estoy enfadada, pero Vivek ha muerto.

Qué mal todo. Ni siquiera sé por qué te estoy escribiendo esta carta. ¿A lo mejor puedes responder por escrito aunque sigas sin querer hablar? No puedo seguir llamándote a casa solo por saber si estás bien. Si te soy sincera, sigo enfadada con él también. ¿Cómo puedo estar enfadada con alguien que ha muerto? Y no solo muerto, sino que encima lo mataron. Me siento malísima persona. Su muerte debería haber bastado para perdonaros a los dos. Ya sabes eso que a la gente le encanta decir de que la vida es corta y hay que valorar el tiempo que tenemos con nuestros seres queridos y todo eso, pero yo no me siento así. Al final ni siquiera pude hablarlo con él. No sé a dónde quiero ir a parar con todo esto. Solo sé que sigo enfadada. Lo siento.

Un beso
Elizabeth

Juju dobló la carta y la metió en un libro. La última vez que había visto a Elizabeth fue aproximadamente una semana antes de que mataran a Vivek. Aquel día le contó la verdad sobre lo que pasó a la mañana siguiente de que Osita llegara a su casa buscando a su primo. Estaba harta de ocultárselo. Cada vez que su novia le susurraba un «te quiero», Juju quería decírselo también, pero lo de aquella mañana le obstruía la garganta y no dejaba que salieran las palabras. Sabía que a Elizabeth aquel silencio la hería y la confundía; así se lo había dicho esta más de una vez:

—Sé que me quieres. ¿Por qué no me lo dices en alto? ¿Te da miedo que así se vuelva demasiado real, o qué? ¿Te avergüenzas de lo nuestro?

Para Juju también era frustrante. Sabía que quería a Elizabeth y tenía ganas de contárselo a todo el mundo, incluso a sus padres. Al disiparse la posesividad que había sentido por Vivek, pudo reconocer lo que era el verdadero amor: eso que centelleaba suspendido en el aire entre Elizabeth y ella. Juju quería agarrarla de la mano en cualquier lado: delante de sus amigos y familiares, cuando estaban todos en casa de alguna de las dos. Quería poder acurrucarse con ella en el sofá y que la gente no lo viera como una aberración. No era justo: había veces que la gente suponía que Vivek y ella salían juntos, y eso no le parecía mal a nadie. Más bien todo lo contrario: volvía a Vivek más «normal», menos incómodo a sus ojos. Pero lo suyo con Elizabeth era otra historia.

Y ahí estaba Elizabeth, pensando que en cierta medida Juju estaba de acuerdo con esas personas, que creía que tenían algo de lo que avergonzarse. Lo cual no era verdad, pero Juju no sabía cómo contarle a Elizabeth lo que le preocupaba en el fondo. ¿Qué pasaría si la dejara? ¿Qué haría si perdiera a Elizabeth? Juju la quería más de lo que había querido a cualquier chico, y Elizabeth dijo que sentía lo mismo. Ella le habló de Osita, y de una chica mayor de su escuela que le había dado a conocer alternativas mejores a todos esos chicos inútiles. La chica mayor le había enseñado cosas, cosas que a su vez ella enseñó a Juju; cosas tales como el hecho de que hacerlo con una chica era mejor que con un chico, porque los chicos eran unos egoístas y no sabían cómo darte placer. Las chicas sí que sabían cómo tocarse.

Aun así, tanto a Juju como a Elizabeth les daba miedo que una mañana una de ellas decidiera que se había aburrido de salir con una chica. Por eso Juju no quería contarle a Elizabeth lo del beso con Vivek. Siempre había jurado que solo era su mejor amigo, que no había nada más entre los dos, que estaba segura de que a Vivek le gustaban los chicos. Elizabeth la había creído. ¿Por qué no iba a hacerlo? Ni que supiera que estaba saliendo con una mentirosa. Todavía no.

Cuando por fin Juju le contó lo del beso, Elizabeth se quedó paralizada. Juju observó el pasmo y el dolor que pasaron por su expresión en olas sucesivas, rápidamente reemplazados por la incredulidad.

—Un momento: ¿hablas del mismo Vivek con el que me repetiste mil veces que no pasaba nada? —preguntó Elizabeth, y soltó una risa hueca—. Vaya, menuda idiota he sido. Y tú riéndote de mí en mi cara todo este tiempo. ¡Casi te admiro!

—No es lo que estás pensando —trató de decir Juju—. Déjame explicártelo…

—¿Y qué estoy pensando? ¿Tanto echabas de menos los penes que tuviste que intentar ligarte a Vivek, de entre todos los que había? Si ni siquiera es un hombre, por Dios.

—¡Elizabeth!

—Ni siquiera lo culpo a él. Ya sabemos que tiene la cabeza en otra parte. Pero tú… ¿cuánto tiempo llevas mintiéndome? ¿Qué más habéis hecho? —Elizabeth alzó una mano y miró a Juju con asco—. Mira, no me lo cuentes. Ahora mismo no te puedo ni ver.

Se alejó y Juju corrió tras ella, tratando de agarrarla del brazo, pero Elizabeth lo sacudió para soltarse. Juju gritó su nombre con la voz rota, sin importarle quién las podía ver u oír, pero Elizabeth no miró atrás.

Una semana después, Maja entró en la habitación de Juju para decirle que Vivek ya no estaba, que «nos había dejado»; palabras vacías pensadas para hacer de la muerte algo más aceptable. Juju se la quedó mirando mientras la noticia de su muerte reducía a polvo los mil pedazos en los que Elizabeth había dejado su corazón, hasta que en el pecho no le quedó nada que pudiera subirle por la garganta. Por eso dejó de hablar, y que Kavita fuera a verla no cambió nada. Nada cambió hasta una mañana, cuando Juju soñó con Vivek, y en el sueño volvía a besarla, y un río le fluía por la lengua y le bajaba a Juju por la garganta. Maja le dio los buenos días y ella, aunque tenía la boca seca, le contestó automáticamente. Juju vio la felicidad que inundaba el rostro de su madre. Charles estaba en casa —últimamente siempre estaba—, y al saludarlo, le sorprendió ver a su padre más viejo a la par que aliviado.

La siguiente vez que Kavita fue a visitarla, exhausta y demacrada, Juju le contó lo que quería saber: que Vivek había venido a su casa aquel día, pero se había marchado por la tarde y ella creía que se había ido a casa. Le contó a Kavita que había almorzado allí, pero que no comió mucho porque estaba lleno de comer tortitas.

—¿Entonces no sabes lo que le pasó? —preguntó Kavita con una

mirada colmada de decepción.

—Lo siento mucho, aunty. No tengo ni idea. Pensé que llegó bien a casa. No supe lo que le pasó hasta… —se le quebró la voz e hizo una pausa para recomponerla a la fuerza—. Hasta que llamaste a mi madre.

—¿Sabes que lo dejaron delante de la puerta? —Kavita parecía muy frágil.

—Ya lo sé, aunty. Me lo contaron —Maja estaba esperando justo a la entrada del salón. Juju arrojó una mirada de súplica en su dirección para que acudiera a rescatarla.

Su madre se precipitó dentro de la estancia y apoyó las manos sobre los hombros de Kavita.

—Vamos —dijo—, que te sirvo un té. Juju, ya puedes irte a tu cuarto.

Juju se inclinó para darle a Kavita un abrazo rápido antes de marcharse. Notó lo afilados que tenía los omóplatos, como una rama a punto de partirse en dos. Juju quería susurrarle que la quería, pero no era algo que solieran decirse en voz alta, y sabía que no le haría sentirse mejor. Aun así, al ver a Kavita en aquel estado, casi enloquecida de intentar entender lo que le había pasado a Vivek, se preguntó si no merecería su madre una pizca de la verdad; si Juju y las demás no le estarían haciendo daño cada vez que Kavita les hacía las preguntas equivocadas y ellas le daban respuestas cautas. La verdad distaba tanto de cualquier sospecha que Kavita pudiera albergar que no tenía ninguna posibilidad de interrogarlas con éxito; no era consciente de todo lo que no sabía. Kavita era la madre de Vivek, y se estaba consumiendo ante sus ojos. Eran tan culpables como ella sospechaba. La estaban haciendo sufrir.

Juju llamó a Elizabeth.

—Creía que no volvería a saber nada de ti —dijo esta cuando contestó al teléfono.

Juju ignoró el comentario.

—Tenemos que contarle la verdad a aunty Kavita —dijo—. Ya es hora.

DIECINUEVE

OSITA

Juju llamó para decir que nos encontraríamos el domingo en el club deportivo. Tanto ella como Elizabeth ya estaban allí cuando llegué, sentadas lo bastante lejos una de otra para dejarme claro que seguían de bronca, pese a que sus cuerpos se orientaban inconscientemente el uno hacia el otro. Juju tenía las piernas cruzadas y daba golpecitos en la hierba con un pie. Elizabeth casi no se movía. Se le notaba la rabia como una capa que la recorría por dentro, sentada en aquella silla de plástico, mirando al vacío.

Desde aquel día en las dependencias del servicio, Elizabeth y yo habíamos intentado no coincidir mucho. Se nos complicó la tarea cuando empezó a salir con Juju, dado que estábamos todos conectados a través de Vivek —a quien Elizabeth perdonó mucho más rápido que a mí, por cierto—. Pero no wahala. No salí de Owerri, evité meterme donde no me llamaban y todos contentos. Además, la Elizabeth con la que yo había estado era muy distinta de la persona que era ahora, con esa cabeza rapada y esa raya del ojo tan gruesa. Otras chicas llevarían pendientes grandes y pintalabios para compensar el pelo corto, como en secundaria, pero claramente a Elizabeth eso le daba igual. A veces quería decirle que con las pintas de lesbiana que tenía era un milagro que aunty Maja no se hubiera dado cuenta de que se estaba tirando a su hija. Pero, como digo, estaba evitando meterme donde no me llamaban.

Cuando llegué a la mesa, Juju se levantó y me dio un abrazo que duró un poco más de lo debido. Vi que Elizabeth entornaba los ojos.

—Gracias por hacerte todo el viaje hasta aquí —susurró. No había salido de Owerri desde que aunty Kavita me recogiera en Port Harcourt. A casa de Vivek no podía volver, pero el duelo llegó al pueblo de todas formas. Mi madre lloraba mucho, aunque nunca sabía si era por la muerte de Vivek o porque había dejado que se le escurriera entre los dedos. Nunca se lo pregunté. Mi padre daba vueltas por la casa, con la edad tirándole de la piel de la cara hacia abajo, y apenas hablaba con mi madre. Yo sabía que quería ser un

apoyo para De Chika y le dolía ver la inmensa zanja que sus esposas habían cavado entre ellos.

—Somos hermanos —dijo una vez, cuando le pregunté cómo estaba, con desconcierto e incredulidad en la voz—. Seguimos siendo hermanos, pero no quiere hablar conmigo.

Aquel día estuve a punto de decirle que sabía lo que era perder a un hermano, pero era un sentimiento demasiado complicado para describirlo con palabras, así que me lo guardé para mí.

—Dijiste que era importante —recordé a Juju al separarnos.

Juju se sorbió la nariz y se la limpió con una mano.

—Lo es. Estamos esperando a que lleguen las demás.

—Elisabeth —la saludé con un movimiento de cabeza.

—Osita —me miró fugazmente y esbozó una sonrisa tensa, sin separar los labios. Dijo con tono punzante—: Qué bien que has podido venir.

Me imaginaba que para entonces Juju ya debía de haberle contado lo de mi relación con Vivek. No me sorprendió su hostilidad, y tampoco me importaba lo suficiente para quejarme. No quedaba nada por lo que pelear. Vivek estaba muerto. Me senté a esperar, mirando a Juju disimuladamente. Parecía exhausta. Se había soltado las trenzas que solía llevar y se había recogido el pelo marrón claro en un moño improvisado. Estaba ojerosa y no llevaba brillo de labios, y sin embargo nunca la había visto tan guapa, pese a dar la impresión de estar a punto de romperse. Era raro: lo siguiente que pensé fue que Vivek querría que cuidase de ella.

—¿Qué tal estás? —le pregunté.

—Está bien —soltó Elizabeth con brusquedad. Estuve a punto de contestarle mal también, pero entonces llegaron Somto y Olunne y de repente nos estábamos saludando, reorganizando asientos, pasándonos la carta. Juju y Elizabeth tuvieron que acercar las sillas y hacer sitio para Somto y Olunne, cosa que anuló el pequeño campo de fuerza que se interponía entre ellas, y en su ausencia regresaron de golpe a su antigua intimidad, entrelazando sus voces en un único tejido. Cuando el camarero nos hubo tomado nota, Olunne se volvió hacia Juju.

—Vale. ¿De qué va todo esto? ¿Por qué hemos hecho venir a Osita desde Owerri?

Juju y Elizabeth se miraron, y esta última asintió ligeramente.

—Enséñaselas —dijo.

Juju metió la mano en su bolso y de él sacó un sobre colorido, cubierto de fotos de stock de caras sonrientes en colores saturados.

—Las llevé a revelar el otro día. Son de la cámara de Vivek —dijo, alargándole el sobre a Somto, que estaba sentada junto a ella—. Creo que… deberíamos dárselas a aunty Kavita.

Somto abrió el sobre y sorbió un poco de aire. Miró a Juju. Estaba enfadada.

—¿Le sacaste fotos así?

Juju tensó la mandíbula.

—Él las quería. Qué tenía que decirle, ¿que no?

Somto cerró la solapa del sobre sin mirar el resto de las fotos que contenía.

—¿Me estás diciendo que los de la tienda de fotos también las han visto?

Elizabeth miró al cielo.

—Piensa un poco —dijo—. Pues claro que las han visto. ¿Y qué? —Olunne estiró el brazo por encima de la mesa para quitarle el sobre a su hermana.

—¿Tú ya las has visto, Elizabeth? —dijo.

—Fui con Juju a recogerlas.

Somto parecía furiosa.

—No deberías haber sacado estas fotos, Juju. Me da igual que fuera lo que él quería. ¿Qué pasa si alguien las encuentra? ¿Y si alguien de la tienda hizo copias aparte?

—¿No la has oído? —Olunne estaba pasando las fotos. Hablaba con voz amable, casi divertida—. Quiere enseñárselas a su madre.

—You dey craze —dijo Somto a Juju—. ¿Te enteras? Loca. No tienes la cabeza bien. Aunty Kavita no las puede ver jamás. ¿Te imaginas el palo que se llevará si las ve?

—Yo creo que debería saberlo —dijo Juju. Su tono era de miedo e incertidumbre.

Elizabeth le apoyó una mano sobre el brazo.

—Tú eras la que mejor lo conocía —dijo.

—¡Vivek ya no está! —gritó Somto. Elizabeth le lanzó una mirada asesina y repitió, bajando la voz—: Ya no está. Lo han enterrado. ¿De qué va a servir que se las enseñes?

Olunne me pasó las fotos y las cogí con el corazón acelerado. Ya sabía lo que iba a ver, y sabía que me golpearía en el pecho con la fuerza de un camión. No había visto ninguna foto suya desde el entierro.

—No has visto cómo está —opuso Juju—. No deja de hacer preguntas. No va a parar. Quiere saber lo que le pasó.

—No sabemos lo que le pasó —dijo Olunne.

—Bueno, pero ella cree que sí. O como mínimo, cree que lo sé yo, porque la mía fue la última casa en la que estuvo.

—Estuvo viniendo a nuestra casa, pero ya no viene —dijo Somto.

—¡Porque ahora me está molestando a mí! —replicó Juju—.

¿Sabes que tuvo bronca con mi madre a cuenta de esto? Mumsy acabó diciéndole que no podía venir más por casa… después de tantos años siendo amigas. Así que ahora nos llama al fijo todo el día y me suplica que recuerde lo que sea que no le estoy contando.

—¿Y esto es lo que le quieres contar? —Somto había arqueado las cejas, sarcástica—. ¿No crees que esto solo hará que tenga más preguntas?

Juju se encogió de hombros.

—Son la verdad. Sabe que Vivek le ocultaba algo. ¿Por qué no se lo enseñamos y ya está?

—Porque esa mujer está a un pelo de volverse loca, Juju —dijo Olunne con el tono de quien aporta un dato amablemente. Yo seguía ojeando las fotos. El lustre me resbalaba entre los dedos. Yo salía en una de ellas, sonriendo a la cámara. Recordaba aquella foto. Juju la había sacado al atardecer, mientras se ponía el sol, transformado en una línea que recorría de lado a lado la pared de su habitación. La luz me dividía la cara limpiamente en dos y sumía mi sonrisa en sombras. Puse la foto al final del montón y seguí pasando el resto mientras las chicas discutían.

—Elizabeth, acude a recoger a tu novia, por favor —dijo Somto, alzando las manos al cielo—. Que no deja de decir tonterías.

—No, pero de verdad —dijo Olunne, volviéndose a Elizabeth—: ¿Tú crees que se lo deberíamos contar a aunty Kavita?

Elizabeth se mordió el labio.

—Mira —contestó—: tarde o temprano los secretos siempre salen a la luz. Es solo cuestión de tiempo. Y cuanto más tardan en salir es peor —alzó un hombro para dejarlo caer de nuevo—. Lo sabemos todos por experiencia, abi?

Casi noté como Juju se encogía, incómoda, y supe que estaba pensando en su padre. O quizá en los secretos que había estado ocultándole a Elizabeth.

Somto no estaba convencida.

—¿Cómo se va a enterar? Na you go tell am? De hecho, aparte de los que estamos aquí sentados, ¿quién lo sabía? —nadie dijo nada—. Exacto. Así que, a menos que uno de nosotros abra la bocaza, aunty Kavita no tiene por qué enterarse. Vaya gente, no tenéis respeto. Que la pobre mujer recuerde a Vivek tal y como lo conocía, haba! ¿A vosotros qué? ¿Soy la única aquí con dos dedos de frente?

Olunne entrelazó las manos y asintió.

—¿Qué necesidad hay de armar jaleo?

Juju y Elizabeth se miraron.

—Dos contra dos —dijo Elizabeth, y todas se volvieron hacia mí.

—Yo creo que debería decidirlo Osita —dijo Juju.

Somto se chupó los dientes.

—¿Por qué él?

Se me aceleró el corazón. ¿Juju estaba a punto de contarles lo nuestro?

Olunne le dio un manotazo a su hermana en el brazo.

—Idiota. Vivek es su primo. Estamos hablando de su familia.

Juju asintió.

—Es tu tía. Tú decides.

Elizabeth torció el labio con desprecio.

—Sí —dijo con voz empalagosa—. Era tu primo.

Me estaba mirando directamente a los ojos. Veía el asco claramente reflejado en ellos. Me pregunté cuánto le había contado Juju, si es que acaso importaba a estas alturas.

Juju miró mal a Elizabeth un momento antes de dirigirse a mí otra vez.

—¿Tú crees que debería saberlo?

Abrí la boca para contestar, pero en ese momento llegó la comida y me tragué las palabras. Pasamos un rato sin hablar, recolocando cosas para hacer hueco en la mesa.

Cuando el camarero se alejó, Juju cogió un trozo de boniato frito y esperó a mi respuesta. Elizabeth empezó a comerse su plato de suya con los ojos fijos en mí. Las hermanas soplaron sobre un cuenco de sopa de pimienta y yo bajé la vista a mi plato. Por un momento contemplé mi ugba, brillante de aceite, y la negrura del caracol frito. El aroma untuoso se me pegaba a los orificios de la nariz.

—Enséñaselas —me sorprendí diciendo.

—Madre mía —dijo Somto.

Juju se atragantó con un trozo de boniato.

—Espera, ¿lo dices en serio?

No se había esperado que estuviera de acuerdo, creyendo que querría encubrir a Vivek.

—Enséñaselas —repetí, cerrando el sobre y devolviéndoselo a Juju.

—Vais a matar a esa mujer, que lo sepáis —dijo Somto—. Wallahi.

Ignoré su comentario.

—Tienes razón —dije a Juju—. Está claro que aunty Kavita necesita respuestas. Y estamos haciendo como si no lo hubieran matado. Como si fuera normal que Vivek haya muerto.

—Pero es que sabemos por qué lo mataron —murmuró Olunne, ensartando la pajita en su vaso.

—Exactamente —dije—. Lo sabemos nosotros. Pero ella no. Por eso hay que enseñárselas, para que lo entienda. Y deje de preguntar.

—Estás loco si crees que con esto va a dejar de hacer preguntas —

Somto cogió su cuchara y removió la sopa de pimienta.

—No. Seguirá haciendo preguntas. Pero serán otras. Y quizá esas se las sepamos contestar.

Juju parecía a punto de llorar.

—Gracias —dijo—. Es que no puedo seguir mintiendo de esta manera.

—Joder —dijo Olunne—, la que se va a liar. Si se lo cuentas se van a enterar todos nuestros padres. Eso significa que van a preguntarnos cosas. A todas. Que por qué lo permitimos. Que por qué no se lo dijimos.

—No era asunto suyo —dijo Juju.

—¿Ah, no? Quiero estar delante cuando se lo cuentes a tu madre. Seguro que se lo toma superbién —Olunne dejó caer la pajita en el vaso y se cruzó de brazos—. Va a ser un desastre. Nos van a matar.

—Por lo menos nosotros estamos vivos —dijo Juju—. Vivek no.

Se hizo el silencio. Después Somto se llevó las manos a la cara y gimió.

—No me puedo creer que nos obligues a hacer esto.

Me quedé mirando a mi comida. Había perdido el apetito y tenía el pecho oprimido de ver sus fotos.

—Tengo que ir volviendo a Owerri —dije, poniéndome de pie. Las chicas me miraron, sorprendidas.

—¿No te quedas con aunty Kavita? —preguntó Somto.

Negué con la cabeza.

—Le he dicho a mi madre que volvía esta noche.

—Deberías quedarte —dijo Olunne—. Es peligroso viajar a Owerri tan tarde.

—No pasa nada. Ya lo he hecho otras veces.

Juju se levantó.

—Te acompaño a la puerta.

Me despedí y vi a Elizabeth vigilar a Juju mientras nos alejábamos de la mesa. Atravesamos el edificio principal, luego el vestíbulo, y nos paramos fuera, junto a la cancela.

—¿Seguro que te tienes que ir? —preguntó Juju.

Se había acercado mucho a mí, pero yo no quería retroceder.

—Seguro que Elizabeth se alegra de que me vaya —contesté.

—Ignórala. Se lo tomó muy mal cuando se enteró, solo es eso.

No sabía qué decir sobre ese tema —lo de que su novia se enterase de mi relación con mi primo—, así que pasamos unos minutos así, en silencio, bañados por la luz del foco de seguridad.

—Si no quieres quedarte a dormir donde tus tíos, lo entiendo —dijo Juju—. Yo tampoco querría dormir allí sin Vivek. Ya sabes que

siempre puedes venir y pasar la noche en mi casa.

Me reí.

—Imagínate cómo se pondría tu padre.

—Está viajando por trabajo. Esta vez de verdad. Y mumsy te conoce, y ya te has quedado otras veces. No hay ningún problema.

—Gracias, pero no hace falta. Debería ir marchándome.

Juju me abrazó y yo le devolví el abrazo con fuerza. Una vez más me invadió aquel pensamiento: Vivek querría que cuidase de ella. Pero yo no era Vivek, y no podía reemplazar lo que él había sido para Juju. No encajaba en ese puzle en concreto. Cuando la solté, se despidió con la mano y yo hice lo mismo mientras ponía rumbo a la calle principal. Sabía que aún estaba allí, sola bajo la luz, mirando como la dejaba atrás.

En la parada de autobús, compré una bolsita de agua y me la bebí despacio. Era una estupidez preocuparme por ella, me dije. Lo había estado sobrellevando perfectamente antes de aparecer yo, igual que el resto. Como si la vida de los padres de Vivek no se hubiera detenido, al menos en todos los sentidos importantes. Y aun así tenían que despertarse todas las mañanas y ver el sol surcar el cielo una vez más. Quizá todos estuviéramos fingiendo estar bien porque el mundo no nos daba otra opción.

De repente me sentí agotado, drenado del todo. Me senté en un banco y me quedé mirando el ajetreo a mi alrededor. Mi autobús llegó y se fue y yo seguí ahí sentado mientras la voz del conductor que gritaba «¡Owere! ¡Owere!» me zumbaba en la cabeza. Cuando las luces del autobús se perdieron en la noche, me obligué a reconciliarme con el hecho de que había tomado una decisión y cogí un okada a casa de aunty Maja. El motorista me dejó fuera de la valla floral y aproveché una parte cerca de la cancela que no estaba completamente asfixiada de plantas para saltar al otro lado. Escribí a Juju al móvil desde la puerta trasera: *Estoy abajo*. Al cabo de unos minutos, sonó el chasquido del candado y Juju corrió el cerrojo del protector de hierro para abrirme la puerta.

—Quítate los zapatos —susurró mientras lo cerraba todo otra vez. Con ellos en una mano, la seguí de puntillas y subimos las escaleras, respirando apenas, hasta que estuvimos a salvo en su habitación y ella cerró la puerta con pestillo. Entonces dijo—: Me alegro de que hayas vuelto.

No respondí. Estaba recorriendo la habitación con la mirada, preguntándome cómo se me había podido ocurrir que la casa de De Chika sería un recordatorio demasiado doloroso de Vivek, cuando el resto de los recuerdos estaban aquí, en esta casa.

—Quizá no debería haber venido —dije al fin.

—Pues ya es tarde —se metió en la cama. Tenía puesto un camisón de algodón que le llegaba por encima de las rodillas—. Y ya que estás aquí, podrías aprovechar para dormir.

Vacilé.

—¿Y la habitación de invitados?

Juju se sentó recostada contra las almohadas y se pasó la mano por la cara.

—Osita, por favor. No puedo… —abrió las palmas de las manos y las dejó caer sobre la colcha—. No puedo, de verdad.

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Me quité los pantalones, me desabroché la camisa y me metí en la cama solo en camiseta de tirantes y bóxers. Cuida de ella. Parece tan sola.

—Lo siento —dije, atrayéndola a mi pecho—. Shh, no pasa nada. Lo siento.

Se deshizo en sollozos, que amortiguó contra mí para que no se colasen por debajo de la puerta y reptasen hasta la habitación de sus padres. No dije nada. Me limité a abrazarla mientras se agitaba de pena, y yo también lloré, pero sin hacer ruido, con lágrimas que le mojaban el pelo. Era imposible no echarlo de menos cuando estaba con ella; era como si alguien me hubiera clavado una pala en el pecho y la hubiera levantado, llevándose todo lo que podía con ella y dejando tras de sí un caos aullante. El dolor se espesó hasta que yo también terminé sollozando, intentando meter aquel dolor en el hueco entre su cuello y su hombro, envolviéndola con mis brazos como para salvarme a mí mismo, y no solo a ella. Perdí la noción del tiempo en su interior, acosado por los recuerdos de nosotros tres en aquel cuarto, cuando Vivek era feliz y vivía; e incluso de Olunne y Somto y Elizabeth allí con nosotros, como cuando jugamos al Monopoly todos juntos y Vivek hizo trampas, o cuando nos enseñó a jugar al solitario con cartas de verdad, o cuando se puso a bailar y las chicas bailaron con él y yo pensé: «Que Dios me perdone, pero le quiero, le quiero de verdad»; cuando era radiante, luminoso y pura vida, mi primo, mi hermano, el amor de mi disoluta vida.

Era noche cerrada cuando volví en mí de un sobresalto. Debíamos de habernos quedado dormidos, o caído en una especie de sopor, de tanto llorar. Juju se sorbió la nariz y se incorporó. Tenía los ojos rojos y la cara cubierta de regueros de sal.

—Estás feísima —dije, incorporándome junto a ella.

—Tu padre —replicó, frotándose la cara.

Sonreí y le alisé un poco de pelo hacia atrás.

—¿Estás bien?

Apoyó la cabeza sobre mi hombro.

—Sí. Hacía mucho que no lloraba así por él. Desde el día que me enteré.

—Yo no había llorado así por él nunca.

Alzó la vista para mirarme.

—¿De verdad?

Asentí. No había mucho más que decir. Juju me pasó un brazo por encima del pecho y apretó un poco, como diciéndome que lo entendía.

—¿Qué vamos a decirle a tu madre mañana cuando me vea? —pregunté.

—No te preocupes. Se va hacia las ocho. No nos va a molestar.

Se levantó de la cama y fue hasta donde estaba su reproductor de CD.

—¿Qué haces? —pregunté—. ¿Vas a poner música? ¿A estas horas?

Juju rio.

—Mumsy ya está acostumbrada. Me gusta dormirme escuchando algo.

Puso un disco de Mariah Carey, *Daydream*, pasó una canción y le dio al play.

En cuanto la música empezó a sonar con un tintineo de carrillones, me puse en tensión.

—Esa no —dije. Era la favorita de Juju. La ponía constantemente cuando Vivek estaba vivo. Dolía escuchar la voz de Mariah por encima de la melodía pausada del piano y la suave percusión. Pero en lugar de apagarla, Juju empezó a bailar un two-step lento. El camisón se arremolinaba suavemente a su alrededor. El pelo suelto se le mecía sobre los hombros—. He dicho que esa no.

Juju se subió a la cama y se sentó a horcajadas sobre mí. El dolor de mi pecho era casi insoportable, pero me tomó la cara entre las manos y sus ojos devoraron el daño que se me filtraba por la piel.

—No pasa nada —susurró. Cerré los ojos porque no quería llorar otra vez—. No pasa nada.

Sentí que me besaba y por el sabor de su boca supe que ella ya estaba llorando. Deslicé las manos por su espalda y hundí los dedos en su columna, devolviéndole el beso. Casi podía sentir la caricia del pelo de Vivek rozándome los hombros, la palma de su mano fuerte contra mi nuca. Sin darme cuenta, se me estaban acumulando las lágrimas en las comisuras de la boca, y Juju las tragaba mezcladas con las suyas; estábamos llenándonos la boca de sal y lenguas y un duelo líquido. Me quité la camiseta y Juju se elevó lo bastante para poder quitarme los bóxers también. Después alzó los brazos para que le quitara el camisón.

La voz de Mariah nos envolvió en notas agudas y fue como si una ola de pena nos cubriera la piel de miles de alfileres. Juju se estiró

para alcanzar el cajón de la mesita. Yo le besé el arco del cuello, el ala de la clavícula, la piel del hombro. Regresó a mi boca y desgarró el envoltorio del condón antes de volver a elevarse para ponérmelo. Me quedé sin aliento cuando bajó de nuevo en un movimiento fluido, clavando las rodillas en el colchón, con sus manos como dos hierros marcándome a fuego. Me imaginé a Vivek a su espalda, sus piernas confundidas con las mías, su boca contra la espalda de Juju; imaginé que podía alargar los brazos por detrás de ella y tocar los suyos, acercarlo más hasta estar los tres bien apretados.

Pero cuando alargué las manos solo encontré aire, cálido e inerte.

—No está aquí —susurró Juju, como si me hubiera leído la mente.

Devolví las manos a su cuerpo y las posé en sus caderas, que rodaron hacia delante.

—Ya lo sé —dije—. He venido por ti.

Pero Vivek sí que estaba ahí, de alguna manera, aun solo en nuestros recuerdos de él: estaba ahí porque estaba su ausencia. No nos importaba. A él no le habría importado. Habría esbozado esa sonrisita fastidiosa que tenía y se habría echado junto a nosotros a mirar, contento. ¿Cómo no iba a estar, cuando hubo tanto de él en nosotros cuando estaba?

Después, Juju se tumbó con la cabeza apoyada sobre mi pecho.

—No se lo he dicho a nadie —dijo en voz baja.

Volví la cabeza ligeramente.

—¿El qué?

—Que viniste a buscarle el día que murió. Después de que se marchara. No se lo he dicho a tu tía.

Levanté una mano para acariciarle el hombro.

—Gracias.

—No lo encontraste, abi? Eso me dijiste.

Su voz sonaba como la de una niña.

Le besé la cabeza, agradeciendo que no me pudiera ver los ojos.

—No —contesté—. No lo encontré. Ahora, duerme.

Se acurrucó contra mí y escuché hasta que se acompasó su respiración. Yo, por el contrario, me quedé despierto con los ojos fijos en el techo, preguntándome si estaba haciendo lo correcto al mentir. La penumbra me devolvió la mirada y, como siempre, no dijo nada.

VEINTE

VIVEK

Osita tenía razón. Claro que los miraba. Era precioso verlos juntos. A ella le puse las manos sobre el punto más bajo de la espalda; a él sobre la sólida expansión del pecho. Besé el sudor que perlaba la garganta de ella y el estómago de él.

Y es que me estaban manteniendo con vida de la forma más dulce que conocían.

VEINTIUNO

Para el entierro de Vivek, Chika volvió a pintar la casa de Ahunna, toda de blanco hueso, gotas salpicadas sobre la tierra que rodeaba los muros. Hacía tiempo que Ekene había construido su propia casa en la misma calle, pero Chika se aferró a la de su madre, reformándola y ampliándola, como un parásito que personalizara el cuerpo de su anfitrión. En los años transcurridos desde la muerte de Ahunna, Chika había plantado setos y árboles por todo el recinto, levantado una valla y coronado esta con una bobina de alambre de espino. El color que eligió fue el blanco, aun sabiendo que tendría que repintar a menudo, pues el polvo de la carretera sin asfaltar embadurnaba las paredes de un rojo apagado y arenoso. Chika lo hizo todo en un torbellino de actividad las semanas antes de dejarse caer en la cama y sucumbir otra vez al ya familiar estupor del duelo.

Todos se retiraron al pueblo aquellos primeros días, Chika y Kavita y el cuerpo de Vivek, Mary y Ekene; era el único lugar en el que podían estar. El sepelio en ciernes estableció una tregua forzada entre las dos mujeres, cosa que los hermanos agradecieron. Osita apuró su estancia en Owerri hasta el último momento, pese a la acalorada discusión que tuvo con sus padres. «No me voy a perder el entierro», insistía, pero a Ekene le indignó tanto su negativa a acudir con tiempo para ayudar que levantó la mano para pegarle, algo a lo que no recurría desde hacía años. Sin embargo, antes de llegar a propinarle el golpe, vislumbró algo en los ojos de Osita, y lo que vio —total indiferencia— lo perturbó tanto que bajó el brazo y salió a zancadas de la habitación con una rabia amarga e impotente en la garganta.

Al llegar al pueblo, Ekene creyó que Chika se estaba encargando de demasiadas cosas para el entierro, pero no fue capaz de abrir la boca, teniendo un hijo que aún vivía. Así pues, contempló a su hermano pintar con el corazón lleno de un duelo aún caliente, observó el rojo brillante que le velaba los ojos. Chika ya no dormía.

Con Kavita tendida en la cama, su hermano deambulaba por la casa, entre los cubos de pintura y las brochas, entre las lonas extendidas sobre el suelo embaldosado, las alfombras enrolladas y los muebles cubiertos con telas. Todo parecía muerto o suspendido, todo

en pausa, un largo momento de silencio tangible con el que señalar la pérdida de su hijo. Vivek descansaba con un embalsamador del barrio, donde lo estaban preparando para su inhumación; Chika deambulaba por las noches con la piel cubierta por una capa de polvo. Por las mañanas, Ekene llevaba el desayuno a su hermano pequeño y lo obligaba a comer mientras este hablaba sin descanso de los planes para el entierro. Ekene no decía nada —ni sobre la nueva mano de pintura, ni sobre la limpieza del recinto, ni sobre los preparativos para la comida y la música—, pero cuando Chika mencionó el sacrificio de una vaca, no pudo seguir callando.

—Mba —dijo Ekene—. No puedes hacer eso.

Se cruzó de brazos y bajó la vista para mirar a su hermano, que le devolvió la mirada con enfado.

—¿Cómo que no puedo? —replicó Chika—. ¿Acaso no es mi dinero? ¿Alguien te ha pedido que compres tú la vaca?

—No estás pensando con claridad, y es normal, pero déjame decirte desde ya que no puedes matar una vaca por tu hijo, Chika. No está bien.

Chika respiró hondo.

—¿Pretendes decirme lo que está bien y lo que no para el entierro de mi propio hijo?

Ekene suspiró y se sentó a su lado.

—Era demasiado joven, Chika. Matar una vaca es celebrar una vida. Eso lo hacemos para honrar a quien ha vivido una vida plena, alguien a quien no se llevaron antes de tiempo. Si celebras así a tu hijo, con una vaca entera, es como si estuvieras celebrando algo antinatural, que tu hijo haya muerto tan joven. Ịghọtala m?

Chika se hundió en la silla.

—Solo quiero honrar a mi hijo.

—Puedes honrarlo, y lo harás —dijo Ekene, apoyándole una mano en el brazo—. ¿Sabes qué? Mata una cabra. Eso también dará que hablar sef, pero ¿y qué? Hazle un homenaje.

—Era mi único hijo —continuó Chika—. No matamos una vaca por mama.

—Nos dijo que no lo hiciéramos —dijo Ekene. Apartó la mano y se recostó—. ¿Te acuerdas de lo que dijo? Que si se moría por la noche, no podíamos dejar que el sol saliera y se pusiera sobre su cadáver.

Chika sonrió con tristeza.

—Y luego dijo que si teníamos una cabra o un perro, que lo sacrificáramos, pero nada elaborado. Un entierro discreto. Nos lo suplicó.

—Y lo hicimos como ella quiso. Por eso, ¿cómo vas a matar una vaca por tu hijo cuando por mama solo matamos una cabra? Quedaría

un poco raro.

Chika asintió.

—Tienes razón.

—Mary dice que ella iría al matadero por la mañana temprano y compraría carne suficiente para las personas que vayan a venir.

—¿Lo está organizando ella?

Ekene miró a su hermano, sorprendido.

—¿Quién te pensabas que se estaba encargando? ¿Kavita?

Chika agachó la cabeza, avergonzado. Había dado por hecho que una de las mujeres se estaría ocupando de esas cosas; ni siquiera le había preguntado a su mujer al respecto. Últimamente le costaba mirarla, ver su propia pena ampliada en los ojos de ella.

Ekene suavizó el tono.

—Mary es tu hermana —dijo—. Kavita está de luto y tú, por algún motivo, has decidido volver a pintar toda la casa. ¿Quién si no se iba a encargar?

—Tampoco sabía que se estuvieran hablando.

Ekene rio brevemente.

—Es que no se hablan —se encogió de hombros—. Ya conoces a las mujeres.

—Dime por favor que su iglesia no está metida en esto.

—Ah, no. Lo intentó, pero le paré los pies. Kavita la mataría en el acto si trajera a alguien de allí. Vamos a pedir a un sacerdote católico que venga al recinto.

—Siento no estar participando en los planes —dijo Chika—. Todo se me hace extrañísimo.

—Tú concéntrate en la casa —Ekene agradecía que el trabajo de pintura estuviera animando a su hermano, aun hasta el punto de quitarle el sueño. Todavía recordaba lo que ocurrió tras la muerte de su madre—. Nosotros nos ocupamos del resto.

El trabajo de pintura concluyó en la víspera del entierro. Ekene mandó a un grupo de muchachos donde el embalsamador. Volvieron con el cuerpo de Vivek en un ataúd, que llevaron en equilibrio en la parte trasera de un autobús al que quitaron los asientos, sujetándolo para que no se moviera con los bandazos que daban entre baches y socavones. Cuando llegaron, lo condujeron al salón de la planta baja y lo depositaron sobre una mesa en el centro de la estancia. Kavita los observó desde las escaleras, por las que estaba bajando cuando los muchachos irrumpieron atropelladamente por la puerta, gritándose unos a otros que sujetaran bien el féretro. Al verlo, Kavita se hundió lentamente, agarrada a los balaustres, y miró por entre los huecos. Le llegó el golpe seco y apagado de la madera al apoyarla, la voz de

Ekene, el plaf de las chanclas de los muchachos contra las baldosas al marcharse en fila. Algunos la miraron con curiosidad al pasar.

Cuando cerraron la puerta tras ellos, Ekene se acercó y se agachó un escalón por debajo de ella.

—Kavita, ¿quieres verlo?

Kavita levantó los ojos y miró a Ekene, que le tendió la mano. Con el corazón temblando, Kavita la aceptó y permitió que su cuñado la pusiera en pie y la condujera hasta el salón. El ataúd aún estaba cerrado. Ekene le soltó la mano para ir a levantar la tapa. Después esperó a la cabeza del féretro a que Kavita se acercase. Esta llevaba el pelo recogido en una sola trenza que le caía por la espalda. Por un momento se imaginó que la trenza se elevaba en el aire, tirando de ella hacia la puerta; pues si no miraba dentro de la caja, quizá podría fingir que nada de aquello era real, que Vivek estaba por ahí en alguna parte y todo había sido un terrible malentendido. Pero no: avanzó paso a paso y curvó los dedos alrededor de la madera pulida del borde de la caja. Vivek estaba tendido dentro con las manos reposando a los costados, los ojos y la boca cerrada, el pelo suelto formando un abanico sobre un cojín de satén, exactamente como ella había pedido. Se fijó en que parecía reseco, su pelo, y le pasó una mano por encima, preguntándose si debería ponerle un poco de aceite de coco, como solía hacer.

A la gente le gusta decir que los muertos parecen dormir, y quizá Kavita lo habría dado por bueno en diferentes circunstancias. Con Ahunna fue así, pero, al fin y al cabo, ella murió mientras dormía. En su caso, el sueño y la muerte se confundieron, y cuando al día siguiente le dieron sepultura, llevó paz consigo. Pero Kavita ya había visto un Vivek muerto: el del porche, la sangre coagulada, el pie torcido. No serían capaces de engañarla con esta versión pulcra, no podían imbuirle una paz que nunca hubo. Y no porque no lo hubieran intentado, pues lo habían vestido con su atuendo tradicional favorito, el blanco, tan descalzo como el día que volcó la maceta de flores de la entrada. Kavita rompió a llorar doblada sobre sí misma y Ekene se apresuró a sujetarla antes de que tocara el suelo. La rodeó con un brazo y condujo el peso de su cuerpo hasta su dormitorio en el piso de arriba, murmurando palabrería que él mismo consideraba inútil.

Kavita volvió a bajar más tarde, esta vez con Chika, y ambos estuvieron largo rato de pie en el salón, velando el ataúd.

—¿Dónde está el colgante? —dijo Chika al fin.

—No sé. No lo llevaba cuando lo encontré.

—Siempre lo llevaba puesto. ¿Seguro que no se ha caído donde el embalsamador? ¿O que no lo han robado?

El dolor había cincelado el semblante rígido de Kavita.

—Estoy segura, Chika. No lo llevaba encima. Kavita percibía que Chika se lo quería discutir, pero también sabía que no iba a poder. Kavita se había negado a separarse del cuerpo después de encontrarlo; había recorrido la cara de Vivek con las manos, había apoyado la mejilla sobre su pecho y gemido. Además, habían desnudado el cuerpo. Si el colgante hubiera estado allí, Kavita lo habría visto.

—Tendríamos que enterrarlo con el colgante. Está raro sin él.

Kavita asintió y le dio una palmadita a Chika en el brazo. El hombre necesitaba algo con lo que obsesionarse ahora que había terminado de pintar, ahora que la pena lo perseguía de cuarto en cuarto, rogándole que pasara un rato a solas con ella. Todos sabían lo que ocurriría cuando llegara ese momento: le rebanaría detrás de las rodillas y lo tiraría al suelo y Chika volvería a caer en la misma oscuridad a la que se había retirado cuando Ahunna murió.

—Lo encontraremos —dijo Kavita, recibiendo su nueva obsesión con los brazos abiertos—. En algún sitio tiene que estar. Tal vez se lo quitó.

—Nunca se lo quitaba.

—Tal vez se lo quitó para limpiarlo.

—Sí —dijo Chika—. Para limpiarlo.

Permanecieron así, en aquella habitación vacía, hasta que llegaron las plañideras y los dolientes: ellos dos, a solas con su hijo.

Ekene los había estado observando desde el vano de la puerta, tratando de no molestar, reacio a romper el velo de pena que se había tejido alrededor de aquel retablo. Al final los dejó allí y volvió a su casa, donde estaba Mary.

—¿No vas al velatorio? —preguntó a su mujer.

—Iré más tarde —dijo—. ¿Shebi van a estar toda la noche?

—Los familiares, quizá. Dudo que Kavita se quede hasta el final. Es demasiado doloroso para ella.

Mary asintió.

—Y no le hará gracia estar rodeada de todo el mundo. Tanto Chika como ella son muy reservados.

Ekene asintió. Al filo de la medianoche, Mary salió discretamente y se unió al velatorio. Junto a las mujeres de la familia, primas segundas, terceras y demás, se cubrió la cabeza y cantó góspel hasta el amanecer. Kavita y Chika se quedaron en el piso de arriba en duermevela, llorando en la intimidad. Una de las mujeres les subió comida a la habitación, que permaneció intacta en la bandeja; una solitaria película de aceite coagulado cubrió su superficie.

Las Nigerwives llegaron en masa por la mañana y pulularon alrededor de Kavita como aves protectoras, extendiendo y

entrelazando sus alas. Chika y Ekene las miraban y negaban con la cabeza.

—Quizá se consuele un poco con ellas aquí —dijo Ekene.

Chika gruñó por toda respuesta. Su hermano le apretó el hombro.

Mary estaba abajo, coordinando a las mujeres que cocinaban en la parte de atrás. Las hijas de las Nigerwives —las que habían venido, las que eran amigas de Vivek— deambulaban por la planta baja. No entraron en el salón hasta que llegó Osita; entonces fueron tras él para ver el cuerpo de Vivek.

Osita se colocó junto al ataúd de su primo y bajó la vista, rodeado por plañidos que cargaban el aire como electricidad estática. Notó que Juju deslizaba una mano al interior de la suya y apretaba su hombro contra él.

—No me lo puedo creer —susurró Juju—. ¿Deberíamos decir algo?

Los ojos de Osita no se movieron de la cara de Vivek.

—No vale la pena —dijo—. Ya no está ahí dentro.

—¡Osita! ¡No digas eso!

—Es verdad na. ¿Qué sentido tiene?

Tenía la voz ronca de contener las lágrimas, pero por muy enfadado que pareciera, no se movió del ataúd. Juju le apretó la mano y habló con palabras mudas al cuerpo de su amigo. A su lado, Olunne rezaba en voz baja; Somto, con ellos, tenía un brazo apretado contra el estómago y la otra mano sobre la boca, los ojos llorosos.

Desde el porche, en la parte de atrás, Kavita miró cómo un grupo de hombres tiraba de una cabra atada a una cuerda raída al interior del recinto. Había pedido que la llamaran cuando llegase el momento de matar al animal, y observó mientras le ataban las patas y cavaban un pequeño hoyo en la tierra. Tumbaron a la cabra sobre un costado. Sus balidos reverberaron en el jardín trasero. Alguien sacó un cuchillo con un viejo mango de madera y una hoja de buen filo, aunque mellada. Tiraron de la cabeza de la cabra hacia atrás curvándole el pescuezo y, acto seguido, le pasaron el cuchillo de un lado a otro con un movimiento casi despreocupado. La sangre brotó, roja y densa, y se derramó en el pequeño hoyo del suelo. Kavita siguió mirando sin hacer ruido hasta que los sonidos de la cabra se apagaron en un silencio gris. Pensó en su mano cubierta de sangre al encontrar el cuerpo de Vivek y una ola de repulsión la envió corriendo al interior de la casa para vomitar en el inodoro más cercano. Desde fuera le llegó la risa apagada de los hombres y supo que se reían de ella. Quizá no sabían que era la madre del chico muerto, pero tanto daba: nadie sabía lo que fue aquello, nadie sabía lo que fue encontrarlo.

Aún tenía pesadillas: sueños en los que corría a la puerta y en el

porche no había nada salvo un charco creciente de sangre lo bastante quieta para proyectar su reflejo. Sueños en los que Vivek abría los ojos y se reía cuando ella retiraba la tela, en los que todo era un truco, una broma. En los que levantaba la cabeza de Vivek y él se disolvía y se convertía en polvo entre sus manos, y la dejaba sin nada salvo por aquella tela akwete. Apoyada contra la porcelana del inodoro, se preguntó qué habría pasado si nadie hubiera devuelto a Vivek, si lo hubieran dejado dondequiera que murió. ¿Se habría quedado ahí, pudriéndose? ¿Alguien habría retirado su cuerpo? Pensó en la deuda que tenía con quienquiera que lo hubiera traído. No saber quién fue, qué ocurrió, estaba acabando con ella.

Desde fuera le llegaron los chasquidos del fuego que acababan de encender. La carne de cabrito estaría lista para cuando concluyese el oficio funerario aquella tarde. Con las entrañas prepararían sopa de pimienta. Kavita tiró de la cadena y bajó la tapa mientras su horror desaparecía en un remolino de agua azul.

Cuando llegó el sacerdote, los chicos que habían traído el ataúd le bajaron la tapa y lo sacaron al recinto, donde se había cavado una fosa junto a la de Ahunna. Una vez allí, lo dejaron en el suelo encima de dos sogas y se apartaron mientras el cura daba comienzo a un breve servicio. Los dolientes se sentaron en sillas de plástico alquiladas o se colocaron de pie tras ellas. Kavita escuchó al cura leer de la Biblia y dejó que el recitar de aquellas palabras la atravesara; anestesiada, contempló la consagración de la sepultura. Se estaban preparando para llevarse a su hijo, para aprisionarlo bajo tantísima tierra. La fosa era un bostezo que abría el suelo rojizo; el montón de tierra junto a ella era del mismo color que la piel de Chika. Si Chika se desnudase y se tendiese en el interior de la tumba y Kavita mirase dentro, ¿qué vería? ¿Vería a Chika siendo absorbido por la tumba como si en el fondo estuviera hecho de arcilla, a la que alguien había dado forma con un poco de agua e insuflado vida expresamente para ella, para así tener un hijo con el único objeto de enterrarlo después?

Se miró las manos, miró el programa del funeral que alguien había diseñado y mandado imprimir. Seguramente Ekene y Mary. Casi deseaba poder perdonarlos por el incidente de la iglesia. El panfleto estaba lleno de fotos de Vivek de pequeño, de bebé; en ninguna salía tal y como era ahora. Era como si quien había seleccionado las imágenes hubiera decidido poner fin a la cuenta de los años antes de que Vivek se dejara el pelo largo. Kavita no sabía si sentirse aliviada de que lo hubieran congelado en el tiempo de aquel modo o molesta porque quisieran fingir que Vivek era alguien que no era. Ya había escuchado comentarios, cuchicheos que llegaban flotando hasta el piso de arriba porque nadie sabía susurrar como es debido: gente que preguntaba por qué no se le había cortado el pelo, por qué sus padres

permitían que lo enterrasen de esa guisa. Le echaban la culpa a Kavita, decían que si Chika permitía cosas así era por ella. Quería enfadarse, pero lo único que lograba reunir era un leve asombro ante el hecho de que pudieran hablar de esa manera con el cuerpo de su hijo aún bajo su techo.

Cuatro de los muchachos se adelantaron una vez más y agarraron las sogas extendidas bajo el féretro. Después comenzaron a descenderlo al interior de la tierra con los músculos brillantes de la tensión. Kavita oyó a Chika que profería un sonido ahogado y palpó el aire buscando su mano, rígida y sudorosa. Las cuerdas se tensaron y fueron deslizándose hasta que la tierra roja se tragó el ataúd y atrapó para siempre la veta oscura de la madera. Tras tocar fondo, los chicos tiraron de las sogas para sacarlas de debajo y se las llevaron, enrollándolas mientras se alejaban. Chika y Kavita se levantaron para arrojar puñados de tierra al interior de la sepultura, susurrando adioses a través de las lágrimas. Tras ellos fueron Mary y Ekene, después Osita y las amigas de Vivek. Cuando todo el mundo hubo hecho su parte, los muchachos comenzaron a llenar la sepultura con paladas de tierra. Kavita volvió caminando a la casa y subió las escaleras. Chika se quedó abajo para atender a los visitantes, que le estrujaron las manos con pésames hasta que dejó de sentir los dedos.

Osita dejó a las demás en el salón de arriba y fue a pasear por la planta baja. Le llegó el sonido de la voz de su madre y siguió el rastro hasta el patio trasero, donde las mujeres estaban envolviendo pequeños montones de akpu con film de plástico y apilándolos en neveras portátiles. Unas cazuelas redondas y negras descansaban sobre estructuras planas de metal bajo las que habían encajado leña, un nido de ascuas rojas y grises. El aire era cálido y fragante, y las mujeres se enjugaban la cara con pañuelos.

Mary levantó la vista según su hijo se acercaba a ella.

—¿Va todo bien? —preguntó. Llevaba una blusa verde con un wrapper dorado sujeto con un nudo sobre ella.

Osita no sabía qué decir ni por qué había bajado. Por toda respuesta, se inclinó para abrazar a su madre. Mary tardó un minuto de sorpresa en devolverle el abrazo. Luego dijo:

—Ehn, hijo mío. Va a ir todo bien. ¿Me oyes? Tú, tranquilo. Dios se encarga —le dio una palmadita en la espalda—. No pasa nada. Vuelve adentro a ver qué tal está tu tío.

Osita asintió y Mary lo vio marcharse, abrumada de gratitud por el hecho de que estuviera vivo y caminando. Miró fugazmente la tumba de Vivek, llena de tierra fresca y suelta, y dijo una oración breve antes de reanudar el trabajo.

VEINTIDÓS

Osita no quería acompañar a las chicas a la casa de su tía para enseñarle las fotos. Así se lo dijo a Juju cuando esta lo llamó para decirle que irían aquel domingo, después de la iglesia.

—Osita ha dicho que no va a venir —dijo a las demás, que se habían reunido en la habitación de Somto.

Elizabeth se encogió de hombros. Ella estaba encantada de no verlo.

—Espera, repite —dijo Somto—. ¿Que ha dicho qué?

—Que no viene, que podemos apañárnoslas sin él. Ya sabes, entre mujeres.

—Entre mujeres wetin? Abeg, márcame su número. Menuda estupidez —pasó directamente a los gritos en cuanto tuvo a Osita al teléfono—. ¿Estás loco? ¿No es tu propia aunty a la que vamos a ver? ¿Y no eres tú el que dijo: «Ah, tenemos que enseñarle estas fotos a la fuerza»? Mira, amigo, más te vale venir, o cancelo todo el plan. Rajado de mierda.

Osita sostenía el teléfono alejado de la oreja.

—Ah-ahn, Somto, ¡relaja! ¿Quieres que me haga todo el viaje hasta allí para pasar… qué, media hora, sentado en esa casa?

—¿No viniste el otro día cuando nos juntamos todas? Osita, no estoy de broma. Vivek era tu primo. Aunty Kavita es pariente tuya. No creas que vas a poder escaquearte.

Olunne se acercó al teléfono para meter baza:

—Además, sales en algunas fotos, así que de todas formas se va a enterar de que tú también tuviste que ver. Es mejor que estés para darle explicaciones en persona en vez de intentar escurrir el bulto.

—Esas no se las vamos a enseñar —dijo Osita—. Quedé en eso con Juju.

—¿Y a mí, qué? Como no vengas, se las enseñamos.

Osita suspiró ante su chantaje.

—Oya, okey. Allí estaré.

—El domingo. A las tres. Si no te vemos, cojo a todas y damos media vuelta.

Somto colgó sin esperar a la respuesta de Osita.

Juju arqueó las cejas.

—¡Vaya con esta! You no dey play.

—No tengo el tiempo libre que tiene ese. Vamos a acabar con esto de una vez.

Elizabeth se estaba comiendo ruidosamente un paquete de cacahuetes Burger.

—¿Creéis que deberíamos contárselo todas a nuestros padres antes que a aunty Kavita? Ya que fuimos cómplices.

Olunne se giró bruscamente para mirarla.

—¿Estás loca? Era su hijo. ¿Cómo vamos a exponerlo delante de otras personas antes de que su propia madre se entere? ¿Te haces idea de lo humillante que sería para ella?

—Pasa de ella —dijo Somto a su hermana—. Lo dice porque le preocupa lo que harán sus padres si se enteran por aunty Kavita que ella tuvo algo que ver.

Elizabeth hizo una mueca por toda respuesta.

—¿Pero sabéis qué? —dijo Juju—. Igual ni siquiera dice nada. A lo mejor decide guardarlo en secreto.

—O a lo mejor llama a todo el mundo y se pone a gritarles —opuso Elizabeth.

—Pues le decimos que nuestros padres no sabían nada —dijo Olunne.

Su hermana la miró.

—¿Pero por qué lo dices así? Claro que no sabían nada. Ni que fuera una mentira.

—Pero quizá le dé por pensar que sí lo sabían. En plan, cómo pudieron dejarle hacer cosas así en sus casas, y todo eso.

—Venga ya. Esto es Naija. ¿Qué padres se enterarían de algo así y no irían corriendo a chivarse donde ella?

Las otras chicas asintieron. Lo que decía Somto tenía sentido. Por eso se lo habían ocultado a sus padres, para proteger a Vivek de quienes no le entendían. Apenas le habían entendido ellas, pero le querían, y con eso había bastado.

Osita se encontró con ellas en la cancela de la casa de Chika y Kavita, donde las esperaba apoyado contra la valla con las manos en los bolsillos.

—Bien —dijo Somto—. Has venido.

Osita se apartó de la valla con un golpe de cadera.

—Before nko? Pues claro. ¿Tienes las fotos?

Juju respondió sosteniendo el sobre en alto.

—Vale, vamos.

—Espera —dijo Olunne—. ¿Está De Chika en casa? Pensaba que se lo íbamos a decir solo a aunty Kavita primero.

—Los domingos por la tarde siempre va al club deportivo —dijo Osita—. Ha empezado a ir otra vez. Ya sabéis que antes se negaba a salir de casa.

—Me alegro de que esté allí —dijo Juju—. Mi popsy dijo que han quedado para tomar algo.

Olunne asintió, aliviada. Una cosa era enseñarle esas fotos a aunty Kavita, pese a lo inestable de su conducta últimamente, y otra muy distinta era mostrárselas a De Chika. Era imposible saber cómo reaccionaría un hombre igbo al ver fotos como esas de su primogénito y único hijo. Era mejor encontrarse solo con su madre. Era más prudente así.

Kavita los condujo al salón y les hizo sentarse sin ofrecerles nada, porque eran niños y habían venido a hablar de Vivek y hacía mucho que ya no se preocupaba por quedar bien. Algo le decía que lo que vinieran a contarle pondría fin al acoso al que los había sometido aquellas semanas en busca de respuestas. La idea hizo germinar la ira en su interior. Cuando le dijo a Chika que estaban mintiendo, cuando les dijo a los padres de las niñas que las niñas mentían, nadie la creyó. Pero hete aquí que hoy habían venido todas —acompañadas por su sobrino, además— y ahí las tenía, alineadas en el sofá, con la culpa en la cara y secretos en los labios. Le daban ganas de abofetearlas.

Las chicas se miraban sin saber quién debería hablar primero. Osita estaba sentado aparte en un sillón con los brazos doblados sobre el estómago y la mirada gacha, fija en la alfombra. Juju sentía que le correspondía a ella; Elizabeth y Somto serían demasiado descaradas y Olunne demasiado dócil. Además, era Juju la que tenía las fotos. Notaba el sobre caliente en la mano, el peso tirando de su brazo hacia abajo. Se lo puso en el regazo y se volvió hacia Kavita.

—Tenemos algo que enseñarte —dijo—. Pero primero quiero explicarte por qué no te hemos hablado de esto antes.

—Pues porque Vivek no quería —dijo Somto por lo bajo. Todas la fulminaron con la mirada y ella alzó las manos en disculpa y no dijo más.

—Estábamos intentando protegerlo —continuó Juju— y también a ti y a De Chika.

Kavita estaba sentada con la espalda recta, al borde del cojín de su asiento. Sus ojos se posaron en el sobre que sujetaba Juju. Se llevó una mano al pecho, como si así fuera a calmar su corazón.

—¿Qué hay ahí dentro? —preguntó.

Juju miró el sobre. Las palabras no servían de mucho; las fotos

podían explicárselo a Kavita mucho mejor que ella. Le extendió el sobre con una mano temblorosa. Kavita se quedó mirando el objeto que flotaba en el espacio entre ellas; luego alargó la mano y lo cogió. No lo abrió de inmediato. Le era imposible. ¿Quién, por mucho que haya perseguido la verdad, puede evitar ese momento de duda, ese momento en el que una se pregunta si realmente quiere lo que ha estado pidiendo? Kavita sabía que aquel sobre contenía en su interior el poder suficiente para hacerla pedazos, para haber mantenido a esos niños aliados en su contra durante tanto tiempo, aun frente a un hijo muerto, aun frente a su dolor.

Levantó la solapa y sacó las fotografías. La primera era una imagen de Vivek vestido con un atuendo tradicional azul pálido, un caftán que lo engullía. Tenía los ojos delineados de negro. Aquello no la sorprendió demasiado; ya lo había visto así vestido otras veces y había dado por hecho que estaba imitando a los norteños. A Chika no le hacía gracia el asunto y así se lo dijo, con comentarios sarcásticos a la mesa del desayuno, pero Vivek hizo caso omiso. Chika habría dicho más, habría tomado más medidas, de no haber tenido miedo de su hijo y su extrañeza. Kavita lo regañó más tarde, cuando Vivek no estaba en casa, y le dijo que no tenía nada de malo ponerse un poco de lápiz de ojos.

—Se empieza por el lápiz de ojos —había dicho Chika—. ¿Pero cómo va a terminar? Pensaba que te daba miedo que le pasara algo. Pero luego le dejas pasearse por ahí con esas pintas. ¿Y si alguien le echa un neumático al cuello?

Kavita desdeñó las preocupaciones de Chika y él se marchó, ofendido, con la impotencia borboteándole por dentro.

Kavita dejó la primera foto a un lado para ver la siguiente. Juju se cubrió la cara con las manos, descansando los codos sobre las rodillas. No quería ver lo que estaba a punto de suceder. Osita dirigió la vista a la ventana, al sol que se colaba por el calado de las cortinas de encaje. Somto y Olunne miraban a Kavita fijamente con la cara cubierta por un velo de nerviosismo, y Elizabeth se quitaba algo de debajo de las uñas, intentando parecer indiferente.

Cuando Kavita tomó aire bruscamente fue como si un golpe blando reverberase por toda la sala. Dejó caer el resto de las fotos sobre el regazo y se aferró a la segunda con ambas manos sin apartar la vista de ella. Juju las había organizado ella misma, así que sabía cuál era la foto: una de la primera vez que Vivek se puso un vestido. Juju la había colocado al principio porque salía contentísimo, y había pensado que de ese modo quizá a Kavita no se le haría tan duro descubrirlas, que quizá se le ablandaría el corazón al verlo tan feliz. Juju había sacado el vestido de una de las maletas viejas de Maja, donde esta guardaba toda la ropa que ya no le cabía, junto con

antiguos recuerdos de su veintena y algunas fotos de sus novios de entonces. El vestido era de rayas blancas y azul marino que lo recorrían desde el cuello hasta el dobladillo. Iba ceñido a la cintura, con una falda acampanada, mangas cortas y bien definidas y pinzas en el pecho.

Vivek no tenía nada con lo que llenar esas pinzas, pero le daba igual. En la foto salía dando vueltas, de modo que la falda del vestido no era más que un borrón, como una salpicadura de agua, y su cabello flotaba difuso en el aire. A pesar de todo, Juju había logrado enfocarle la cara: tenía la boca muy abierta y reía plenamente, los ojos cerrados con fuerza. Juju le había puesto pintalabios, que le enmarcaba los dientes de un rojo intenso, y él mismo se había hecho la raya del ojo, oscura en el párpado inferior y más gruesa en el superior; los ojos parecían perdidos entre márgenes negros.

Las manos de Kavita empezaron a temblar al contemplar la foto.

—¿Qué es esto? —susurró, mirando a Juju brevemente y luego a los demás. El resto dirigían la vista al suelo o a cualquier otra parte salvo en su dirección. Solo Juju quiso devolverle la mirada, empañada por las lágrimas—. ¿Qué es esto? —repitió Kavita con voz temblorosa —. ¿Por qué está así vestido?

Juju, pese a ser un manojo de nervios, no podía apartar los ojos de la madre de Vivek, ni siquiera los segundos que tardaría en ver a las demás y reunir un poco de valor.

—Le gustaba vestirse así —se atrevió a decir con voz tímida—. No quería que te enterases. No quería que ni tú ni De Chika os preocupaseis por él.

—¿Le gustaba ponerse vestidos? —Kavita dejó caer la foto y cogió las demás. Su estupor iba en aumento a medida que las pasaba: Vivek con vestidos de todo tipo; sin mangas, cortos y ceñidos, de estampados chillones, con los labios pintados de rojo o de rosa o simplemente brillantes de gloss, siempre con los ojos perfilados de negro, a veces con un luminoso toque de sombra de ojos—. Dios mío. ¿Se estaba vistiendo de mujer?

—Él decía que se vestía de sí mismo —interrumpió Somto con expresión decidida—. Le hacía feliz, aunty Kavita.

Kavita levantó la cabeza lentamente y las miró.

—¿Y lo sabíais todas? —ellas agacharon la vista—. ¿Osita, tú también?—se dirigió a él con voz frágil por la traición, pero Osita la miró de lleno, sin temor.

—Quería mantenerlo en secreto y eso hicimos, aunty.

—¡Pero estaba enfermo! Todos sabíais lo que estaba pasando, ¿y ni se os pasó por la cabeza contármelo a mí o a su padre? ¡Podríamos haberlo ayudado!

—No necesitaba ayuda —masculló Elizabeth. Olunne le dio con el pie en el tobillo.

—¿Cómo has dicho? —dijo Kavita.

—He dicho que no necesitaba ayuda —repitió Elizabeth con la mirada firme y obstinada—. ¡Le hacía feliz vestirse así, aunty! Sin los vestidos habría estado mucho peor. De hecho, si iba tirando era gracias a eso. Y por eso no se lo dijimos a nadie. Era nuestro amigo.

Kavita sacudía la cabeza, incrédula.

—No: me niego. ¡Seguro que fue por vuestra culpa! Vosotras lo disfrazabais… ¡Os aprovechasteis de él! ¡Sabiendo que estaba enfermo!

Elizabeth y Somto parecían a punto de estallar, pero Juju intervino con delicadeza.

—No era un disfraz, aunty. Vivek decía que era parte de sí mismo, que era algo que tenía dentro y que necesitaba una oportunidad de expresarlo. Y lo único que nosotras le dimos fue eso: esa oportunidad. Sé que da impresión verlo tan distinto. Yo también me preocupé cuando me lo dijo, cuando empezó a vestirse así. Pero estaba tan feliz… La verdad es que le ayudaba un montón —sonrió levemente al recordarlo—. Ojalá hubieras podido verlo. No era así de feliz desde antes de que De Chika lo trajera de la uni. A veces nos pedía que le llamásemos por otro nombre; decía que podíamos referirnos a él como «él» o «ella», que era ambas cosas. Ya sé que suena…

—*Bas*! —Kavita levantó una mano, imponiendo silencio—. Ya basta. No pienso permitir que vengáis aquí a decirme que mi hijo quería que le tratarais como una chica. Es… es antinatural.

—Pero es que es verdad —dijo Elizabeth—. Él era así, y ya está.

—¡Ese no era mi hijo! —gritó Kavita, y tiró las fotos al suelo—. ¡No sé lo que le hicisteis, pero ese no era mi hijo! ¡Ese no era mi Vivek!

A Osita le dolía el pecho, pero no sabía qué decir. Temía que al hablar las palabras brotasen rezumando culpa de su boca. Una náusea de alivio lo embargó al ver que Juju había accedido a quitar las fotos en las que aparecían él y Vivek juntos. Olunne miraba a Kavita con compasión. Su hermana, sin embargo, estaba furiosa.

—No era tuyo —gruñó Somto. Todos la miraron, horrorizados—. No dejas de hablar de él como si te perteneciera, solo por ser su madre, pero no era tuyo. No pertenecía a nadie más que a sí mismo. Y viendo cómo te has puesto… por eso no podíamos contártelo. Por eso vivió los últimos meses de su vida en secreto. Por eso no podía confiar en ti. Te crees que Vivek es de tu propiedad y no sabías nada de su vida.

Se chupó los dientes. Kavita dejó de llorar, sobre todo porque el

descaro de Somto la había dejado anonadada. Olunne pellizcó a su hermana en el brazo en un intento por hacerla callar.

—¿Me estás hablando a mí? —dijo Kavita sin poder creérselo.

—Solo intentábamos protegerlo —dijo Elizabeth—. No queríamos que le pasara nada. Siempre cuidamos de él.

Kavita se volvió hacia ella.

—¡No me digas! ¿Y dónde estabais el día que murió, si tanto lo cuidabais? ¿Dónde? ¿Puede alguien por fin contestarme a esa pregunta?

Se hizo un silencio pesado y denso. Juju habló a regañadientes, con voz queda.

—Estaba en mi casa. Había empezado a salir con vestidos e intenté convencerlo de que no. Le dije que era peligroso, pero él dijo que solo iba a darse una vuelta por mi calle, que no tardaría. Normalmente volvía enseguida, pero aquel día… —en aquel punto la voz de Juju se quebró—. No volvió. Y ese día fue la revuelta del mercado…

—Y se quemó —dijo Kavita, completando la frase sin emoción. La tela akwete que había envuelto el cuerpo de Vivek olía a humo.

Juju asintió, llorosa.

—Creo que se alejó demasiado y alguien lo atrapó.

La garganta de Kavita se contrajo. Se imaginó la escena: Vivek atrapado por una multitud enfurecida, alguien que se lo quedaba mirando demasiado tiempo antes de gritar «¡Es un hombre!», cuerpos agolpándose a su alrededor, apretándose como el nudo de una soga, manos arrancándole la ropa, alguien arrojando una piedra que le abriría la cabeza por detrás. Su niño desplomándose en el suelo. La desgarró un sollozo y se dobló sobre sí misma para reprimirlo.

—¡Aunty Kavita! ¿Estás bien? —Juju hizo amago de tocarle el brazo.

Kavita se recompuso con dificultad, sobreponiéndose al dolor, y volvió a erguirse.

—¿Entonces, creéis que fue así como murió? —dirigió la pregunta a todos—. ¿Salió así —dijo, señalando las fotos desperdigadas por el suelo— y los alborotadores lo atraparon?

Todos asintieron.

—Es lo más probable —dijo Olunne.

—¿Entonces cómo llegó hasta aquí? —preguntó Kavita—. ¿Quién lo trajo?

—Quizá fue un buen samaritano —contestó Juju—. Alguien lo pudo reconocer, y aunque no se atreviera a parar la agresión, lo mínimo que podía hacer era traerlo a casa.

Kavita se cubrió la boca con la mano. Quería mantener la calma al menos hasta que los niños se hubieran ido.

—Ya veo —logró decir. Desde el primer momento supo que la muerte de Vivek no podía haber sido otra cosa que violenta. El estado en que se lo encontró era demasiado sospechoso: la herida, su cuerpo desnudo. Y, con todo, escuchar todo esto, saber cómo iba vestido cuando salió, saber que quizá lo habían linchado… la acuchillaba por dentro.

—Debí haberle cortado el pelo —se dijo, aunque no sabía si habría servido de mucho. ¿Se habría puesto vestidos de todas formas? ¿Lápiz de ojos? ¿Habría sido su vida aún más peligrosa de no haber tenido todo ese pelo con el que convencer a la gente de que era una mujer? Se pellizcó el puente de la nariz con los dedos y respiró hondo.

—Lo sentimos mucho, aunty Kavita —dijo Olunne—. Solo queríamos que supieras la verdad.

La verdad, pensó Kavita. Una pensaría que le brindaría consuelo, después de tanto tiempo mendigando respuestas, pero no: lo que sentía era una conclusión rotunda y vacía. Todo había terminado. Ya había descubierto lo ocurrido, ya se había resuelto el misterio, ya le habían entregado esa versión desconocida de su hijo para soportarla como bien pudiera, y ahora era demasiado tarde para preguntarle nada a él, para hablar con él y enterarse de lo que estaba pasando, conocer mejor a la persona que había sido a sus espaldas. Todo había terminado.

Juju, como si pudiera leerle el pensamiento, se inclinó hacia ella.

—Si tienes cualquier pregunta sobre esto, aunty, pregúntanos cuando quieras. No volveremos a ocultarte nada, prometido —se giró para fulminar a los demás con la mirada—. ¿Verdad?

Todos asintieron rápidamente.

—Estamos diciendo la verdad —dijo Elizabeth. Somto y Osita se limitaron a hacer gestos de aprobación: ella estaba tratando de aplacar su propia ira; lo que él sentía era vergüenza, pues era en quien más recaía el peso de haber guardado el secreto. Kavita era su propia tía; si alguien debía habérselo contado, era él. Pero no: en lugar de eso, se había clavado la lengua a la base de la boca y había dejado que Juju llevase la voz cantante durante toda la reunión. La vergüenza no logró imponerse al miedo: sus propios secretos le habían puesto un candado en la garganta.

—Creo que deberíais marcharos —dijo Kavita con voz cansada. Los niños se levantaron de un salto, musitando disculpas. Olunne se agachó para recoger las fotos; sin mediar palabra, las dejó en una mesita auxiliar y, tras pasarles los dedos delicadamente por encima, se alejó. Kavita los acompañó hasta la puerta, pero al ir a cerrarla le vino una pregunta a la mente.

—Juju —dijo—. ¿Cómo se hacía llamar? Has dicho que a veces

quería que lo llamaran por otro nombre.

Juju hizo una pausa.

—Nnemdi —dijo—. El otro nombre era Nnemdi.

Kavita asintió y cerró el pestillo tras ellos, con el nombre martilleándole la cabeza. ¿De qué le sonaba tanto? Se aferró a él, royéndolo durante días, hasta que sustituyó a la imagen de Vivek ensangrentado que su mente había estado reproduciendo en bucle.

Cuando al fin reconoció el nombre, fue con un sobresalto. Descolgó el teléfono y marcó un número con manos temblorosas.

—¿Diga? —dijo un hombre al otro extremo.

—¿Ekene? Soy Kavita.

Su cuñado cogió aire por la boca, sorprendido.

—¡Kavita! ¡Cielo santo! Qué alegría que llames. ¿Cómo estás? ¿Cómo está Chika?

—¿Recuerdas cuando nació Vivek? —dijo, como si Ekene no hubiera abierto la boca.

Ekene hizo una pausa.

—Claro que sí.

—¿Y que dijiste que deberíamos haberle puesto un nombre igbo, aunque fuera el segundo?

—Me acuerdo. Kavita, ¿qué…?

—¿Qué nombre dijiste que deberíamos haberle puesto?

—¿Por qué…?

—Tú dime el nombre, Ekene. Por favor.

Ekene suspiró al otro lado de la línea.

—Nnemdi. No es un nombre muy común, pero era por mama. Porque tenían la misma cicatriz en el pie —Kavita casi pudo verlo encogerse de hombros—. Si la cicatriz la hubiera tenido nuestro padre, se habría llamado Nnamdi. Pero Chika no quiso. Si Vivek hubiera sido una niña, quizás le habría parecido bien. No sé. Era bastante especial con ese asunto, así que lo dejé estar. ¿Por qué lo preguntas?

—¿Se lo contaste a Vivek alguna vez?

—No. Solo lo hablé una vez, con Chika, antes de la ceremonia de nombramiento. Nunca más. ¿Qué pasa, Kavita?

Kavita se sentía como si le hubieran arrancado el aire de los pulmones.

—Gracias —dijo—. Te llamo luego.

Colgó entre las protestas de Ekene y se dejó caer al suelo. ¿Cómo había…? Si hubiera sido una niña… ¿Qué sentido tenía eso ahora? Y había acabado siendo una niña de todas formas, con el nombre que le habían negado; había acabado apaleado hasta la muerte y arrojado a la entrada de su propia puerta, y ella, su propia madre, no se había

enterado de nada porque su hijo no confiaba en ella. Kavita se quedó en el suelo, llorando a ratos, hasta que Chika llegó a casa y se la encontró allí.

Kavita no podía ni hablar. Solo señaló las fotos que descansaban sobre la mesita auxiliar y vio a su marido dirigirse hacia ella. Su cuerpo seguía siendo esbelto después de tantos años, con brazos que se movían con un suave vaivén y una nuca como embadurnada de arcilla. Kavita observó mientras su marido cogía el montón de fotos y las fue pasando, vio sus cejas contraerse formando una tormenta y su boca abrirse para gritar, hasta que su rabia hizo temblar los cristales de las fotos enmarcadas de las paredes. Después Kavita le contó lo que le habían contado Juju y los otros, lo que Osita había sabido, y Chika rabió aún más, lanzando las fotos para alejarlas de él, hasta que Vivek revoloteó por todo el salón y se posó en la alfombra, el sofá y las mesitas auxiliares con la cara congelada en el tiempo.

Kavita se quedó mirando a su marido como si este estuviera representando su propia confusión con las líneas de su cuerpo. Le explicó la teoría de los chicos —que su hijo había muerto en el tumulto, que le habían pegado y quitado la ropa—, y fue solo entonces cuando al fin el calor abandonó el cuerpo de Chika. Este se dejó caer junto a su mujer con la cara del color de la ceniza. Kavita sabía qué tipo de imágenes tenía en la cabeza, sabía que la ira que sentía ante el secreto de Vivek se había evaporado al darse cuenta de que otra persona lo había matado por ello. Al fin, Chika dejó caer la cabeza sobre el hombro de Kavita y lloró. Kavita le puso una mano en la mejilla para sentir la humedad que se le acumulaba en aquel punto, y murmuró palabras que más tarde no pudo recordar.

Aquella noche, en la cama, Kavita miró a Chika desde donde su cabeza descansaba sobre el pecho de él.

—Se hacía llamar Nnemdi —dijo.

El cuerpo de su marido se puso rígido.

—¿Cómo lo sabía? —preguntó Kavita.

—¿El qué? —dijo Chika.

—Que por poco lo llamamos así. Ekene dice que nunca se lo contó.

—¿Cuándo has hablado de esto con Ekene?

—Antes de que llegaras a casa. Le llamé. Quería saber cómo conocía Vivek ese nombre.

—¿Se lo has contado a Ekene? —Chika empezó a incorporarse con una ira que volvía a removerse en su interior, pero Kavita lo empujó contra la cama.

—No seas tonto —dijo—. No le he contado nada. Solo le he preguntado si alguna vez le dijo el nombre a Vivek y él me ha dicho

que no. Que el nombre era por mama, por la cicatriz de Vivek. Siempre me pareció un misterio.

—Fue cosa de Ekene, que se puso supersticioso. Debería haber pensado un poco antes de ir donde ti con estas tonterías. No le des más vueltas.

—Pero entonces, ¿cómo lo sabía Vivek?

—¡Que no le des más vueltas, Kavita! —Chika se la quitó de encima y se tumbó de costado, dándole la espalda.

Ella esperó un poco antes de deslizar un brazo para rodearlo.

—Quiero ir a visitar su tumba mañana —sintió que los músculos de Chika cedían. Su marido asintió brevemente.

—Duérmete, nwunye m —dijo—. Vale ya con toda esta historia del nombre.

Al día siguiente fueron a la casa del pueblo. A los pies de la tumba de Vivek, con su gran lápida rectangular, Kavita no pudo evitar pensar por un instante que la abuela de su hijo alargaba la mano desde la sepultura que yacía junto a la de él; que atravesaba el féretro y la tierra y astillaba la madera del ataúd de su nieto para agarrarle la mano. Al menos no estaba solo. Estaban juntos, la generación anterior y la siguiente, desaparecidas del aquí y ahora, dejando al resto de la familia flotando en la vida.

Kavita se arrodilló y pasó la mano sobre la inscripción. Le daba la sensación de que había algo raro, algo equivocado.

—Es culpa nuestra —se sorprendió diciendo.

Chika la miró.

—¿El qué?

—Que muriera así, como un animal.

Su marido se agachó junto a ella.

—Mba, es culpa de los energúmenos que lo hicieron.

—No pudo confiar en nosotros —continuó, ignorándolo—. Se escondió en las casas de las otras como si él no tuviera la suya propia. No sabíamos nada de la vida de nuestro propio hijo.

—Ese no era Vivek. Estaba enfermo, Kavita. Tenía un problema mental. Por eso se vestía así —Chika le puso una mano en el hombro, pero Kavita se zafó de ella.

—¡Deja de decir esas cosas!

—Estaba enfermo. Solo necesitaba más ayuda. Deberíamos habernos dado cuenta.

—No sabes de lo que hablas —Kavita se puso de pie y arremetió contra su marido—. No sabemos nada de su vida. Tú tenías tu idea de lo que tu hijo tenía que ser, pero estabas tan ocupado con tu aventura que te perdiste sus últimos meses en este mundo. No podemos seguir

insistiendo en que era quien creíamos que era, cuando él quería ser otra persona, ¡y murió siendo esa persona, Chika! Le fallamos, ¿no te das cuenta? No quisimos verlo tal y como era y le fallamos.

La cara de Chika palideció en cuanto Kavita mencionó la aventura. Lo primero que se le ocurrió fue negarlo, pero no había forma desviar su atención de la verdad. Lo único que podía hacer era mirar mientras su mujer se levantaba con la expresión oscurecida por la rabia y se marchaba hecha una furia en dirección a la puerta trasera de la casa. Allí había una azada en el suelo, y en un instante Kavita la agarró y con ella en la mano volvió a la lápida con paso decidido.

—¿Qué haces? —dijo Chika, intentando cortarle el paso, pero Kavita lo apartó a un lado, sostuvo la azada en alto y la estampó contra la lápida. El metal plano arrancó chispas a la piedra.

—¡Kavita, no hagas eso!

Kavita no le hizo caso. Golpeó una y otra vez mientras Chika la miraba, demasiado atónito para intentar detenerla. Kavita gruñó y lloró —se diría que más de rabia que de pena—, y la lápida se quebró bajo sus arremetidas. Chika se contrajo al ver que ahora estaba centrándose en la inscripción.

—¡Por… lo menos… podemos… hacer… una… cosa… bien! —mascullaba entre acometidas. Unas grietas diminutas se abrieron sobre la superficie de la lápida; la hierba estaba salpicada de esquirlas. Chika dio un paso atrás para evitar que alguna le diera en el ojo. Después se cruzó de brazos y decidió dejar que su mujer se desahogara. Kavita arremetió una y otra vez hasta que se le cansaron los brazos. Después, jadeando, se detuvo. El mango largo de la azada, suspendida entre las manos sin fuerza, le golpeó suavemente las rodillas. Tenía la cara empapada de sudor y el pelo húmedo pegado a la mejilla.

—¿Has terminado? —dijo Chika. Sobre la lápida se había abierto una pequeña herida de bordes fragmentados. Kavita suspiró unas palabras y Chika dio un paso hacia ella—. ¿Qué pasa?

Kavita alzó hacia él una mirada llena de un dolor trémulo y salvaje. Chika la envolvió con los brazos, sorprendido de que no intentara zafarse.

—Tienes que arreglarlo —susurró con voz espesa—. Tienes que arreglarlo.

Chika la estrechó con fuerza.

—Claro que sí —dijo, aunque no sabía bien a qué se refería exactamente—. Yo lo arreglo. Claro que sí.

No fue hasta llegar a casa, cuando Chika preparó té y se sentó con ella en el porche a escuchar a los pájaros de la plumeria, cuando Kavita al fin le explicó lo que quería: un último gesto por su criatura

fallecida, una disculpa tardía.

—Quizá seguiría vivo —dijo—, si se hubiera sentido lo bastante seguro en nuestra casa para ser él mismo, en vez de ir así por la calle. ¿Cómo íbamos a protegerlo si no sabíamos nada? Les pidió a los demás que no nos lo contaran porque no podía confiar en nosotros, e hizo bien. ¿Te imaginas lo que habríamos hecho?

Chika apretó la mandíbula, pero sabía que Kavita tenía razón. Si Vivek estuviera vivo, nunca lo habría admitido, pero una vez has pisado la tierra sabiendo que los huesos de tu hijo están pudriéndose bajo tus pies, la ira y el ego se disipan como polvo en un vendaval.

—Además —añadió Kavita, con excesiva calma—, me lo debes.

Eloise pendía entre los dos. Chika agachó la cabeza, consciente de su derrota. Kavita había fijado su precio, y sus opciones estaban muy claras: pagar o perderla.

Chika llamó al contratista y encargó una lápida que reemplazase a la anterior con una nueva inscripción. No se lo contó a nadie de la familia, pero sabía que solían ir a visitar la tumba, así que cuando Ekene lo llamó para decirle «Más vale tarde que nunca», Chika lo aceptó. No volvió a decirle nada a Kavita de su vergüenza, ni de la nueva lápida, ni de las fotos. Y Kavita no le dijo nada cuando las sacó del cajón y las metió en un álbum, que escondió bajo su lado del colchón. Se pasaba horas mirándolo cuando Chika no estaba en casa, intentando encontrar a la criatura que alumbró y después perdió, intentando fijar en su recuerdo a la que había encontrado.

VEINTITRÉS

OSITA

Fui a visitar la tumba de Vivek el día de su cumpleaños, muy temprano.

Sabía que De Chika y aunty Kavita llegarían más tarde aquel día y pasarían allí la noche, así que fui el día anterior y dormí en la habitación de mi abuela. Justo cuando despuntaba el alba, las primeras grietas de la cáscara del huevo antes de eclosionar, salí al recinto y me quedé de pie delante de su tumba, con la nueva losa que había instalado De Chika, obligado por aunty Kavita. No le quedó mucha opción, teniendo en cuenta que mi tía había intentado destrozar la anterior.

Notaba el aire húmedo a mi alrededor. El rocío cubría la hierba, las hojas y el pequeño carambolo plantado a la cabeza de la lápida, que luchaba por dejar atrás su vida de plantón. No tenía claro por qué aunty Kavita había elegido un frutal para que se nutriera del cuerpo de Vivek. Seguramente De Chika habría elegido otra cosa, como una palmera. ¿Le ilusionaba pensar en el día en que al fin habría carambolas colgando de sus ramas? ¿Las cogería entonces y se las comería como si lo estuviera absorbiendo a él, devolviéndolo al interior del que procedía? Como una especie de eucaristía, imaginé cuerpo y sangre transmutados en piel verde pálido y carne amarilla, jugosa a reventar. O quizá nunca tocaría la fruta —quizá nadie lo haría—, y todas caerían de nuevo al suelo para pudrirse, volver a hundirse en la tierra, hasta que las raíces del árbol las acogiera una vez más y así una y otra vez, en un ciclo sin fin. O aparecerían los pájaros y se comerían la fruta, para así llevarse a Vivek con ellos, dando vida a cosas aun después de que a él se le agotara.

Me acuclillé junto a la tumba. Tenía las piernas aún agarrotadas por el sueño. Me rendí y me senté sobre la lápida tras mirar alrededor para asegurarme de que nadie me veía. Había traído una bolsa de plástico negra y amarilla, firmemente anudada. Sentado sobre la tumba de mi primo, empecé a desatar el nudo. Estaba bien apretado; había atado la bolsa a conciencia con manos temblorosas con la idea

de quemarla o, al menos, desde luego, de no volver a abrirla nunca más. Después se quedó durante meses debajo de mi cama. A veces la sacaba y la sostenía contra el pecho, resistiéndome al deseo de desgarrar el plástico para abrirla. Siempre la devolvía a su sitio. Pero hoy… hoy eso iba a cambiar.

Necesité unos minutos y usar los dientes para desatar el nudo; después abrí la boca de plástico y plegué los lados hacia fuera. En el interior había un vestido de algodón suave, salvo por las partes rígidas por la sangre reseca. El día que lo metí en la bolsa lo había doblado cuidadosamente. Ahora alisé el cuadrado que creaba sobre mi regazo. Era azul marino, como me imaginaba que sería precipitarse al mar e intentar llegar al fondo. Tenía flores rojas de hibisco salpicadas por todas partes, lunares amarillos temblorosos en los estambres. No estaban impresas a tamaño real; estos hibiscos eran más pequeños que los de verdad, para que cupieran más en aquel azul. Era el vestido favorito de Vivek.

Lo llevaba puesto en una de las fotos que Juju iba a enseñarle a aunty Kavita, pero me la llevé de su habitación la mañana después de quedar con todas en el club deportivo, así que esa nunca llegó a manos de mi tía. Juju aún dormía cuando me fui y yo no la desperté. Habría sido demasiado para mí decirle adiós, demasiado raro, teniendo en cuenta lo que había pasado la noche anterior. Por eso recorrí su habitación sin hacer ruido, recogí del suelo los bóxers y los pantalones y me los puse haciendo equilibrios. Después me puse la camiseta de tirantes y la camisa arrugada por encima. El bolso de Juju estaba en su tocador. Introduje la mano con cuidado y saqué el sobre de fotos. Las pasé rápidamente, buscando la que había visto en el club deportivo. Las chicas también habían visto esa foto, pero ellas conocían bien a Vivek y les parecía que solo estaba haciendo el tonto, como a menudo hacía con nosotros. Quizás el sentimiento de culpa me estaba volviendo paranoico, pero esa foto me daba la sensación de estar sacando algo a la luz y no podía permitir que mi tía la viera. No quería ni pensarlo. Si mi tía les hablara a mis padres de aquella foto, no podía ni imaginar las consecuencias que tendría para mí.

En la foto Vivek llevaba ese vestido, de estilo cruzado, que se ataba a la izquierda de la cintura. Tenía un escote en forma de V que le dejaba a la vista el hueso del esternón. El pelo suelto le caía alrededor de la cara. Juju se lo había peinado y trenzado con gel en un centenar de trencitas, lo había dejado secar y después se lo había soltado para crear la multitud de ondas que ahora se precipitaban en cascada sobre su cuerpo. Estaba sentado en mi regazo con las piernas cruzadas y el vestido se le subía por los muslos; tenía el torso inclinado hacia delante, riendo para la cámara. Con un brazo me rodeaba el cuello. Yo salía mirándolo a la cara con una expresión que me hacía encogerme

de vergüenza. Lo miraba, a falta de una palabra mejor, con adoración. Desinhibido. Como si no corriera peligro de que alguien me viera mirándolo así. Como si estuviéramos solos y yo no tuviera miedo y no fuéramos primos y no fuera todo aterrador.

Vivek se había afeitado el pecho y las piernas —lo hacía a menudo en aquellos últimos meses—, y tenía las uñas de los pies pintadas de un tono de rojo a juego con las flores de su vestido. Recordé la primera vez que se lo vi puesto; me sorprendieron las mangas largas y las hombreras. Habría sido casi recatado de no ser por el escote, que se cubría con el pelo. Pero solía girar sobre sí mismo para lucirlo, y al hacerlo, por una vez parecía feliz, y no exhausto, como si estuviera moribundo o enfermo. No podía evitar alegrarme por él. Para entonces, la verdad, yo ya había claudicado, y estábamos en casa de Juju, en nuestra burbuja, donde no pasaba nada malo ni existía el mundo exterior. Sentado sobre su tumba con el vestido en las manos, sentí el llanto que se me revolvía en el pecho.

Todo habría seguido yendo más o menos bien si se hubiera quedado dentro de la burbuja. Si no hubiera sentido la necesidad de empezar a salir y exponerse al peligro. ¿Cómo íbamos a protegerlo si no había forma de que se quedase en casa?

El día que se incendió el mercado, fui en busca de Vivek a casa de Juju. Me dijo que había salido otra vez. Le grité, injustamente, como si no supiera que no podía detenerlo. Nadie podía. Todos lo habíamos intentado, muchas veces. Me marché, me monté en un okada y fui a buscarlo. Sabía que le gustaba ir donde una mujer cerca del mercado que vendía puff puff, así que le dije al hombre del okada que fuera por Chief Michael Road. Acabábamos de pasar el primer cruce cuando oímos el ruido y vimos el tumulto a lo lejos. El okada viró bruscamente a un lado de la carretera y frenó en el arcén.

—Commot, commot! —gritó el conductor.

—¿No vas a seguir? —pregunté.

—You dey craze? ¿No ves que hay disturbio? Amigo, commot, que me voy. Guarda ese dinero, sef.

Desmonté entre quejas y juramentos y el okada se alejó a toda velocidad. Suspiré y miré a mi alrededor. Ahí fue cuando vi a Vivek unas manzanas más allá, inconfundible con aquel vestido. Lo llamé por su nombre, pero al no darse la vuelta, corrí hacia él. Le di un empujón en el hombro al alcanzarlo.

—¡¿No oías que te llamaba?!

Se dio la vuelta y me miró con calma.

—Soy Nnemdi —corrigió mi prima.

Me pasé la mano por la cara. Justo hoy tenía que ser.

—Vale, perdona, Nnemdi. ¿Podemos volver a casa de Juju?

—Claro. Pero antes quiero comprar unos puff puff.

Me la quedé mirando. Después señalé hacia el caos que nos esperaba más adelante.

—¿Te quieres meter ahí? ¿A por puff puff?

Su expresión titubeó al fijarse en la muchedumbre. Se estaba retorciendo las manos, como hacía siempre que estaba nerviosa.

—No tardamos nada. ¿Puedo comprar y luego nos vamos?

Quería gritarle, pero la última vez que lo hice me amenazó con pegarme un puñetazo en la cara y después se dio a la fuga. No fui capaz de perseguirla —habría dado una impresión un poco rara—, de modo que volví a casa de Juju y esperé a que Nnemdi volviera por su propio pie. Esta vez, la sujeté suavemente de los hombros y la miré a los ojos. Sentí la suavidad del algodón del vestido bajo las palmas de las manos.

—Nnemdi —dije—. Estoy seguro de que hasta la mujer de los puff puff ha cogido sus cosas y se ha ido ya. No va a estar. Se está yendo todo el mundo, ¿no ves?

Una columna de humo surgía del mercado y se elevaba contra el horizonte. La calle estaba abarrotada de vehículos que pasaban por nuestro lado a toda velocidad: buses, taxis y coches particulares. Una vendedora pasó zumbando en un okada con bobinas de tela apiladas precariamente a su alrededor. La moto iba zigzagueando entre los otros vehículos, y al pasar junto a nosotros, dio un bandazo para evitar un socavón y parte de la tela se cayó y aterrizó en una nube de arena. La mujer gritó al del okada que frenara, pero él se negó, también a gritos. Continuaron alejándose a toda velocidad de la turba que empezaba a fermentar.

—Tenemos que irnos —dije a mi prima—. Biko, antes de que te pase cualquier cosa.

Nnemdi me miró mal.

—¿Por qué crees que me iba a pasar algo a mí? ¿Tú nko?

—Venga, no empieces, por favor. Ya sabes que es peligroso salir así vestida de casa de Juju, aún más por esta zona, ¡y aún más en esta situación! Déjate de tonterías, ¡vámonos!

—Ya veo —dijo con frialdad—. ¿Conque ahora te parezco tonta?

—Nnemdi, por favor. Si quieres, discutimos cuando lleguemos a casa de Juju. Pero vámonos. Biko.

—Te avergüenzas de mí —dijo con tono de sorpresa—. Por eso no te gusta que salga así vestida. Te da vergüenza todo, Osita. Antes te avergonzabas de ti mismo, luego de los dos, ahora solo de mí.

—Por Dios, Nnemdi. Eso no es verdad. Abeg…

—Sí que lo es. Cuando estamos en casa y nadie nos ve, todo bien, pero por eso no te gusta nada que salga así. No quieres que nadie me

vea. ¿O lo que no quieres es que me vean contigo?

Gemí y me agarré la cabeza con las manos. No teníamos tiempo para esto. ¿Y si alguien se fijaba demasiado en ella, alguien con un machete en la mano, alguien envalentonado por la turba? Qué rápido podían hacerle daño, matarla. La agarré del brazo y empecé a tirar de ella.

—¡No tenemos tiempo para andar riñendo en la calle!

Nnemdi intentó zafarse de mí y empezó a pegarme.

—¡Suéltame! Hapu m aka!!

Perdí los estribos.

—¡HAY QUE IRSE YA! ¿Sabes lo que harán contigo?

Nnemdi se quedó sin aliento y, tirando del brazo con todas sus fuerzas, logró soltarse. Me sobresaltó ver el dolor en su mirada, darme cuenta de que la verdad pudiera hacerle tanto daño. Tiró de sí misma con tal fuerza que dio un traspié, tropezó con una piedra y cayó. Todo sucedió muy rápido. Vi como su cabeza golpeaba el borde de hormigón de la cuneta al margen de la carretera, como se desplomaba, con los ojos cerrados, y el charco de sangre que se formó en la arena en pocos segundos.

Grité.

—¡No, no, no, NO! —corrí y me arrodillé junto a ella, deslizándole una mano bajo el cuello para levantarle la cabeza—. Nnemdi. ¡Nnemdi!

Pensé que tal vez no reconocería ese nombre después de darse un golpe en la cabeza.

—Vivek —susurré—. Vivek, abre los ojos. Por favor, bhai. Abre los ojos.

Tenía la mano empapada. Había muchísima sangre. El pánico se cernía dentro de mí como un buitre, luchando por salir, picoteando, aleteando descontroladamente. Miré alrededor y gateando me hice con la tela que se había caído del okada. Rompí el envoltorio de plástico y levanté de nuevo el cuello de Nnemdi para intentar detenerle la hemorragia con la tela.

Un hospital. Necesitaba llevarla a un hospital. Nadie a mi alrededor nos prestaba atención; todo estaba sumido en el caos; la gente corría en todas direcciones. Levanté a Nnemdi y me la llevé, apretada contra el pecho, sirviéndome de la parte superior de un brazo para amortiguarle la cabeza. Me detuve a un lado de la carretera y un okada frenó en seco delante de mí. Para mi sorpresa, era una mujer.

—Wetin happen? —preguntó, fijándose en Nnemdi.

—Se ha caído. ¿Puedes llevarnos a un hospital, por favor?

Asintió.

—Entra —dijo, y me monté tras ella, con cuidado, sentándome lo bastante atrás para que cupiera Nnemdi. Salimos a toda velocidad.

—Al hospital Anyangwe —dije a la conductora—. ¿Sabes cuál es?

Estaba a la vuelta de casa de De Chika. Se podía llegar andando desde allí. Podría correr e ir a buscarlos mientras los médicos atendían a Nnemdi. La conductora asintió y yo agaché la cabeza sobre la cara de Nnemdi. El viento silbaba a ambos lados.

—Despierta —supliqué—. Hazlo por mí.

Zigzagueamos entre los coches y en todo momento mantuve los brazos firmemente agarrados entre sí, con las rodillas de Nnemdi dobladas sobre un codo. Se le cayeron los zapatos, pero no importaba. Al llegar al cruce donde una calle lateral llevaba al hospital, vimos que un socavón gigantesco lleno de agua bloqueaba gran parte de la calzada. El okada se detuvo al borde.

—Por ahí no entro con la moto —dijo—. Me va a destrozar el motor. Podemos dar la vuelta por la calle principal. ¿Abi el hospital está ahí mismo?

—No wahala —dije, bajándome con cuidado—. Desde aquí puedo seguir a pie. Ego ole?

Rechazó mi pregunta con un gesto.

—Olvida el dinero. Tú cuida de tu mujer.

Asentí con los ojos llenos de lágrimas. La conductora arrancó y vadeé el charco por una esquina. La calle lateral era un atajo, pequeño y estrecho, sin pavimentar, sombreado de árboles. Conocía bien esa callejuela: el recinto de De Chika tenía una puerta lateral que daba a ella. Cuando Vivek y yo estábamos aún en secundaria, le rompimos el candado oxidado y abrimos una senda para poder salir a escondidas. Llegué al otro lado del charco con las piernas mojadas hasta la pantorrilla. Estaba franqueando la cancela cuando bajé la vista para mirar a Nnemdi y paré en seco.

Había algo nuevo en su expresión. Ya no parecía ella. Me arrodillé a toda prisa y la tendí en el suelo para tomarle el pulso del cuello. No sentí nada. Le sostuve la mano delante de la nariz. Nada. Tenía la manga y la delantera de la camisa empapadas de sangre. No podía respirar. Se me empañaron los ojos y me sentí como si fuera a desmayarme. La zarandeé, la llamé por ambos nombres, como si fuera a servir de algo. Estábamos debajo de un flamboyán. Una flor naranja cayó y se le posó en el pecho.

Me quedé ahí, arrodillado, cerca de la valla, en la calle desierta. Le puse una mano sobre la cara y la llamé por sus nombres una vez más. Me daba la sensación de estar imaginándomelo todo.

Ahí estaba, en la calle, con el cuerpo de mi prima ante mí.

Alguien me iba a ver.

Ese pensamiento lo ocupó todo: una descarga de adrenalina me atravesó el cuerpo. No puedo explicar por qué hice lo que hice a continuación, salvo porque la casa de De Chika estaba ahí mismo, y sabía que ya era inútil ir al hospital, y no sabía cómo responder a ninguna de las preguntas que me harían al aparecer en cualquiera de los dos sitios. Vivek siempre nos había dicho a Juju y a mí: «Que mis padres no se enteren. Ya tienen suficientes preocupaciones. Que no se enteren de que Nnemdi existe».

Así que hice lo que él habría querido que hiciera.

Desaté el lazo del vestido y se lo quité, sin dejar de llorar en ningún momento, con las manos temblando y la mente dispersa. Cogí la tela con la que había absorbido la sangre y la desdoblé. Era akwete, en un patrón rojo y negro. Con ella cubrí a mi prima y volví a levantarla; después fui con ella hasta la puerta lateral —nunca arreglaron el cerrojo— y la abrí empujándola con el pie. Atravesé corriendo el jardín trasero y pasé por un lado de la casa hasta el porche, donde deposité a Nnemdi, junto al felpudo. Ambos estábamos cubiertos de sangre, sangre por todas partes. No podía dejar de llorar.

—Lo siento —susurré—. Lo siento muchísimo.

Le retiré el pelo de la cara con una caricia y apreté la frente contra la de ella, derramando lágrimas sobre su nariz y su boca. La voz de De Chika se filtró por la ventana.

—¿Has oído eso? —preguntaba a mi tía.

—¿Hay alguien en la puerta?

Reprimí un sollozo, me sorbí la nariz, sostuve la cara de mi prima entre las manos y la besé en los labios.

—Me tengo que ir —le dije—. Por favor, perdóname. Me tengo que ir.

Alargué la mano por detrás de su cuello y le desaté la cadena de plata, el colgante de Ganesh; aún estaba tibio. Cerré los dedos para envolverlo en un puño.

—Te quiero —dije a sus ojos mudos. Me levanté y eché a correr, encorvado, para que no me vieran por las ventanas. Hui por la parte de atrás y salí por la puerta lateral; solo me detuve para cerrarla tras de mí. Corrí por la callejuela y recogí el vestido del suelo. Lo sacudí para quitarle los pétalos naranjas y amarillos que se habían amontonado sobre él. Corrí hasta la calle principal y dejé atrás las puertas del hospital. La gente se me quedaba mirando, pero el dolor de mi expresión debía ser lo habitual tan cerca de aquel edificio; pensarían que había perdido a alguien en su interior. Pedí una bolsa de plástico a una mujer que vendía naranjas a un lado de la carretera. Ella se fijó en la sangre de mi ropa y pareció asustarse, pero me dio una bolsa negra y amarilla y me ofreció una bolsita de agua

purificada.

—Lávate la cara —dijo—. Gịnị mere gị?

—He tenido un accidente —dije mientras me enjuagaba la sangre. El agua se volvía rosada en mis manos.

—Chineke! ¿Estás bien?

—Sí, ma. Solo estoy intentando llegar a casa.

—Tienes la camisa llena de sangre.

—No es mía.

—No es bueno que vayas así por la calle —llamó la atención de la mujer que vendía ropa en el kiosco de al lado. De maniquíes sin cabeza, color blanco hueso, colgaban camisetas con brillantes y vestidos ankara.

—¡Vero! Biko, nyem camiseta para este chico.

La mujer asomó la cabeza por fuera del kiosco.

—¡Cincuenta naira! —voceó. Metí la mano en el bolsillo, saqué cien y se los entregué a la vendedora de naranjas. Me miró con asombro antes de agitárselos en el aire a la otra mujer, que inclinó la cabeza y salió con una camiseta negra decorada con una corona de brillantes—. Esta le entrará —dijo. La vendedora de naranjas le dio los cien nairas y la otra le devolvió cincuenta. Intentó darme el dinero, pero negué con la cabeza.

—Está bien así, ma.

Me puse la bolsa entre las rodillas, me quité mi camisa ahí mismo, en la carretera, y me puse la camiseta negra. Me quedaba un poco prieta, pero serviría. Metí la camisa ensangrentada y el vestido de Nnemdi en la bolsa y, cuando alcé la vista, vi que ambas mujeres se me habían quedado mirando.

—¿Así te desnudas fuera de tu casa, tan alegremente? —dijo la vendedora de ropa.

—Tú a lo tuyo —le dijo la vendedora de naranjas. Luego se volvió hacia mí—. Y tú llega a casa sano y salvo, ¿entendido?

—Daalu, ma.

Aún quedaba la sangre que me empapaba los vaqueros y empezaba a resecarse, pero no se notaba mucho contra la tela oscura. Fui derecho a la parada y cogí un autobús a Owerri. Al ir a pagar al conductor, vi que algunos billetes estaban manchados de sangre, pero el hombre ni se inmutó.

Mis padres no estaban en casa cuando llegué, así que cogí la llave de debajo del felpudo y entré. Me daba tiempo a darme un baño y quemar mi ropa ensangrentada con la basura del jardín trasero, que de todas formas me tocaba incinerar. No sé por qué me quedé el vestido, ni por qué lo metí en aquella bolsa, le hice un nudo y la escondí debajo de la cama. Lavé el colgante y lo guardé debajo del

colchón, aunque me arriesgaba a que mi madre lo encontrase si entraba en mi cuarto. Era poco probable. No podía enterrarlo. No era capaz.

Todavía recuerdo la sangre colándose por el desagüe de la bañera al echarme cubos de agua por encima, frotándome el cuerpo hasta que el agua salió transparente y luego echarme aún más agua y frotar aún más, gastando baldes y más baldes, hasta agotar toda el agua del bidón del baño. Me sequé con una toalla blanca para asegurarme de que no quedaba ni una gota de mi prima sobre mí y fui a por agua para rellenar el bidón. Después salí de casa, consciente de que era solo cuestión de tiempo que De Chika llamase para contarle a mi padre lo que había pasado, y no quería estar presente para contestar al teléfono.

Cuando llegué a casa tarde aquella noche, mis padres estaban llorando en la sala de estar. Al escuchar lo ocurrido, lloré con ellos como si fuera mi primera vez.

He fingido cada día desde entonces. Fingí delante de las chicas, y en el entierro, y con todo el mundo. Por eso no iba a ver a nadie, por eso me quedé en Owerri. Necesitaba aprender a comportarme con este secreto que va soltando pétalos dentro de mí. Ayudé a aunty Kavita a buscar el colgante después de que me fuera a buscar a Port Harcourt, como si no lo tuviera yo en casa, como si no fuera a volver para sacarlo de debajo del colchón y apretármelo contra la boca, ahogando mis sollozos para que no me oyeran mis padres.

Cuando le contamos a aunty Kavita nuestra teoría de que Vivek había salido como Nnemdi a la calle y alguien debía de haberlo matado durante los disturbios, apenas pude hablar de lo hinchada que tenía la garganta. Pensaban que era por la pena. «Estaban muy unidos», diría mi tía acerca de Vivek y de mí más adelante, cuando al fin concedió a los demás el derecho a llorar a su hijo. Los escuché preguntarse qué habría sido de aquel vestido, consciente en todo momento de que estaba escondido debajo de mi cama, suave y tieso. Miré como lloraba mi tía al imaginarse el sufrimiento por el que había pasado Vivek. Quería decirle que Nnemdi dejó de sentir en el momento en que cayó, que estaba dormida en mis brazos cuando murió, que no hubo dolor como ella imaginaba, pero no podía decir nada. No dije nada. Ya le habíamos dicho toda la verdad que podía soportar. El resto me lo guardaba para mí.

Pues bien, ahí estaba yo con el vestido, sentado frente a la tumba, con el sol que se iba reduciendo a un amarillo diluido. No sabía a qué hora iban a llegar mis tíos. Me sentía como si siempre estuviera corriendo apenas unos metros por delante de ellos, guardando secretos que no llegaban a alcanzar. Cogí una azada que estaba tirada junto a la puerta trasera y con cuidado cavé un hoyo al pie del pequeño

carambolo, lo bastante profundo para que no se abriera con la lluvia, intentando separar las raíces. Cavé el resto con las manos, alrededor del árbol, creando pequeñas excavaciones, ablandando la tierra con agua. Cuando el agujero fue lo bastante profundo, saqué el vestido de la bolsa. Me lo llevé a la cara buscando el aroma de la piel de mi primo, intentando ignorar el olor de la sangre seca. No olía a nada en especial. Lo metí en el hoyo y lo enterré. Después esparcí arena y hojas por encima para que nadie viera que había algo allí enterrado.

—Lo siento muchísimo —dije a la tumba—. Fue un accidente. Nunca te habría hecho daño, ni en un millón de años. Lo juro por Dios. Eras mi hermano y te quería. Solo quería protegerte.

Puse la mano sobre el hormigón. Estaba frío.

—Te echo de menos todos los días.

Se me quebró la voz y la tumba no me respondió. Estuve un buen rato allí arrodillado antes de ponerme finalmente en pie y sacudirme la tierra de las rodillas. El sol empezaba a brillar con más fuerza. Me pasé la mano por los ojos y recogí la bolsa de plástico. Sujetándola firmemente en una mano, saqué nuestra foto del bolsillo trasero. Había pensado en enterrarla también, pero no podía; no podía dejar que todo se pudriera en la tumba con mi primo. Acaricié la superficie lustrosa con el pulgar antes de metérmela de nuevo en el bolsillo, con el colgante. Entonces me fui, sabiendo que pronto me marcharía muy lejos, a algún lugar en el que pudiera ponerme su colgante al cuello y llevarlo todos los días, y quizá sería como si en realidad Vivek no me hubiera dejado nunca.

VEINTICUATRO

NNEMDI

A menudo me pregunto si morí de la mejor manera posible: en los brazos de quien más me quiso, en una piel que era verdadera. Veo como me llora y quiero decirle que ya está perdonado por todas y cada una de las cosas que pudo haberme hecho jamás. Quiero decirle que ya sabía que estaba bailando con la muerte todos los días, especialmente cuando salía así a la calle. Lo sabía y lo elegí de todos modos. Lo que ocurrió no fue bueno ni justo, pero no fue culpa suya. Quiero darle las gracias por quererme.

Mi madre ha cambiado la inscripción de mi lápida. Percibió el olor a mentira de la anterior. Ocurre que el amor y la culpabilidad a veces saben a lo mismo. Ahora pone:

VIVEK NNEMDI OJI A QUIEN SUS PADRES TANTO QUISIERON

Me pregunto si habrá alguien que se alegre de que al final consiguiera mi nombre igbo. Si mi abuela, que está flotando por alguna parte aquí conmigo, se alegra de que al fin le hayan dado ese reconocimiento. Yo diría que llegó demasiado tarde, pero el tiempo ya no significa lo mismo que antes.

Ya no me importa. Desde este lado, ahora veo cómo funcionan las cosas. Nací y morí. Volveré.

Y es que, en alguna parte, en el río del tiempo, ya estoy viva.

AGRADECIMIENTOS

A les escritores cuyos libros me ayudaron a escribir este —a Toni Morrison por *Amor* y a Gabriel García Márquez por *Crónica de una muerte anunciada*—, gracias. A las Nigerwives, por la infancia que hicisteis posible, llena de libros y gofres y piscinas y amigues. Gracias a todas por estar ahí, sobre todo a aunty Ingrid y a aunty Helga, y muy especialmente a aunty Vonah, por ayudarme a convertirme en escritore. A la panda originaria —JK y Franca, Julie y Chiji y Chukwuma—, gracias por lo bien que lo pasamos, por los juegos, por toda la magia. A la ciudad de Aba en su totalidad, que fue mi hogar durante dieciséis años. A Ekenna Avenue y Okigwe Road. Al Club Deportivo de Aba: saludad a los chicos del puesto de suya de mi parte. Menudo mundo que era. A toda la gente queer y variante de género de casa, especialmente a la que está creando nuevos mundos para nosotres, jisie ike. Menudo mundo será.

Gracias a mi brillante editor, Cal Morgan, y a la crack de mi agente, Jackie Ko, así como al resto de portentos de la Wylie Agency: Sarah, Emma, Alba, Ekin y Jessica. Gracias a Jynne y a todo el mundo en Riverhead Books. Gracias por ser el soberbio equipo que sois. A Eloghosa Osunde y Ann Daramola, por leer este libro y darle amor desde tan temprano: gracias, ahermanades. A mi querida Christi Cartwright: mi más sincero agradecimiento por el tiempo y la atención que le dedicaste a esta obra.

Han hecho falta varias personas para lograr que *La muerte de Vivek Oji* llegase a manos de les lectores, y os estoy agradecide a todas y cada una de vosotras. Nos hacemos falta todes para traer estas historias al mundo. Me alegro de estar haciendo este trabajo con vosotres.

La traductora quiere dar las gracias a Julia Osuna Aguilar por su tiempo, consejos e inspiración, así como por conducirla hasta el imprescindible *Traducción y literatura africana: multilingüismo y transculturación en la narrativa nigeriana de expresión inglesa* de Elena Rodríguez Murphy.

TRADUCCIÓN

Arrate Hidalgo. Bilbao, 1987. Traductora y agitadora cultural. Formada en filología inglesa y estudios medievales, hoy trabaja promoviendo visiones de futuros posibles generadas a través de prismas no hegemónicos en los campos de la literatura, la creación artística y la divulgación. Es editora asociada del sello estadounidense Aqueduct Press, cofundadora del festival AnsibleFest y cocreadora del podcast de consonni radio *¿Qué haría Barbarella?*, todos ellos en la órbita de la ficción especulativa feminista. Como traductora del inglés al castellano, su trabajo incluye obras de, entre otras, Charlene A. Carruthers, Ursula Vernon, Koleka Putuma, Nalo Hopkinson, Ursula K. Le Guin y Octavia Butler.

Imagen de cubierta

Ana Galvañ es una autora de cómics e ilustradora murciana. Ha colaborado con prensa y editoriales como *El País, The Guardian, The Washington Post, The New York Times, Socialter* y *Berliner*. En el ámbito del cómic, sus historias han aparecido en publicaciones como Fantagraphics, Nobrow, Kus!, Vertigo DC, Apa-Apa y Fosfatina. Recientemente ha publicado *Tarde en McBurger's*, una historia preadolescente y fantástica editada por Apa Apa cómics.

La colección **El origen del mundo** rastrea otras formas de pensar, sentir y representar la vida. Resignificamos el título del conocido cuadro de Courbet desde una mirada feminista e irónica, para ahondar en la relación entre ciencia, economía, cultura y territorio. Literatura que especula, ficciona y disecciona realidades. Sumergidas en la turbulencia, amplificamos ideas contagiosas y activamos teorías del comienzo.

Grupo asesor

Esta colección se gestó inesperadamente en una comida de cumpleaños de una amiga, a partir de la insistencia por traducir y publicar otras voces. Fieles a este espíritu original, conformamos un grupo asesor en contenidos. No un reducido comité de expertos, sino una muestra de la comunidad amplia y diversa a la que apelamos. Conformamos así una sociedad no secreta con la que compartir conocimientos, a la que escuchamos propuestas. Algunas se publican en esta colección o saltan a otra, algunas se quedan en la recámara, otras no serán. Queremos visibilizar este apoyo y asesoramiento generoso y muchas veces informal, que muchas de vosotras nos vais proporcionando.

Entre otras inspiraciones, en 2022 este grupo flexible que nos ha propuesto contenidos ha estado principalmente compuesto por: Ixiar Rozas, Maielis González, Leire Milikua, Helen Torres, Maria Ptqk, Blanca de la Torre, Teresa López-Pellisa, Elisa McCausland, Rosa Casado, *Pikara Magazine*, Arantxa Mendiharat, Arrate Hidalgo, María Navarro, Remedios Vincent, Daniel García Andújar, Verónica Gerber Bicecci, Iván de la Nuez, Alicia Kopf, Maria Colera, Cabello/Carceller, Cristina Ramos González, Rosa Llop, Claudio Iglesias, Constantino Bértolo, Tamara Tenenbaum, Tania Pleitez, Marta Rebón, Rakel Esparza, Lilian Fernández Hall, Mariano Villarreal, Jorge Carrión, Beñat Sarasola, Katixa Agirre, Goizalde Landabaso, Uxue Alberdi, Carlos Almela, Txani Rodríguez, Mónica Nepote, Laura Casielles, Itzea Goikolea Amiano, Ana González Navarro, Mercedes Melchor, Luz Gómez, Georgina Monge López…

www.consonni.org

Producimos y editamos cultura crítica

EL ORIGEN DEL MUNDO

La primera edición en español de *La muerte de Vivek Oji* se terminó de imprimir el 8 de septiembre de 2022, en el aniversario de la primera escultora registrada Luisa Roldán (1652) La Roldana, una de las principales figuras del Barroco en la Andalucía de finales del siglo XVII y principios del XVIII; del escritor francés en lengua occitana Frédéric Mistral (1830) y ganador del Premio Nobel de Literatura en 1904; del compositor posromántico natural de Bohemia Antonín Dvorák (1841) y uno de los grandes compositores de la segunda mitad del siglo XIX; de la escritora chilena Thèrése Wilms Montt (1894) considerada precursora feminista; de la actriz y comediante mexicana Sara García Hidalgo (1895) conocida como La Abuelita de México; de la bióloga y docente argentina Elena Musmanno (1908) especialista en ciencias de la nutrición que trabajó para las Naciones Unidas en la Campaña Mundial Contra el Hambre; de la pintora y escultora inglesa nacionalizada mexicana Joy Laville (1923); del saxofonista estadounidense Marion Brown (1935); de la poetisa neerlandesa Elly de Waard (1940) conocida por dar voz a la poesía femenina y de género erótico-lésbico entre otras muchas activadoras de comienzos.